THE UNIVERSITY OF ALBERTA

LA FIGURA DEL SOLDADO
EN LAS NOVELAS PICARESCAS ESPANOLAS
DEL SIGLO DE ORO

BY

© BERNARD R. ST. PIERRE

A THESIS

SUBMITTED TO THE FACULTY OF GRADUATE STUDIES AND RESEARCH

IN PARTIAL FULFILMENT OF THE REQUIREMENTS FOR THE DEGREE

OF MASTER OF ARTS

IN

HISPANIC LITERATURE

DEPARTMENT OF ROMANCE LANGUAGES

EDMONTON, ALBERTA

Spring, 1977

I would like to express my most sincere thanks to Professor M. Bareau whom, with dedication and patience, has been kind enough to guide and correct my research and the present thesis. I would also like to thank Professor A. Forcadas who has re-assured and assisted me in the stylistic and gramatical structures of this work.

I would also like to express my deepest gratitude to my wife who has given me constant moral support in the furthering of my studies.

RESUMEN

De todos los tipos sociales que presenta la novela picaresca del Siglo de Oro, el soldado es el que aparece de una manera más recurrente. Comparándolo con la figura del pícaro se puede observar que en el inicio del género aparecen como dos tipos sociales con características distintas y en algún sentido contrapuestas. La figura del soldado es caracterizada por la pérdida de los ideales caballerescos y la privación del mantenimiento de los códigos de conducta de antaño, siendo empujado hacia ello por el pensamiento colectivo. El pícaro, delincuente joven y gracioso, trata siempre de apegarse a distintos amos que le mostrarán diferentes modos de comportarse y diversas maneras de ganarse el sustento.

A medida que evoluciona tanto la sociedad como la misma novela picaresca se hace evidente que la figura del soldado como tal entra en decadencia y pierde mayor parte de su antigua consideración social. En el mundo creado por las novelas del género, aparece cada vez más atraído por la aparente liberalidad con la cual se mueve el soldado. El resultado final de esta evolución es que las diferencias de ambos tipos se atenúan considerablemente hasta llegar a confundirse. El pícaro se hace soldado y el soldado se hace pícaro, sin que para ello sea necesario que cambien sustancialmente su modo de comportarse. La influencia deformadora perteneciente al género no se aplica por lo tanto a la figura del soldado que es tratada de manera más realista que caricatural.

ABSTRACT

Of all the social characters that appear in the Picaresque Novel, the figure of the soldier is the most recurrent. In comparison with the figure of the pícaro, it may be noted that from the onset of the genre, these two literary types appear with completely different characteristics that are, for the most part, opposed. The figure of the soldier is characterized by the loss of all chivalrous ideals and is deprived, by social consensus, of the ability to maintain the medieval codes of conduct. The pícaro, a young but gracious delinquent, always tries to attach himself to a variety of masters that will show him different modes of behaviour as well as diverse means of subsistence.

In proportion to the evolution of society as well as of the Picaresque Novel during the Golden Age, it becomes apparent that the figure of the soldier enters into a decadent period and loses most of its previous social prestige. In the world as created by the novels of the genre, the pícaro is presented as having an increasingly constant desire to participate in the apparent liberality with which the figure of the soldier displaces itself. The final result of this evolution shows that the differences of both figures are attenuated considerably and become fused. The picaro becomes a soldier and the soldier becomes a pícaro without it being necesary for either to change substantially his mode of conduct. The deformative influence pertinent to the genre is not applied to the soldier who is treated more realistically than caricaturally.

ÍNDICE DE MATERIAS

ADVERTENCIA PRELIMINAR

La presente tesis tiene por objetivo el análisis de la figura del soldado tal y como aparece en las novelas picarescas. No hemos entrado en el curso de este trabajo en discusiones sobre la novela picaresca como género literario ni sobre el número de obras que cabe incluir bajo este término, en definitiva porque nos pareció que no cambiaría la esencia de lo que en él señalamos. Si se aplica un criterio restrictivo en la clasificación de las pretendidas novelas picarescas, señalando que el género no iría más allá de la fecha de composición del Buscón, encontramos que en todas las obras seleccionadas el tema del soldado aparece sobradamente tratado; pero también, si extendemos el género hasta mediados del siglo XVII, nos damos cuenta que la figura del militar sigue apareciendo, aún si cabe, con mayor insistencia que antes. Por tanto, coloquemos donde coloquemos el final del género, vemos que el soldado es un tema recurrente que a medida que pasa el tiempo va cobrando más importancia. Según esto, hemos seguido para el desarrollo del trabajo la antología de la novela picaresca de Valbuena Prat: Séptima Edición, Aguilar 1974, sin cambiar el orden que allí presentan, excepto en un caso, La vida del Buscón, en el que la diferencia existente entre la fecha de publicación y la de composición lo hacia imprescindible. El estudio, pues, sigue la evolución que sufre la figura del

soldado desde el *Lazarillo de Tormes* hasta el *Estebanillo González*. Algunas de las obras incluidas en la mencionada antología han quedado fuera de este estudio debido fundamentalmente a dos razones: o no tratan en absoluto el tema que nos interesa, o bien, si lo hacen, es de una manera tán pasajera que no añaden nada nuevo a lo aquí presentado.

Al comienzo hemos colocado un capítulo dedicado a rastrear el tratamiento de la figura del soldado en las obras más relevantes de la literatura medieval hasta enlazar con la situación en la que se plantea la problemática del escudero del *Lazarillo* y del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán. Cuando la comprensión del tema lo hacía necesario, hemos recurrido a notas que envían a libros de historia que aclaran nuestras afirmaciones, con el fin de evitar que la investigación histórica no terminara ocupando un lugar más importante que los comentarios a las obras. En parte se ha recurrido también a las autobiografías de soldados que vienen a confirmar las apreciaciones hechas a propósito de las novelas.

Capítulo I

La España bélica en la Edad Media

La literatura de contenido militar, aquella que narra las hazañas bélicas y las grandes gestas colectivas, es común a lo que podemos llamar en sentido lato el "pueblo español", entendiendo por tal la comunidad cristiana de lo que políticamente hoy es España. En este capítulo nos ocuparemos principalmente de algunas manifestaciones del tema militar en la literatura de lengua castellana.

Desde los principios de la Reconquista peninsular por las fuerzas visigóticas del norte, se encuentran en las obras de los juglares, poetas, cantantes y cronistas, una serie de importantes relatos épicos de los hechos históricos. Los textos conservados de la época están concebidos para hacer resaltar el espíritu y características de un pueblo en constante cambio y evolución, no solo en los aspectos cotidianos sino también en la concepción de lo militar. Estos textos reflejan los gustos y preocupaciones de un pueblo. La literatura propiamente épica tiene como una de sus características el incorporar como personaje temático las vicisitudes de todo un conglomerado humano. En síntesis, la literatura es un modo de manifestarse la mentalidad colectiva frente a intereses comunes.

Las canciones de gesta, las epopeyas e incluso las jarchas están temáticamente ligadas a los hechos históricos guerreros.

Las crónicas y muchas poesías de la Edad Media contienen, en gran parte, el mismo tema, hasta que en el Renacimiento y posteriormente en el Siglo de Oro, la guerra aparece como tema de interés aunque con características diferentes debido al desarrollo de las artes militares y la evolución social.

El estudio evolutivo de la literatura épico-guerrera, desde sus principios medievales, requiere en sí un trabajo de dedicación exclusivo, como lo demuestra Ramón Menéndez Pidal en sus trabajos sobre el Poema de Mío Cid, La Leyenda de los Siete Infantes de Lara y El Poema de Fernán González, cuyos textos utilizaremos para determinar los aspectos más relevantes para el desarrollo de nuestra tesis.

El tema militar español está contenido en canciones de gesta tales como el Poema de Fernán González y el Poema de Mío Cid; en crónicas que van desde Alfonso el Sabio (Siglo XIII) hasta las crónicas de don Pero Niño (finales del Siglo XV); y en las obras de carácter novelístico, si así se pueden llamar a los textos de Don Juan Manuel, incluyendo los de Ramón Llull, en catalán (cuyo nombre castellanizado es Raimundo Lulio) y Fernando de Rojas. Del mismo modo aparece en numerosos poetas que sirven a completar el ciclo.

En el desarrollo del tratamiento del tema militar durante la Edad Media, debemos tener en cuenta que la finalidad última de estas obras no consiste en proporcionarnos una historia militar de la época o un tratamiento en profundidad de las tácticas seguidas por los ejércitos cristianos. Así lo

expresa José M. Garate-Córdoba en su estudio: Espíritu y Milicia en la España Medieval. [1]

Citamos:

> Sería inútil buscar en los cantares idea militar concreta porque no la hallaríamos. Si alguna vez su autor es un juglar soldado, éste será más bien peón o escudero ignorante de milicia; tan despreocupado de la maniobra como entusiasta de luchas victoriosas. El cantar no será nunca historia militar, menos aún un tratado de táctica o estrategia.
> Op. cit., Ed. cit., p.27

El pueblo estuvo, hasta el final de la Reconquista, en estrecha relación con las actividades militares. Lo que le interesaba oír en las manifestaciones literarias de su lengua era la glorificación de sus héroes, el modo de comportarse de éstos frente a sus victorias y derrotas; querían oír hablar de sus cualidades militares, de su resistencia frente al enemigo, en fin, de toda una serie de virtudes que la colectividad veía como características de las aspiraciones del pueblo.

Veamos, pues, algunas de las características militares de los personajes principales de algunas de las obras más conocidas de la Edad Media para ver cuál sería su intención en cuanto reflejo de una sociedad preocupada por todo lo pertinente a lo militar.

Poema de Fernán González

Este poema tiene como tema central la alabanza de Castilla jamás vencida por el moro. Su protagonista, el conde Fernán González, es símbolo de las proezas de su pueblo (e 115, e 156,

e 157, y e 216); está directamente relacionado con el destino de Castilla y viceversa. Fernán González, como Castilla, surge de la nada para hacer reclamaciones de valor, entusiasmo y sobre todo de tierras invadidas por el moro. Se hace jefe militar para enfrentarse al enemigo común.[2]

La épica Castellana presenta a sus héroes como individuos singulares y les permite establecerse en la sociedad, lo que hace posible que su figura arraigue en la mentalidad popular. Existen, por entonces, héroes nacionales de personalidad íntegra, que permiten a sus contemporáneos sentirse partícipes de los hechos histórico-militares más importantes de su pueblo.

En el Poema de Fernán González, además de la exaltación del héroe que es típica en todo cantar de gesta, encontramos otros temas secundarios que reaparecen, no sólo en la literatura de la Edad Media, sino incluso en la novela picaresca del Siglo de Oro.

En primer lugar encontramos el prototipo del 'moro' literario. En el contexto de esta canción de gesta el enemigo tradicional del héroe cristiano, es decir, el moro infiel, aparece como contrapunto de las virtudes de aquél. En las campañas militares, el moro resulta siempre vencido; sus cualidades militares son inferiores a las de los cristianos. Se manifiesta, por otra parte, la crueldad del africano. Además, podemos decir que si el cristiano puede ejercer su capacidad de compasión, el moro por el contrario representa la

inhumanidad. Tenemos, entonces, al enemigo común de los cristianos, que persistirá hasta finales de la Reconquista; moro pintado de carbonero, diabólico en cuanto a sus hazañas militares, el infiel a quien habrá que convertir al cristianismo.

Otro de los temas secundarios que nos proporciona este poema es el de la traición asociada con el moro. La traición tiene como consecuencia la humillación del pueblo cristiano con lo que crea la posibilidad de que Fernán González aparezca como el vengador de su pueblo, e 45, e 549.

Además, este poema hace alusiones directas a lo divino. El héroe, antes de convertirse en defensor de su pueblo, pide la ayuda y la protección de Dios. En este aspecto existe una relación y, en algunos casos, una identificación entre el pensamiento colectivo de la época y los actos del héroe. La colectividad reza antes de las batallas, ofreciendo su oración para lograr la protección divina, para sí misma y para el héroe que la representa. Las implicaciones del profundo sentido de esta relación entre el jefe y sus tropas, basadas en la religiosidad del pueblo, fueron desarrolladas extensamente por Garate-Córdoba en su estudio citado. Recogemos aquí sólo unas líneas:

> Hay oración antes de la batalla, como hubo vigilia la víspera, y habrá acción de gracias después. Al amanecer el día de Hacinas, todos oyen a misa, confiesan y comulgan, ...
>
> <u>Op. cit.</u>, Ed. cit., p.42

Las creencias manifestadas por la colectividad en estos

actos de caracter religioso forman parte de un sistema filosófico-guerrero en el que una vez la comunidad ha pedido la protección divina debe hacerse merecedora de ella demostrando que tiene las cualidades humanas pertinentes. De este modo, el militar debe, según el poema, preferir la muerte antes "d'escusar el lidiar"(e 209), debe "a la carne, honrada muerte dar" (e 209); más le vale ser engañado que engañador, tiene que intentar siempre la salida honrada, y sobre todo, mostrar la lealtad debida a su rey (e 212).

De mayor interés para nuestro propósito en el tratamiento específico de la literatura medieval es el hecho de que el Poema de Fernán González nos presenta un significativo espíritu de 'democracia militar'. [3] La actitud del líder para con sus tropas es la de un conocedor de la mentalidad humana. Cada vez que haya alguna decisión importante que tomar, Fernán González pide consejos a sus compañeros (e 200, e 201); no es que el conde trate sólo con sus capitanes, sino que incluso pide consejos de sus peones. Esto hace que en la victoria todos se sientan partícipes:

> ...el espíritu democrático del conde unido a su mando, tan humano, hace que considere su triunfo como fruto del esfuerzo de todos, no de una genialidad infusa suya:'De todos los de España farédes de mí el mejor, será grande la mi honra e la vuestra mayor'.
> Garate-Córdoba, J. Op. cit., Ed. cit., p. 58

Así, la victoria y la gloria es atribuida a la tropa entera y no solo a los líderes de ella; los peones, escuderos, caballeros, etc., harán que la victoria sea de toda la tropa

y jamás de un solo hombre.

La Leyenda de los Siete Infantes de Lara

En su estudio de esta Leyenda, Menéndez Pidal desarrolla dos aspectos propios de la evolución del pensamiento colectivo hispánico de orden militar. En primer lugar, subraya el debate existente sobre la ciencia de los agüeros y luego la evolución de la figura militar hasta llegar a las ideologías de la época caballeresca.

Esta leyenda refleja una preocupación social por los ideales. Gonzalo Gustios, al ver las siete cabezas de sus hijos, alaba a cada uno de ellos y los designa con el nombre de las siete virtudes caballerescas establecidas:

> ...lealtad, justicia, saber jurídico, verdad y fieldad a la palabra, valor, amistad filial, franqueza, y generosidad, afición a la compañía de los mejores.
> Garate-Córdoba, J.M. Op. cit., Ed. cit., p.97

Estas virtudes caballerescas serán establecidas casi dos siglos después (siglo XIII), en dos de las Siete Partidas de Alfonso el Sabio. La importancia de esta recopilación de las virtudes caballerescas radica de que fija una serie de virtudes que dan una finalidad concreta al movimiento militar de la época.

La Leyenda muestra también una costumbre militar de la época. Menéndez Pidal hace notar que el discurso que se hace allí sobre el mal augurio encontrado a medio camino por los

Infantes y su fiel servidor Nuño, es un reflejo de una actitud, un comportamiento militar que tiene su origen en las creencias supersticiosas del pueblo. Para encauzar estas creencias existía la posición de 'adalid', cuya misión era la de leer los signos naturales que se presentaban al paso de una tropa antes de una batalla; esto indica:

> ...lo complicada que era la ciencia augural y lo extendida que estaba la superstición entre guerreros.
> Garate-Córdoba. Op. cit., Ed. cit., p.95

Poema de Mío Cid

El poema épico del Cid, desde el punto de vista de estrategia y táctica militar, es un avance considerable en cuanto a la literatura ya discutida. Vemos que en varias ocasiones, el autor extiende su visión hasta los mismos campos de batalla, describiéndonos las posiciones y maniobras de las huestes del Cid; sin embargo, también es una recopilación de muchos temas que anteriormente mencionamos. El Cid, por sus capacidades y cualidades militares, puede probar su hombría, aun frente a su rey, que lo había desterrado. Como Fernán González, sale al campo de batalla sin identidad social previamente adquirida, y en virtud de sus esfuerzos y valores físicos y morales obtiene éxitos dignos de un personaje socialmente importante. El poema nos revela los conocidos temas de la traición y la venganza, la superstición militar, la misma estrecha relación entre el jefe y sus huestes y las mismas

expresiones de ideales caballerescos.

A pesar de esto, en el Cid vemos que se hace una distinción entre el moro de la península y el de Africa. El Cid manifiesta sus cualidades de político y diplomático de una manera doble: para con el primero demuestra una comprensión hasta llegar a la magnanimidad (vs.532-36, vs.618-24, vs.850-57); [4] en tanto que para con los moros africanos, los verdaderos enemigos del reino, se demuestra como temible enemigo (vs.1, vs.100-8).

Las Siete Partidas

Las Siete Partidas de Alfonso décimo el Sabio suponen un corte importante en el tratamiento del tema militar en la Edad Media. A partir de su publicación las obras que contienen tema militar han de tener en cuenta las normas y reglas que en ellas aparecen.

Los tratados del Rey Sabio son muy distintos de los que hasta entonces se conocían; es decir: las Silense (1115), la Crónica Aldefonsi (¿1150?), Najerense (1160), Tudense (1236), y la Toledana (1243). Las Siete Partidas es un tratado histórico-social destinado a asentar la lengua castellana culturalmente y a fijar dictámenes sociales a un nivel legal.

El caballero o militar andante, mito literario encontrado en la Crónica Aldefonsi, (Poema de Almería), desaparece totalmente en Las Siete Partidas. La figura del militar en este

tratado en prosa está delineada de modo firme, sin omisión de ningún aspecto concerniente a la vida militar caballeresca. Cubre desde el origen genealógico que debe tener el caballero hasta el mínimo detalle de su vida personal. El Rey Sabio expresa, en su Segunda Partida (Título XV a XXXI), toda la filosofía caballeresca de la que el pueblo hispánico del siglo XIII era ya bastante consciente.

El gozo de la pelea, encontrado en el Poema de Almería, se transforma en Las Partidas en un sentimiento de responsabilidades de los guerreros frente a sus enemigos. El Rey Sabio dicta las normas por las cuales se debe guerrear, lo que se debe hacer con las ganancias y con los prisioneros. Además, notemos que el rey Sabio expresa sus ideas, basa todos sus tratados sobre el caballero y la guerra en el principio de que la guerra es necesaria sólo cuando se trata de la defensa del reino. El ideal caballeresco en las Siete Partidas gira en torno a la defensa del rey y de su pueblo.

Si Las Siete Partidas es el primer monumento castellano de la literatura militar oficial, los que siguen en el desarrollo del ideal militar caballeresco no son menos importantes.

A mediados del siglo XIV aparecieron las obras didácticas y morales del beato 'Ramón Llull, castellanizado en 'Raimundo Lulio, un mallorquín que se dedicaba tanto a los ejercicios bélicos como a los espirituales y los literarios, Su obra caballeresca, el Libro de Ordre de Cavaylería, se basa en el libro

de Alfonso XI: Libro de la Nobleza y la Lealtad. [5]

Don Juan Manuel recopila los temas del beato --y aun subraya el haber tomado para sus libros que siguen las ideas: Libro del Caballero y el Escudero, Libro de la Orden de Caballería, Libro del Infante o de los Estados, e incluso para su Libro de las Armas. En estos textos de Don Juan Manuel la figura literaria del caballero moralizante y religiosamente fanático tal y como la presenta el beato Lulio se convierte en una figura más humana y comprensiva. Refleja una idealización de las bondades, virtudes, de cómo era el caballero en la Edad Media. El caballero militante de la orden religiosa se convierte en las obras de Don Juan Manuel, en caballero de orden militar,dedicado a servir a su rey en vez de servir sólo a la divinidad. La filosofía, la ideología expresada por Don Juan Manuel en sus tres libros, está relacionada directamente a las políticas e ideologías de las Siete Partidas del Rey Sabio, más incluso que las obras del beato Lulio. El hombre, el caballero, está humanamente ligado al servicio de su rey, su pueblo y la Orden a la cual pertenece.

La mayoría de los textos que tenemos del siglo XIV, presentan, en el orden ideológico y moralizador, un ambiente principalmente caballeresco de un estilo de vida que desaparece a principios del XV. Desde la primera mitad del siglo XV las obras literarias de contenido bélico se convierten en descripciones de aventuras caballerescas acercándose a lo fabuloso. Un ejemplo del cambio radical entre las dos épocas

es la obra: <u>Crónica de Don Pero Niño</u> o <u>El Victorial</u> de Gutierre Díaz de Gamez.

Aunque se llame 'Crónica', ésta nunca podría serlo. Aunque el conde Pero Niño existió, sus hazañas, tal y como están descritas en el libro de Díaz de Gamez, no se corresponden con los datos históricos de su vida según el crítico Comte Albert de Circourt. [6] <u>El Victorial</u>, sin embargo, señala algunos cambios sociales que se reflejan en el texto mismo, el más importante de los cuales consiste en la pérdida de ideales que habían caracterizado los siglos precedentes. Podemos observar esto en los dos textos que citamos:

> E los patriarcas vinieron a acordar que, cuando fuesen a las batallas,...e conociesen a los que peleaban bien de voluntad, e daban buenos golpes, e sufrían el miedo y no dudaban la muerte, antes estaban firmes. E facíanlos andar acaudillados a su parte, e mandábanles que no usasen de otros oficios salvo aquél, aderezar sus armas, e curar de sus caballos, e que en aquello fuese todo su estudio.
>
> Díaz de Gamez, G. <u>El Victorial</u>, Ed. de Ramón Iglesias, Col. Arbol, Ed. Seneca, Mexico 1940, p.23

> Non son todos caballeros cuantos cabalgan caballos; ni cuantos arman caballeros los reyes, no son todos caballeros. Han el nombre; mas no hacen el ejercicio de la guerra. Porque la noble caballería es el más honrado oficio de todos, todos desean subir en aquella honra. Traen el hábito e el nombre; mas no guardan la regla. No son caballeros, mas son apantasmas e opóstatas.
>
> Ibíd. p. 25

El Victorial demuestra claramente que "El caballero se ha transformado en soldado..." [7] Las distinciones entre el caballero de antaño y aquél de principios del siglo XV hacen que el protagonista de la obra de Gamez sea primariamente un

soldado y, por sus cualidades de guerrero y de nobleza, se llame, además, caballero.

Las condiciones en el guerrear han cambiado totalmente. La guerra se ha extendido tanto al mar como a tierra. El soldado es, por entonces, tanto marinero como caballero, y, dependiendo del tipo de enemigo a que se tenía que enfrentar, pasará de un estado a otro. El nuevo estilo de guerra que se desarrolla en el mar produce, en varias ocasiones, situaciones difíciles debido a la falta de víveres. La reacción violenta de muchos de los militares ante estas circunstancias les coloca en figuras castrenses cercanas a ladrones comunes.

El Victorial, o en otras palabras, la victoria del protagonista Pero Niño, es un ejemplo importante de una excepción a la situación que acabamos de describir. El sólo mata a sus verdaderos enemigos, roba sólo a sus enemigos personales y sólo a éstos acomete de manera violenta. Nunca la extrema necesidad le hace perder la idea de respeto a otras gentes. Su victoria le transforma en caballero de sangre noble; es atendido y alabado por su rey, por su pueblo y por sus tropas. Las luchas que emprende, las hace con nobleza, con fuerza y bravura, y motivan la alabanza que recibe. El estereotipo, la figura del militar de la Edad Caballeresca, por entonces, ha desaparecido. A excepción, quizás, del protagonista principal que guarda ciertas características y cualidades caballerescas.

La moralidad y la ideología filosófica de la Edad

Caballeresca se transforma de tal suerte que termina siendo un ideal bastante ambiguo. El nombre de caballero es atribuido a gente que siglos antes no hubieran sido considerados como tales. Se terminaron los años de diplomacia cidiana, las fuerzas individuales para dar éxito al conjunto armado al estilo de Fernán González, el espíritu religioso-militante de Lulio. Hasta se ha terminado incluso la ideología humanitaria de Don Juan Manuel; en síntesis, se termina el espíritu caballeresco, tal y como lo había entendido la Edad Media, que reaparecerá más tarde como otro tipo de caballería en el reinado de los Reyes Católicos.

La Edad Media, por su literatura de contenido bélico, es un testimonio de la importancia y variedad de los cambios militares. Se pasa así de una época en la cual el individuo podía elevarse por sus hazañas militares, a través de una edad caballeresca en la cual los militares eran refrenados por una filosofía idealista, --en donde el individuo tenía que seguir las reglas de batalla y de vida que eran aceptadas --, hasta llegar a la decadencia final en que los militares se parecen más que a verdaderos soldados a ladrones y piratas. Así, podemos considerar la novela picaresca como un testimonio escrito del mismo fenómeno cíclico en un período que abarca menos de cien años, aproximadamente de 1550 a 1650.

Notas

1 Gran parte de este capítulo, aunque le hemos añadido bastante, es una síntesis del estudio de José María Garate-Córdoba. Espíritu y Milicia en la España Medieval, Ed. cit.

2 Las estrofas que citamos aquí fueron tomadas de: Alonso Zamora, Vicente. Poema de Fernán González, Ed. Espasa-Calpe, Madrid 1954

3 La terminología, aunque moderna, se utiliza en el estudio citado de Garate-Córdoba para hacer una distinción muy clara entre este fenómeno, así como aparece en el Poema, y el fenómeno parecido en otras obras literarias de la Edad Media.

4 Menéndez Pidal, R. Cantar de Mio Cid, en: Obras completas de R. Menéndez Pidal, Vol. III, IV y V, Ed. Espasa-Calpe, Madrid 1956. Las citas que recogemos aquí están tomadas del tercer volúmen intitulado: Texto

5 Garate-Córdoba, J. M. Op. cit., Ed. cit., pp. 338-39

6 Circourt, Comte Albert de. Le Victorial de Don Pero Niño, Comte de Buelna, traduit de l'Espagnol d'après le manuscrit avec introduction et notes historiques, Victor Palmé, Libraire-Editeur, Paris 1867

7 Garate-Córdoba, J.M. Op. cit., Ed. cit., p. 352

Capítulo II
La derrota de la clase escuderil en el Lazarillo de Tormes

La dificultad para fijar la fecha exacta de composición del Lazarillo de Tormes ha motivado una vasta especulación por parte de la crítica que se ha ocupado de la obra. Varios críticos han ridiculizado el papel del escudero del Tratado III, de los cuales citamos aquí algunos ejemplos: primero, Marcel Bataillon, en su obra Fecundidad del Lazarillo de Tormes, le pone la etiqueta de embustero, al aparentar lo que no era; citamos:

> El escudero era ya ciertamente la cabeza de turco, la fácil víctima de chascarrillos o historietas...
> Op. cit., Ed. Anaya, Madrid 1968. p.38

> Lo que caracteriza al escudero es que sufre de su situación dependiente, perplejo entre las aspiraciones de encontrar un buen amo, y el deseo profundo de no servir a ninguno...Se niega a servir, se niega a inclinarse ante un superior, fuera del rey.
> Ibíd., p. 39

> Nuestro personaje debe su condición un poco fantasmal a su situación de desarraigado; forastero, sin vínculo alguno en Toledo, sus mentiras pueden impresionar durante algún tiempo.
> Ibíd., p. 42

El segundo de los críticos que nos ocupan es A. Parker y su estudio: Los pícaros en la literatura, en cuyo texto la figura del escudero aparenta la figura 'hipócrita' de la sociedad:

> Unos y otros le hacen aprender (a Lázaro) dos lecciones: la primera, que no debe esperarse ayuda del prójimo y que la única forma de proceder es la

> egoísta, pensar cada uno en su propio interés, y, la segunda, que lo que rige la sociedad es la hipocresía: que la práctica de la religión y de la caridad y las muestras de honradez y respetabilidad, son capas para tapar la crueldad, la avaricia, el orgullo y el fraude.
>
> Op. cit., Ed. cit., p.68

Este tipo de crítica, sin poner las figuras literarias en su contexto socio-económico, puede facilmente ser interpretado de la siguiente manera:

> So when Lázaro tells the Archpriest of San Salvador: 'yo determiné de arrimarme a los buenos', he is not just following his mother's precedent, but realizing the ambition which, unrealized, had unhinged the squire...The squire's obsessive repetition of 'hombre de bien' exposes his empty mind...For lack of food, he has to live on fantasies...The squire's insistence on being addressed with the propriety that the honor code decrees is one canon of his faith that in 'las cosas de la honra' he lies:'todo el caudal de los hombres de bien'. From the moment when Lázaro dons the habit of the 'hombre de bien' and so apes the appearance of the squire, he embraces his corupt doctrine as well.
>
> Morris, C.B. Lázaro and the Squire: Hombres de bien, en: Buletin of Hispanic Studies, XLI, 1964

La razón de este equívoco proviene de la dificultad de definir la posición social del escudero como personaje representativo de un estado militar de determinada época y su función en el texto del Lazarillo de Tormes. A este propósito queremos dedicarnos en este capítulo.

A distinción de las demás novelas picarescas, el Lazarillo de Tormes trata, con relativa profundidad, los intereses de los distintos grupos sociales: mendigos, religiosos y clérigos, militares y nobleza, y otros muchos que abusan, de una

manera u otra, de su condición social y de su situación dentro de la misma para aprovecharse de los demás.

A causa de esta distinción, y por ser ésta la primera novela de las llamadas picarescas, será necesario señalar algunos antecedentes históricos que serán válidos para el desarrollo de la figura del soldado en las demás novelas. Se hará para probar la clasificación del escudero en los rangos militares de nobleza y ver las razones expresadas por el autor de la novela para la desaparición de tal tipo social, de sus condiciones de vida y el choque recibido por el escudero al tratar de mantener una firme resistencia incluso cuando esta misma clase social está, no sólo en vía de desaparición, sino que ha desaparecido totalmente.

No cabe duda de que Lázaro, al ver llegar al que será su tercer amo, tiene una idea clara de su posición social. De sus palabras se desprende que éste es un escudero:

> Andando así discurriendo de puerta en puerta, con harto poco remedio, porque ya la caridad se subió al cielo, topóme Dios con un escudero que iba por la calle, con razonable vestido, bien peinado, su paso y compas en orden.
> Anónimo. La vida de Lazarillo de Tormes, Ed. Aguilar, Madrid 1974. p. 116

Desde luego, tenemos en esta cita una identificación instantánea, inequívoca por parte de Lázaro en cuanto se refiere a la descripción física de su amo. Este está vestido con traje representativo de su condición de escudero, pertinente a

los de su clase, de lo cual se encuentran pruebas fehacientes en los textos de las Pragmáticas de Toledo (1499), las de Burgos de 1515 y en las Cortes de Valladolid de 1518.

Leemos en los textos de estas pragmáticas y cortes que los nobles tanto como los de escalas menores de la sociedad, no tenían derecho a llevar otras armas que las espadas cortas o cuchillos de los acostumbrados en la época. Los únicos miembros de aquella sociedad que se distinguían en este aspecto tanto como en el aspecto de indumentaria cotidiana eran los caballeros y los que les seguían:

> Ya los Reyes Católicos, en 1499, habían permitido 'por honra de la caballería y de las personas que la siguen, que los que anduvieran a la brida pudieran traer...las armas...(22, fo. CXI). En la pragmática de Burgos en 1515 se establecía que cuando los caballeros se armasen pudiesen traer las ropas y atavíos que quisiesen (22, fo. CLIX)
> Bernis, C. Indumentaria española en tiempos de Carlos V, C.S.I.C., Madrid 1962, pp.26 y 27

Vemos que, además de la espada que trae consigo, el escudero del Lazarillo está vestido según la indumentaria militar de la época:"...calzas y jubón, sayo y capa."(Lazarillo de Tormes, Ed. cit., p. 119). Estos vestidos, según Carmen Bernis, fueron utilizados por los militares a partir de la influencia alemana sobre la indumentaria de los militares a partir de 1500 hasta 1520; citamos:

> El 'jubón' se vestía sobre la camisa y cubría el cuerpo hasta la cintura. Las calzas se sujetaban al jubón con unos cordones...El traje con faldas que se vestía directamente sobre el jubón era el sayo. En los primeros años del siglo, sólo prescendían del sayo los soldados, los pajes, los mozos de

espuelas...Después la moda de llevar sobre el jubón una prenda corta que dejase las piernas totalmente al descubierto, hizo perder la importancia del sayo...
Bernis, C. Op. cit., Ed. cit., p. 16

1500-1520.-Antes de llegar Carlos de Austria con su cortejo de señores flamencos, el tocado preferido de los españoles era la gorra o bonete...
Ibíd. p.34

No cabe duda, entonces, que al verlo, Lázaro --y el lector-- podía, con razonable seguridad, identificar a este personaje como escudero, que pertenecía a una orden militar.

Una vez establecida la clasificación social de este personaje, una vez sedimentada la posición que este individuo se daba a sí mismo, tenemos que enfrentarnos con dos problemas diferentes que no han sido tratados con suficiente claridad por parte de los críticos.

En primer lugar está el problema de diferencias existentes entre el escudero como tipo social y otros tipos cercanos a él como por ejemplo el caballero y el hidalgo. Despues tendremos que decidir a que momento de la historia de la evolución del escudero se aplica cada una de las definiciones que nos da la Real Academia Española.

Para aclarar el primero de los problemas planteados es necesario recurrir a los textos de la Edad Media y seguir la evolución del término desde el momento en que fue definido claramente en Las Partidas de Alfonso décimo el Sabio hasta mediados del siglo XVI.

Los textos de las Siete Partidas de Alfonso el Sabio precisan los términos que nos interesan; a saber: caballero,

escudero e hidalgo:

> Los caballeros han de ser homnes de buen linaje (II, XXI, 2) ...cataron que fuesen homes de buen linaje, porque se guardasen de facer cosa que podiesen caer en vergüenza: et porque estos fueron escogidos de buenos logares et algo, que quiere decir en lenguage de España como bien, por eso los llamaron fijosdalgo, que muestra atanto como fijos de bien;... en algunos logares los llamaron gentiles...et tomaron este nombre de gentileza que demuestra atanto como nobleza de bondat, porque los gentiles fueron nobles homes et buenos, et vivieron mas ordenadamente que las otras gentes; ...Sólo puede ser armado caballero el escudero de noble linaje (II, XXI,3)
> Blanco-González, B. Del Cortesano al Discreto, Vol. I, Ed. Gredos, Madrid 1962, p.14 y p.49

En este texto vemos como el estado del escudero es requisito imprescindible para llegar a ser caballero, por lo tanto, el buen linaje del escudero y del caballero es una misma cosa. Estos dos términos, escudero y caballero, son tipicamente militares. Al lado de éstos tenemos otro tipo social que les es cercano: --sobre todo en el siglo XVIII cuando se utilizan comunmente--, el hidalgo. Al igual que los otros dos, éste tiene linaje noble pero no es necesario que exista una relación entre él y el ejército.

La profesión militar, en la Edad Media, tiene un sentido preciso que no siempre habían de compartir todos los hidalgos:

> La caballería tiene una finalidad estricta en el sentido español, en que la gentileza es un accidente y no un elemento de su escencia: es el instrumento creado por el grupo social para la defensa de su territorio: 'la compaña de los nobles homes que fueron puestos para defender las tierras' (II, XXI, 1.)
> Ibíd. p. 95

Otra forma de diferenciación entre el caballero y el

hidalgo son las prohibiciones que se le imponen al caballero, de modo que si éstas no eran acatadas, podía perderse el grado social de caballero:

> ...se pierde por entrar en religión, por pobreza, por delito, por inhabilidad física o mental,...por escenario o traición comprobada (II, XXI, 13), o por lo menos, no se puede adquirir ni trasmitir. En otras palabras, si el primer paso para llegar a ser caballero es ser escudero de noble linaje (II, XXI, 13), si el segundo es no estar manchado con ninguna de las taras enumeradas, para ser hidalgo es indispensable provenir de familia hidalga, por lo menos, desde la cuarta generación, que, cuando menos, los bisabuelos hayan pertenecido a la clase de "defensores". He aquí ya una distancia grande entre los meros hidalgos y los caballeros; podría decirse que todo caballero es hidalgo, pero que no todo hidalgo es caballero.
>
> Ibíd. p. 16

La hidalguía, por su propia definición, nunca se pierde. El caballero, entonces, está sujeto a una serie de condiciones rigurosas para llegar a pertenecer a la compañía caballeresca, mientras que el hidalgo se designa por simple condición de nacimiento. En síntesis, la diferenciación reside en lo siguiente:

> El caballero se ve así como un militar en servicio activo, y que puede ser además proprietario y heredero de alguna fortuna, lo que le da hidalguía; estimar el mero hidalgo como una clase pasiva, con obligaciones militares locales y sujeto al servicio activo cuando lo llame su señor 'natural' y, desde luego, el rey, que lo es de todos.
>
> Ibíd. p. 59

Por tanto, el caballero se distingue del mero hidalgo en que éste es necesariamente de clase hidalga, mientras que el hidalgo no es por obligación un caballero. Como se ha señalado anteriormente el único que puede tener aspiraciones de llegar

a ser caballero es el escudero de noble linaje y el único que podía armar caballero a un escudero --salvo en raras ocasiones-- era el caballero titulado que pertenecía a una de las ordenes militares (II, XXI, 13), (Blanco-González, Op. cit., Ed. cit., p. 60). El estamento social del escudero, por sí sólo, queda bien definido.

A partir de este texto del Rey-Sabio, tenemos entonces una definición de los antecedentes del escudero del Lazarillo de Tormes sin embargo, la distancia que los separa es demasiado grande como para ver una relación directa entre este tipo de escudero que hemos descrito y él que encontramos en la novela picaresca. Para seguir la evolución del escudero debemos ocuparnos de la historia de las Hermandades.

En lo relativo a la defensa de las tierras, se organizaron desde el siglo XI, instituciones llamadas Hermandades. Estas hermandades estaban formadas por caballeros bajo la directiva de un tutor, que era, por lo general, el dueño del señorío al cual pertenecían los caballeros. [1]

Estos organismos tenían asignados un doble cometido: internamente, en cuestiones de política de su señor, actuaban como fuerza de policía militar; o bien, exteriormente, principalmente en ocasiones de invasiones de las tierras o en casos de campañas, como ejército al servicio de su señor (el rey), en contra de los enemigos del reino.

Las primeras hermandades estaban formadas por los nobles, dueños de suficientes tierras y, por consiguiente, de vasallos.

El dueño, tutor, tenía a su lado un número de caballeros que él nombraba, y, en casos de contienda, tenía derecho de pedir que sus vasallos le secundasen en la batalla. [2] Esto permitía a cualquier noble adinerado tener una fuerza armada suficientemente poderosa como para guerrear contra un vecino o en contra del mismo rey si no estaba de acuerdo con la política de éste. Las Partidas trataron de refrenar, restringir y ejemplificar la vida y los propósitos de los caballeros, según normas recién establecidas. El poder jurídico que ejercieron los tratados del Rey Sabio no era suficiente como para bloquear el uso de las Hermandades como fuerzas agresivas dentro del mismo reino. Entonces, en las cortes de Burgos de 1315, el Fuero Viejo de Castilla ratifica Las Partidas por lo que se refiere a sus textos legales, señalando los deberes de las Hermandades, para formar lo que se llamará más tarde el Fuero militar, y, el Fuero Hidalgo.[3]

Las Cortes de Burgos de 1315 señalan que la Hermandad:

> ...se constituye(n) con exclusión de la alta nobleza, con 'caualleros ffijos dalgo e caualleros e los omes buenos procuradores de las cibdades e villas de todo el sennorio del dicho sennor (Rey) que se ayuntaron en estas Cortes...'piden' a los tutores que juren el cuaderno de la Hermandad, y éstos deben concederlo; he aquí la contestación (la reina doña María y los infantes don Juan y don Pedro): 'E nos veyendo que era sseruicio de Dios e del Rey e nuestro pro e guarda e amparamiento de toda la su tierra...'
> Ibíd. p.381

Desde entonces las Hermandades se integran a la sociedad española bajo el pretexto político-religioso de dar protección a los reinos de España, especialmente en cuestiones

militares de enfrentamiento entre los reyes cristianos y los musulmanes.

Se formaron cuatro Hermandades principales, cuya dirección designaron los reyes. Los que anteriormente eran tutores en las Hermandades de Santiago, Calatrava, Alcántara y de la Banda [4] fueron llamados maestres. Estos tenían todos los poderes sobre su grupo de caballeros y eran responsables solo ante el rey y ante las reglas escritas de la Orden de Caballería. Todavía, en la reglamentación de las Hermandades, puede sentirse el influjo de los preceptos delineados en Las Siete Partidas.

Además de las cuatro Hermandades principales se formaron otras particulares bajo la tutoría de cualquier caballero de la Corte, a condición de que éste prestase juramento de fidelidad al rey. El propósito inicial de las hermandades fue rápidamente desintegrándose a medida que crecía la fuerza de los nobles, de los cortesanos. Las Hermandades particulares fueron utilizadas, fueron motivo multitud de veces de guerras internas entre los propios nobles enfrentando a las diversas casas nobiliarias entre sí, lo cual hizo que su desprestigio aumentase rápidamente. En este aspecto, se suponía una seria contradicción en la política interna; es decir, llegaron a tener tal fuerza armada que podían bloquear --y incluso sobrepasar-- las fuerzas del mismo rey.

La última fase de la evolución de las Hermandades se desarrolla durante el reino de los Reyes Católicos y es la que afecta de una manera más directa al tema que nos ocupa.

En 1476, después de la muestra de desorganización de la caballería en la batalla de Toro contra Portugal, los Reyes Católicos consiguieron, en sus Ordenanzas del mismo año, renovar las Ordenes Militares haciéndolas formar parte de una sola orden o hermandad llamada La Santa Hermandad.

La Santa Hermandad, conjunto de todas las hermandades, además de ser una buena forma de policía nacional, proporcionó a los Reyes Católicos la fuerza militar necesaria para cumplir con su propósito de Reconquista de la Península. Con la Reconquista de Granada en 1492 y el establecimiento de las fronteras nacionales de una manera firme en 1497, se había cumplido con el propósito por el cual se habían formado las Ordenes Militares, y por consiguiente, La Santa Hermandad se disuelve. Esta medida fue considerada como popular dado el gravamen, tanto económico como humano que sobre la población recaía:

> ...entonces las Pragmáticas de Zaragoza de 1498: 'porque nuestra merced y voluntad siempre ha sido y es de librar y aleviar á nuestros súbitos y naturales de todos pechos y tributos y vexaciones, en cuanto nos fuere posible...'
> Elliott, J.H. Imperial Spain 1469-1716, Penguin Books, Hazell & Viney Ltd., Aylesbury Great Britain 1963, p. 110 to p. 123

Queda entonces suprimida la obligación de los caballeros de acudir a las filas militares de la Santa Hermandad. La junta se disuelve y los caballeros deben volver a sus encomiendas, proporcionadas por los mismos Reyes Católicos.

Dado que el destino del escudero estaba relacionado

estrechamente al del caballero, ambos tipos sociales se ven obligados a replantearse en la función que han de desempeñar. Momentaneamente las campañas de Italia suministraron una solución pero la importancia creciente de la infantería termina por desplazarlos incluso de este escenario.

Vemos, pues, que durante la Reconquista, los Castellanos habían desarrollado al máximo su caballería, su espíritu caballeresco, su clase caballeresca, y los nuevos estilos bélicos, aumentados para las guerras contra Italia, a saber: las batallas de los años 1495-97 y de 1501-04, se prescinde en gran parte de la caballería como método para guerrear. [5] Aquellos cambios militares, junto a las reseñas sobre la posible fecha de composición del _Lazarillo_ que nos da Martín de Riquer --1525-26--, hace que el escudero del _Tratado III_ del _Lazarillo_ sea, al parecer, la figura literaria que actúa de testimonio a estos cambios militares.

Expuesta la serie de evoluciones históricas de la figura del escudero debemos abordar el segundo de los problemas que antes apuntábamos: las definiciones que encontramos en el _Diccionario de la Real Academia Española_. Son tres:

> 1. Paje o sirviente que llevaba el escudo al caballero en tanto que no usaba de él.
> 2. El que por su sangre es noble y distinguido.
> 3. El que en lo antiguo llevaba acostamiento de un señor o persona de distinción, y tenía la obligación de asistirle y acudirle en los tiempos y ocasiones que se le señalaban.

Las dos primeras definiciones corresponden a la figura

del escudero medieval; su función primordial era de carácter militar, y además, era necesario que tuviera sangre noble.

A finales de la Edad Media y a principios de la Edad Moderna, la finalidad militar de la figura del escudero fue perdiendo importancia, como antes hemos señalado. La reorganización del ejército moderno apartó del campo de batalla al escudero. Este, privado de su función tradicional, tiene que apoyarse en su nobleza para conservar su posición en la sociedad. La busqueda de una solución para esta situación crítica tenía una salida ideal que es la que vemos recogida en la tercera definición de la Real Academia. Se trata de poder encontrar un señor de distinción a quien el escudero desempleado pueda ofrecer sus servicios. Esta problemática del escudero tiende a no encontrar una solución fácil debido a varias causas. En primer lugar el escudero ha perdido la función militar que había desempeñado hasta ahora; en segundo lugar, perdida su condición de militar no renuncia a dejar de pensar en términos de nobleza y linaje. Como por otra parte, la sociedad ya no asigna ningún valor de linaje a los puestos inferiores del ejército, la solución de este conflicto es prácticamente inalcanzable. Por encima de todo esto hay que notar que el escudero, forzado a salir de su ambiente tradicional, vuelve a la sociedad en condiciones de desventaja, ya que aquí ha de enfrentarse a la figura del hidalgo que siempre se había desenvuelto en este ambiente, el cortesano. Esta problemática es la que encontramos en la figura del escudero del Lazarillo.

Al ciego y al clérigo, prototipos de dos determinados estados sociales, se añade la figura del escudero, otro ejemplo de gran actualidad en la época. Tal como los demás personajes en el _Lazarillo_, el escudero como personaje novelesco está considerado en distintos niveles: representa la clase militar caduca, muriéndose de hambre en lugar de realizar otros oficios y representa la derrota de la clase escuderil, cuya agonía histórica se prolonga hasta bien entrado el siglo XVI.

En el texto del _Lazarillo_, el escudero hace muchas referencias que denotan un acercamiento, e incluso una vuelta a la Edad Caballeresca. Cuando Lázaro se dedica a alabarse a sí mismo por su capacidad de pasarse sin comida, el escudero le contesta:

> --Virtud es esa- dijo él-, y por eso te querré yo más. Porque el hartar es de los puercos, y el comer regladamente es de los hombres de bien.
> _Lazarillo de Tormes_, Ed. cit., p.117

Cuando el escudero nos habla de la _virtud_, hay que tener presentes todas las virtudes caballerescas descritas en los textos de _Las Siete Partidas_, así como los textos de Don Juan Manuel. Dentro de estas virtudes, Lázaro nos señala los hábitos religiosos del escudero:

> se entró en la iglesia mayor, y yo trás él, y muy devotamente le ví oír misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fue acabado y la gente ida.
> _Ibíd_. p. 117

Vemos, entonces, que el escudero en el _Lazarillo_ actúa conforme a las reglas formales de la caballería, entre las que destaca la frecuente asistencia a misa, la comunión y el

ayuno diario. Estas eran las vías recomendadas desde antiguo al caballero para que pudiera acceder a todas las virtudes . Citamos aquí algunas líneas de textos pertinentes para clarificar más este aspecto:

> Oficio de caballero es mantener la santa fe católica. El caballero que tiene fe y no la usa, es contrario a los que mantiene la fe.
> Garate-Córdoba, J.M. Op. cit., Ed. cit., p.342

Las virtudes se encuentran bien delineadas en las Partidas de Alfonso el Sabio:

> ...las cuatro virtudes principales: 'bondades son llamadas...cordura, et fortaleza, et mesura, et justicia...'
> Blanco-González, B. Op. cit., Ed. cit., p.59

Junto a las virtudes de fortaleza y mesura preceptuadas por el Rey Sabio, se indica una serie de bondades entre las que destaca la resistencia ante todo. El ayuno es el medio más adecuado de conseguir la resistencia y aguante requeridos a todos los caballeros. Su observancia estricta permitía a éste conseguir un alto grado de perfección en las bondades. El escudero, entonces, asiste a misa y aconseja a su mozo sobre las virtudes que para él son el núcleo de su posición social y de su vida privada. Repetidamente el escudero insiste en las cualidades virtuosas del ayuno:

> --Vivirás más y más sano -me respondió-. Porque como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho que comer poco.
> Lazarillo de Tormes, Ed. cit., p.119

Encontramos aquí la retórica de los caballeros. Lo que otorga credibilidad a nuestro argumento es el hecho de que

unas líneas después vemos al escudero vistiéndose según el uso del antiguo caballero:

> y comienza a sacudir y limpiar sus calzas y jubón, sayo y capa. Y yo, que le servía de pelillo. Y vístese muy a su placer, de espacio. Echéle aguamanos, peinóse y puso su espada en el talabarte, y al mismo tiempo que la ponía díjome:
> --¡Oh, si supieses, mozo, qué pieza es ésta! No hay marco de oro en el mundo porque yo la diese, Mas así, ninguna de cuantas Antonio hizo no acertó a ponerle los aceros tan prestos como ésta los tiene.
> <u>Ibíd</u>. p. 119

El escudero, por consiguiente, se viste al modo de los militares; con calzas, jubón, sayo y capa. [6] Además, al mencionar el famoso espadero del Rey Católico, Antonio, el narrador nos da la <u>liaison</u> entre el personaje que aparece en la novela y el de los años del reino de Fernando e Isabel. [7]

Al hablar de su espada, el escudero nos hace retroceder a la época de los famosos caballeros; no es una mera jactancia del personaje, o una bufonada, sino una semblanza de las palabras que repetidamente encontramos en las leyendas caballerescas. Los antiguos caballeros sacaban sus espadas en el momento de hacer cualquier juramento. Además, la espada significaba, o era el signo de todo lo que era sagrado para los caballeros; así que un juramento sobre la espada extendida comprometía a cumplir todo lo que se había jurado. Leemos en la obra:

> Y sacóla de la vaina y tentóla con los dedos diciendo:
> --¿Vesla aqui? Yo me obligo con ella a cercenar un copo de lana.
> <u>Ibíd</u>. p. 119

Lo que hay detrás de estas palabras nos lo aclara Ramón

Menéndez Pidal: "el cercenar un copo de lana era la prueba tradicional del buen corte de las espadas". [8]

Cabe sólo decir, por consiguiente, que el escudero al jurar tal cosa se está manteniendo dentro de las formas propias de las Ordenes Militares anteriores al siglo XVI. La ironía, más que obvia en las letras de su juramento, forma parte de la aparente dislocación temporal del personaje.

El autor de la novela añade otros detalles que nos permiten ver que el tercer amo de Lázaro representa una figura social fuera de su época. Vemos que el escudero es comparado a un 'cercano pariente al Conde de Alarcos' y que se le llama un 'Macías', detalles que nos permiten identificar a este escudero como personaje de otra época. [9]

A este escudero, sin embargo, no se le permite seguir los dictámenes que para él todavía están vivos. Vemos que, aunque trata de ser un caballero perfecto, yendo a misa, hablando de virtudes, aconsejando a su mozo y jurando por su espada, este escudero no puede más que aparentar lo que dice. El elemento que pone de relieve su fracaso es el hambre a que se ve sometido.

Después de hablarle a Lázaro de las virtudes del ayuno lo rompe conscientemente. Cuando Lázaro se saca del seno unos pedazos de pan, el escudero le pregunta primero:

> --¿Adónde lo hubiste? ¿Si es amasado de manos limpias?
>
> <u>Ibíd</u>. p.118

La respuesta sincera de Lázaro hace desaparecer los

escrúpulos que hasta ahora le impedían al escudero obrar:

> --No sé yo eso -le dije-; más a mí no me pone asco el saber dello.
> _Ibíd_. p. 118

El escudero contesta comiendo:

> --Sabrosísimo pan esta -dijo-, por Dios.
> _Ibíd_. p.118

Primero, se pueden notar las preocupaciones que el escudero tiene para con la limpieza, lo cual aparece como el afán que tiene de preservar su reputación 'sin mancha'; la actitud del individuo en público señala su ràngo social. [10] Segundo, observamos que al aceptar el pan de Lázaro sin más, el escudero está rompiendo con las pautas de comportamiento que le han caracterizado hasta ahora. El hambre rompe su escala de valores; todas las cuestiones de honra, además de las virtudes caballerescas pierden su valor cuando aquél que está preocupado por ellas tiene hambre. Esta es la dura realidad, proporcionada por la sociedad, que esta figura social es forzada a aceptar. Este es otro momento en el cual la sátira del autor se manifiesta más claramente.

Para completar la presentación del escudero el autor nos proporciona indicios que permiten una doble interpretación de la vivienda del escudero. La estrechez económica por que pasa el escudero hace que tenga una casa pobre y austera, pero además, los términos en que se describe nos permiten situarnos en el nivel de interpretación: _casa_ = _sepulcro_.

Este fenómeno se explica, en parte, por el hambre que

aparece como una constante en este <u>Tratado III</u>; sin embargo, vemos que desde los primeros párrafos, el texto se orienta hacia la presentación de un ambiente mortuorio, de entrada a un sepulcro y eso, precisamente a través de la descripción que Lázaro hace de la casa del escudero:

> La cual tenía la entrada obscura y lóbrega de tal manera, que parecía que ponía temor a los que en ella entraban.
> <u>Ibíd</u>. p. 117

La descripción de esta casa, por sí sola, no es más que un primer indicio que nos orienta hacia el camino a seguir. Lázaro continua así la descripción del interior de la casa:

> Después desto, consideraba aquel tener la casa cerrada con llave ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa. Todo lo que había visto eran paredes, sin ver en ella silleta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcaz como el de marras. Finalmente ella parecía casa encantada.
> <u>Ibíd</u>. p. 117

Finalmente el mismo texto nos propone abiertamente la asociación casa/sepulcro. Se trata de la anecdota que Lázaro cuenta en la que una viuda que preside el entierro de su marido dice:

> --Marido y señor mío: ¿adónde os me llevan? ¡A la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura, a la casa donde nunca comen ni beben.
> <u>Ibíd</u>. p. 123

> Yo que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra y dije:
> --¡Oh desdichado de mí! Para mi casa llevan este muerto.
> <u>Ibíd</u>. p. 123

Por extensión el dueño de esta casa oscura, lóbrega y

encantada es asociado con la figura de un muerto. Lázaro afirma que no puede 'verle más aliento de comer que a un muerto' (Ibíd. p.117).

En su conjunto esta escena sugiere dos tipos de muertes diferentes: la muerte material, motivada por el hambre, y la muerte de un tipo social, motivada por los cambios históricos y sociales a que antes hemos aludido.

La confirmación del segundo tipo de muerte señalado, creemos encontrarlo en estas palabras de Lázaro:

> ¡Oh Señor, y cuántos de aquestos debeís vos tener por el mundo derramados, que padecen por la negra que llaman honra, lo que por vos no sufrirían!
> Ibíd. p. 120

En un primer sentido estas palabras pueden interpretarse como alusión directa a la situación caótica que el afán desenfrenado de buscar títulos de nobleza había creado en la sociedad española de la época. En cualquier caso podemos añadir que también es posible entender estas palabras como una ironía hacia el concepto de honra que un tipo social determinado, el escudero, trata de defender en una sociedad que cada vez le es más hostil.

A pesar de todo, el escudero no está desprovisto de cualidades. Una de ellas es la generosidad que demuestra tener con su sirviente. La necesidad no ha hecho de él un hombre avaricioso; comparte lo poco que tiene:

> en el pobre poder de mi amo entró un real...
> --Toma Lázaro, que Dios ya va abriendo su mano: ve a la plaza, merca pan y vino y carne; ¡quebremos el ojo al diablo!
> Ibíd. p. 123

No solo estas palabras son muestra de su generosidad, sino también de la confianza que ha depositado en Lázaro. Este gesto del escudero repercute en la personalidad de Lázaro que aquí, por primera vez, le vemos capaz de experimentar sentimientos superiores a sus reacciones primarias: el hambre, la venganza, etc.:

> Dios me es testigo de que hoy día, cuando topo con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima con pensar si padece lo que aquél le vi sufrir...Tanta lástima haya Dios de mí como yo había dél.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 123

El desacuerdo que existe entre Lázaro y su amo tiene su origen en el concepto de honra que defiende el escudero. Según él, debe evitar no solo el mendigar, sino también, el que sus vecinos sepan que Lázaro está a su servicio:

> Que más vale pedirlo por Dios que no hurtarlo. Y así él me ayude como ello me parece bien, y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca a mi honra.
>
> Ibíd., p. 121

Nuevamente vemos que el escudero quiere comportarse conforme a la tradición de su estado. Ya en los textos de <u>Las Siete Partidas</u> se encuentran condenas explícitas de la mendicidad, del hurto; del hacer cualquier cosa deshonrable:

> non tovieron los antiguos que era cosa guisada que honra de caballería que es establecida para dar et facer bien, fuese puesta en home que hobiese á mendigar con ella nin facer vida deshonrada, non otrosi que hobiese de furtar ó facer cosa porque mereciese de haber la pena que es puesta contra los viles malfechores.(II, XXI, 12)
>
> Blanco-González, B. <u>Op. cit</u>., Ed. cit., p. 53

Lázaro tiene la oportunidad de conocer que no solo en el presente la honra es una preocupación para el escudero; desde antes cuando éste vivía en su tierra, trataba de vivir conforme a las reglas caballerescas. Hay un primer indicio que nos insinúa la razón de la marcha del escudero:

> y díjome ser de Castilla la Vieja y que había dejado su tierra no más por no quitar el bonete a un caballero su vecino.
>
> Lazarillo de Tormes, Ed. cit., p.124

La pelea que el escudero mantiene con su vecino se debe a una cuestión de relaciones entre dos miembros de la sociedad de la clase hidalga de Castilla. La causa fundamental de la disconformidad del escudero frente a la costumbre social de levantarse el bonete para saludar reside en su aparente opinión a las nuevas normas recién establecidas por Carlos V.

En 1520, Carlos V reestructura la clase noble e hidalga de Castilla; según estas reglas, están en la cumbre de la sociedad, inmediatamente después del rey, los Grandes de España, fijando el número de ellos en veinticinco. A continuación iban los llamados Títulos, también conocidos como 'primos' del rey. El grupo inferior lo formaban los caballeros e hidalgos que formaban parte del ejército y de la clase cortesana. [11]

El conflicto para el escudero lo constituye el que miembros adinerados de una burguesía incipiente pudieran comprar títulos tradicionalmente reservados a las grandes casas o familias de la nobleza. El escudero se ve a sí mismo como representante de un grupo social mucho más antiguo, y por tanto, ve

con recelo la actitud que los nuevos titulados toman en relación a los antiguos estamentos venidos a menos. Ante estos problemas, Lázaro se muestra como más práctico que su amo:

> Paréceme, señor -le dije yo-, que en eso no mira mayormente a mis mayores que yo y que tienen más.
> Ibíd., p.124

Con los cambios que anteriormente mencionamos, estas palabras de Lázaro tendrían más lógica que los actos del escudero, pues con dichos cambios se introdujo el derecho de los reyes para vender títulos de cualquier grado social a cambio de una determinada cantidad de dinero. Así el hombre adinerado, sin necesidad de linaje, podía adquirir un título superior al de escudero. El escudero, como es de los antiguos, de la escuela caballeresca de la vida, no puede adaptarse tanto como para saludar a un conde y merecer de éste el mismo saludo.

Para clarificar esto, es necesario recurrir a lo que nos dice el escudero:

> --Eres muchacho -me respondió-, y no sientes las cosas de la honra, en que el día de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Pues te hago saber que yo soy, como ves, un escudero; más vótote a Dios, si al conde topo en la calle y no me quita bien quitado el bonete...Que un hidalgo no debe a otro que a Dios y al rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona.
> Ibíd., p. 124

El escudero no concibe que su oficio caballeresco haya quedado en desmérito. No comprende que se ha terminado su estilo de vida y su razón de ser; así, sigue considerando a su persona y su posición social a nivel superior a la de los

nuevos nobles:

> Y así aquel de mi tierra que me atestaba de mantenimiento nunca más le quise sufrir, ni sufriría, ni sufriré a hombre del mundo, del rey abajo, que "Mantengaos Dios" me diga.
>
> <u>Ibíd</u>., p.125

El escudero lleva hasta extremos tan ridículos esta actitud que prefiere perder sus pocas posesiones antes que admitir a la nueva clase de nobleza. Como consecuencia de todo ello, ha marchado a Toledo, según él mismo confiesa, para buscar "un buen asiento". No puede realizar sus planes porque solamente encuentra posibilidades que no le interesan. En primer lugar hace referencias al estamento eclesiástico:

> Canónigos y señores de la iglesia muchos hallo; más es gente tan limitada, que no los sacarán de su paso todo el mundo.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 125

Aunque se moría de hambre, el escudero rehusó emplearse con los 'señores de la iglesia'. Para encontrar la razón de ser de estas palabras, sería preciso señalar los antecedentes históricos que llevan a tal condenación.

Entre los años 1499, cuando fueron disueltas las órdenes militares llamadas <u>Hermandades</u>, hasta el año 1523, cuando estas mismas hermandades pasaron al poder de Carlos I por una bula Papal de Alexandre VI, estos organismos estaban bajo el patrocinio de la iglesia. Los 'señores de la Iglesia' las utilizaron para realizar su función inquisitorial, y además, su ambición política. [12] También hay que señalar que Carlos I dedicó varias de las Hermandades a la misma causa religiosa en

el año 1523. Las palabras 'que no los sacarán de su paso todo el mundo', recoge una creencia popular de la época que indica la inexorable búsqueda de poderío y la ideología política de los religiosos en todas sus actividades.[13]

Una segunda posibilidad que el escudero no quiere aceptar es el agruparse a las filas de la infantería:

> Caballeros de media talla también me ruegan; más servir con éstos es gran trabajo. Porque de hombre os habéis de convertir en malilla, y si no "Anda con Dios" os dice. Y las más veces son los pagamentos a largos plazos, y las más y más ciertas, comidos por servido. Ya, cuando quieren reformar conciencia y satisfaceros vuestros sudores, sois librados en la recámara, en un sudado jubón o raída capa.
> Ibíd., p. 125

Es preciso indicar que el autor de esta novela, en pocas palabras, describe lo que en la época era conocido por la mayor parte del pueblo español en lo referente a los ejércitos. Primero, los capitanes, generales, maestres de campo, todos los hombres con jerarquía de mando, eran claramente calificados con el apelativo de 'caballeros de media talla' por ser de los militares que se dedicaban a la infantería y no a la caballería, así que tenían solo media talla de los de la caballería.[14]

Segundo, el militar con jerarquía de mando era, por lo general, un personaje que perdía, con el sistema de mayorazgo, su posición social de titulado y, por consiguiente, se dedicaba a servir en la infantería --la milicia-- para recobrar por medio de las batallas y los despojos de ella un cierto porcentaje de la gloria y fama que fuera de ésto iba perdiendo.[15]

El militar común recibía el nombre de <u>malilla</u> porque no

hacía sino seguir las órdenes de sus superiores en las batallas, y el resto del tiempo comía, dormía y sobre todo, se dedicaba mucho al juego de naipes, de donde proviene su apelativo.[16]

Hay que tener en cuenta también que los ejércitos, en la época, eran raramente pagados con regularidad. En muchos de los escritos sobre militares del siglo XV, así como del siglo XVI, se advierte que muy pocos salieron del ejército con algunos bienes, ya fueran dinero o tierras.

El escudero del Lazarillo se niega a unirse a las filas del ejército: primero por estar su especialidad caballeresca fuera de época, en desuso; segundo, por darse cuenta de que tendría que perder su identidad además de tener que llevar una vida trabajosa; y tercero, por saber que nunca llegaría a cobrar suficiente dinero como para seguir viviendo su vida hidalga.

La única posibilidad que considera digna de él es la que Lázaro califica como su fantasía y su presunción. El escudero espera encontrar un caballero títulado, que tenga suficientes bienes e importancia en el reino como para que el escudero, aunque quedándose en el servicio doméstico, pueda conservar parte del prestigio, de la honra a que ha estado acostumbrado hasta ahora:

> Reírle hía mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo. Nunca decirle cosa que le pesase...Ser muy deligente en su persona, en dicho y hecho. No me matar por no hacer bien las cosas que él no habría de ver...Decirle bien de lo

> que bien le estuviese y, por el contrario, ser malicioso, mofador, malsinar a los de la casa y a los de afuera, pesquisar y procurar de saber vidas ajenas para contárselas, y otras muchas galas de esta calidad, que hoy día se usan en palacio y a los señores dél parescen bien.
>
> Ibíd., p. 125

El escudero, para conservar su honra, su prestigio personal, se daría al servicio de su señor adoptando los calificativos ya señalados. Para mantener su nivel social dejaría sus pretenciones caballerescas. Sin embargo, hasta que este momento llegue, tiene que conservar, por lo menos, una semblanza de nobleza, lo cual hace cuidando de su persona y de su prestigio personal.

Apéndice al Capítulo II

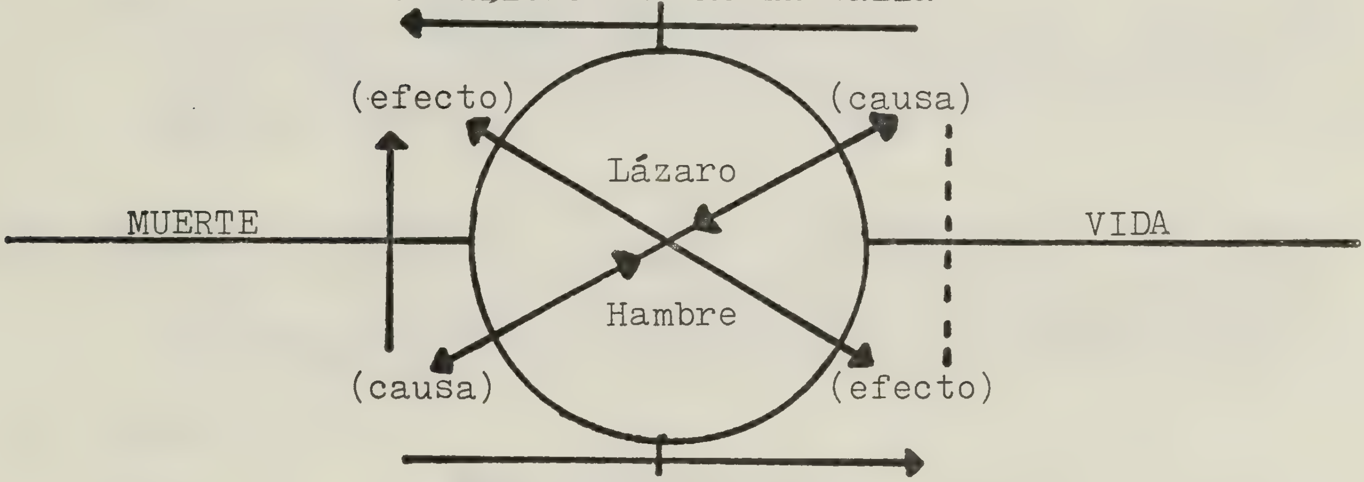
A consecuencia de la investigación histórica hecha de apoyo a las conclusiones de este capítulo, y si tomamos el Tratado III en su conjunto, podríamos observar que las diferentes fuerzas, que producen distintos efectos sobre una figura tal como el escudero, tienen su raíz en otras tantas causas. Esto podría posiblemente ilustrarse en forma gráfica. También permitiría resumir brevísimamente la serie de influencias y contrastes que definen el mundo escuderil, creado por la novela, y actúan de tal modo que aparezcan compatibles con el pensamiento colectivo de la época. Con esta finalidad hemos trazado el esquema adjunto que no es más que el primer ensayo de un estudio más especializado que estamos preparando.

REALIDAD OBJETIVA

INTERNA	EXTERNA
CASA	SOCIEDAD
- lóbrega y oscura - vacía, sin muebles sin comida - encantada	- el ideal caballeresco ha perdido su valor - pérdida de importancia del escudero como figura militar - se ignora el estatus del escudero

=

- Señores de la iglesia
- Caballeros de media talla



MUNDO DEL ESCUDERO

INTERNO	EXTERNO
- ideal caballeresco - honra - virtud (ayuno) - limpieza moral - cree que tiene derecho en vivir conforme a su nobleza	- virtudes caballerescas - ayuno, misa, limpieza, limosna - limpieza física, espada - mujeres - se da cuenta de que tiene que adaptarse conforme a las reglas de la sociedad

=

- Servidumbre

Notas

1 Blanco-González, B. Op. cit., Ed. cit., p.62

2 Elliott, J.H. Op. cit., Ed. cit., pp. 57-9

3 Blanco-González, B. Op. cit., Ed. cit., Capítulos II, III, VII de la Primera Parte.

4 Para la extensa influencia de las Hermandades sobre el pueblo español, véanse la obra citada de Bernardo Blanco-González: Cortes de Enrique IV. Tutores: Los que antiguamente tenían cargo directo y representativo del rey para gobernar cualquier pueblo o región del reino.

5 Elliott, J.H. Op. cit. Ed. cit., pp. 110-23, y p.134. Este fenómeno se desarrolla más a fondo en el estudio histórico de Luis María de Lojendio: Gonzálo de Córdoba, El Gran Capitán, Tercera Ed., Espasa-Calpe, S.A., Madrid 1965

6 Bernis, C. Op. cit., Ed. cit., pp. 16, 26, 27 y 34

7 Nota de: Rico, Frnacisco. La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades, en: La novela picaresca española, p. 48, Editorial Planeta, Barcelona 1967

8 Ibíd., p. 48

9 Ibíd., pp. 49 y 50. Citamos:'Es el caso que en el Romance Media Noche era por filo se describe cuán suntuosamente se viste el conde Claros, ayudado por su camarero (Lázaro, sin posibilidad de dudas, recuerda aquí un par de versos: "Levanta mi camarero, Dame vestir y calzar"), ...' Como existió realmente un condado de Arcos (desde 1493 convertido en ducado)...cabe pensar en una confusión entre un conde de Arcos real y el Conde Claros del romancero...Macías: poeta gallego del siglo XV cuya lastimosa leyenda le ganó el título de el enamorado por excelencia'.

10 'sin mancha': Tenemos que tener en mente lo que ya fue señalado en tanto cuanto se refiere a la necesidad del mantenimiento del escudero en un estado de limpieza ; según las Partidas: "...no estar manchado con ninguna de las taras enumeradas...".Blanco-González. Op. cit., Ed. cit., p.16

11 Esta es la base del argumento que nos proporciona Bernardo Blanco-González en su estudio: Del Cortesano al discreto, lo cual cambia radicalmente con la venida de Carlos V a España. De allí en adelante, el escudero cortesano no tendrá nada que ver con los asuntos político-militares, sino que será el parásito de palacio.

12 La frase 'Canónigos y señores de la iglesia muchos hallo; más es gente tan limitada...' tiene sus antecedentes en la época como crítica al gobierno del Cardenal Cisneros. Leemos en el estudio histórico de la época:" (1517) Peor fue lo ocurrido en Valladolid, donde prendió el fuego de la rebeldía, así como en otras ciudades, acerca de lo que ya atrás hubo de hablarse". Conde de Cedillo. El Cardenal Cisneros gobernador del reino, Real Academia de la Historia, Madrid 1831, p. 84. Esta rebeldía de las Ordenes Militares fue a razón de las políticas internas y externas del gobierno de Cisneros. El aplicar la subdicha fraseología de la novela picaresca en cuestión, sobre todo sabiendo que este escudero es de la ciudad mencionada y que el gobernador desprovisó a los caballeros y nobles de la región de sus encomiendas, no resulta demasiado fuerte si se toma en consideración la fecha de composición de la novela. Las relaciones entre Cisneros y la milicia, además de las Ordenes, se puede averiguar en la citada obra en los capítulos V, VI y VII.

13 Ibíd., p. 136. Citamos:'Tal cual tenencia hubo de proveer como le plugo y sin curarse de consuetudinarias prácticas, lo que provocó enojos y protestas de los que se consideraban lesionados; pero, en general, la gestión de Cisneros en los asuntos tocantes a aquellas glorio--sas milicias, fue mucho más respetuosa que lo que podían temer los que no se avenían bien con la omnipotencia del Regente'. Las referencias a la inflexibilidad del Cardenal se hacen todavía más precisas en la obra de Fray Prudencio de Sandoval: Historia de la vida y Hechos del Emperador Carlos V, Vol.2, en: B.A.E. Tomo 82, Madrid 1955, pp. 82-123

14 Lojendio, Luis M. de. Gonzálo de Córdoba, El Gran Capitán pp. 186-93, Tercera Ed. Espasa-Calpe, S.A., Madrid 1965 No cabe duda de que la referencia a 'caballeros de media talla' se hace de la misma manera para con la infantería en general.

15 Elliott, J.H. Op. cit., Ed. cit., pp. 114-6

16 'malilla':"Esto es, en personaje de segunda categoría, como la malilla es la segunda carta de la baraja, inferior a la espadilla". Valbuena Prat, Angel. La novela picaresca española, Ed. cit., p. 125. En la edición crítica

de Francisco Rico de la novela picaresca se le presta, al nombre de malilla, el mismo sentido que se le da el _Diccionario de la Real Academia_, o sea, "...que debía de ser entonces como la malilla en el juego de los naipes, que cada uno la usa como y cuando quiere". Francisco Rico, _La novela picaresca española_, Ed. cit., p.62

Capítulo III

La figura del soldado aventurero, conquistador y profesional en la picaresca de J. de Luna.

Si bien es cierto que el escudero del primer Lazarillo de Tormes es un tipo de militar, de caballero de una época ya pasada, cuyas características han ido cayendo en desmérito desde principios del siglo XVI, vemos que el protagonista de la Segunda parte de Lazarillo de Tormes de Juan de Luna, desde las primeras líneas nos señala su posición, sus opiniones --en retrospectiva-- de los militares y de la vida soldadesca de la primera mitad del siglo XVI.

Aunque esta Segunda parte de Lazarillo de Tormes fue publicada en 1620, el autor en el prólogo de la novela: "da a entender que para su propia continuación se basa en motivos folklóricos: 'Este libro...que conformaba con lo que había oído contar cien veces a mi abuela y tía, al fuego, las noches de invierno'...". [1]

Al contrario de las características militares representadas por el escudero del primer Lazarillo, Lázaro, actuando en su papel de soldado, marcha a las guerras teniendo ya en mente el dicho popular:

> Quien bien tiene y mal escoge, por mal que le venga no se enoje.
> Segunda parte de Lazarillo de Tormes, en: Valbuena Prat, A. La novela picaresca española, Ed. cit., p.138

Desde las primeras líneas de esta obra se subraya que las fuerzas armadas españolas de la primera mitad del siglo XVI eran un atractivo para el espíritu aventurero de los jóvenes españoles y proporcionaban ya a los 'caballeros de media talla' una trabajosa vida, sin ningún provecho individual excepto la comida a veces provista y el pasatiempo de los juegos de naipes. Lázaro, desde el principio de este relato, parece excusarse por haber escogido el mal camino, por haber elegido el ejército como medio de hacerse con una fortuna:

> Dígolo a propósito, que no pude ni supe conservarme en la buena vida que la fortuna me había ofrecido, siendo en mí la mudanza como accidente inseparable que me acompañaba, tanto en la buena como en la mala y desastrada vida.
>
> Ibíd., p.138

Aunque el espíritu militar de la época favorezca al aventurero, se pone de relieve de antemano las adversidades que llevan consigo las diversas facetas de la profesión militar.

Lázaro sale a la guerra, entonces, motivado por su afán de aventuras y su deseo de recorrer mundo. Deja su presente fortuna:

> con deseo de dejar en los venideros siglos ejemplo y dechado...Mas el ejemplo y dechado fue dar vista a los moros ciegos y corsarios bajeles, de servir a mi valeroso capitán de la Orden de San Juan, con quien asenté por repostero, capitulando que todo lo que ganase sería para mí (como lo fue); finalmente quise dejar ejemplo de gritar y animar, llamando a Santiago y cierra España.
>
> Ibíd., p. 138

No cabe duda de que 'la fama de la armada de Argel' (Ibíd.,p.138) se refiere a una de las expediciones al puerto morisco --en 1535 O 1541-- en las cuales los españoles fueron derrotados. Las dos expediciones, sin embargo, animaron al populacho español a servir en las guerras. [2] Las demás razones que da Lázaro para alistarse, son las acostumbradas en la España del siglo XVI: hay deseos de seguir las normas, el ejemplo de los antepasados, el postulado religioso de convertir al infiel y el deseo de servir en las órdenes militares a los cuales, al menos aparentemente, cada uno pertenecía. La principal motivación, sin embargo, es la penúltima que se nos da en la cita: la de aprovecharse de las guerras para adquirir fortuna con el botín de las batallas.

La última de las razones refleja una característica española de la época. El hombre sale a la guerra para cobrar fama en las batallas, fama que se convierte en honra familiar, y que llega a provocar jactancia y alabanza personal:

> Partí de Toledo alegre, ufano y contento, como suelen los que van a la guerra, colmado de buenas esperanzas, acompañado de gran cantidad de amigos y vecinos que iban al mismo viaje llevados del deseo de mejorar su fortuna.
>
> Ibíd., p. 138

En general, la actitud del recién ingresado en las filas militares es muy conocida en la España del siglo XVI. Todos salen a la guerra para mejorar su estatuto social; además, se unen de buena gana al ejército porque van a la batalla con la esperanza de apropiarse de los despojos. Se unen a la

profesión militar por la creencia generalizada de que todos los que pertenecen a ella salen gananciosos; logrando dinero o cobrando fama para sí mismos y sus parientes. Sin embargo, si la mala fortuna los persigue --de lo cual no se habla en público-- volverán totalmente derrotados y deshechos.[3]

Lázaro, antes de embarcarse para el campo de batalla, conoce a un soldado que encontró mala fortuna:

> vi un semihombre, que más parecía cabrón, según las vedijas e hilachas de sus vestidos; tenía un sombrero encasquetado...la mano puesta en la mejilla y la pierna sobre la espada...el sombrero a lo pícaro, la ropilla era a la francesa, tan acuchillada de rota...la camisa era de carne...las calzas, al equivalente...los zapatos eran a lo descalzo... En una pluma que cosida en el sombrero llevaba, sospeché ser soldado.
>
> Ibíd., p.139

Tenemos aquí la descripción de un soldado aventurero de principios de siglo. [4] Se puede ver que ha sido soldado desgraciado por su vestuario: sus prendas viejas y rotas. Su desgracia total está simbolizada por la imagen: pierna sobre espada. Como testigos de los caminos por los que ha viajado se nos señala su ropa 'a la francesa' y sus zapatos 'a lo descalzo'. La ironía del narrador aparece en la última línea cuando subraya que el único detalle que permite distinguir que ha sido soldado es la pluma que lleva en el sombrero. En fin, todo su atuendo, así como su aparente desánimo, representa la derrota sufrida en los contratiempos de la guerra durante la época.

Este caso, aunque aparezca como el común resultado de

la mala fortuna guerrera, es un caso especial para Lázaro. Este soldado destrozado le es presentado como su antiguo amo, o sea, el escudero de la <u>Primera parte del Lazarillo de Tormes</u>. Las palabras del escudero nos muestran el desengaño que se ha producido en él por no haber podido satisfacer los ideales que tan cuidadosamente y ansiosamente mantenía. En este sentido, podemos enjuiciar sus palabras como un aviso del futuro de Lázaro, de lo que le pudiera suceder a su antiguo sirviente:

> Busqué una comodidad, y por no haberla hallado tal cual merecía, estoy como ves; verdad es que yo he podido ser repostero, o escudero de cinco o seis remendonas, oficios que, aunque muriese de hambre no los tomaría.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 140

Este escudero está enjuiciado aquí de una manera mucho más dura que antes. El soldado-caballero que como figura histórica pertenece al primer tercio del siglo XVI, aparece como una figura mucho más ridícula y proporciona una buena ocasión para atacar los excesos del sentimiento de la honra. No debe olvidarse que estamos casí un siglo después y que el aprecio de buen linaje que mostraba este escudero en la primera obra se ha extendido a amplias capas sociales. Los comienzos del siglo XVII representan, a este propósito, la culminación de la obsesión por la buena fama. En este contexto es comprensible que Juan de Luna quiera presentar en lugar destacado la moraleja de este episodio: por querer más se obtiene menos.[5]

Vemos que el escudero de ideales nobles en la Primera Parte se convierte en engañoso, embustero, en esta Segunda parte del Lazarillo de Tormes, o sea, visto en retrospectiva, la opinión que se tenía de los caballeros y de su clase caballeresca era parecida a un desprecio total frente a la manera en la cual éstos vivían, desprecio hacia el sentimiento de honra y honor que tenían, hasta tal punto que se pintaban de hipócritas, parásitos sociales.

Lázaro convida al escudero a que venga a su posada para pasar la noche y se da cuenta, al despertar, que éste le había robado su vestuario entero. Lázaro se encuentra entonces, con los trapos viejos que usaba el escudero, y por razón de ello, ridiculizado tal como lo había sido su antiguo amo:

> Tanto me decían y corrían, que estuve determinado a tornarme a mi casa. No lo hice por pensar que la guerra sería muy pobre si en ella no se ganaba más de lo perdido.
>
> Ibíd., p. 140

Tanto es el desprecio aparente para con el escudero en esta Segunda parte del Lazarillo de Tormes que Lázaro, después de haber decidido irse a la guerra, cambia de parecer por la vergüenza que pasa una vez vestido de escudero, de guerrero despreciado, destrozado y decide irse a su casa. Sin embargo, sus dudas son de poca duración y sigue adelante con sus proyectos bélicos sin aprovechar la lección que hubiera tenido que sacar de su encuentro con el escudero. Actúa motivado por razonamientos falsos sobre el estado del guerrero de la época. Mas se dará cuenta de que la guerra puede

empobrecer al extremo de llegar a perder bastante más que la ropa.

Lázaro se embarca en Cartagena en una nave militar. Al llegar a alta mar, les sorprende una tempestad:

> ...la borrasca crecía, y la esperanza faltaba; los marineros y pilotos nos desahuciaron; los gemidos y llantos eran tan grandes, que me pareció estábamos en sermón de pasión; con la grande batahola no se entendía nada de lo que se mandaba; unos corrían a una parte, otros a otra.
>
> Ibíd., p. 141

Lázaro está en una nave llena de guerreros que son una ejemplificación irónica de los soldados del siglo XVI. El alboroto que allí se produce da lugar a una reflexión sarcástica sobre los ejércitos españoles. La actitud de los mismos soldados no es consecuente, en realidad, con tropas que van al campo de batalla: nada de heroísmos, todos tienen miedo. El autor va todavía más lejos en la ironización del soldado y de su mentalidad supersticiosa:

> Todos se confesaban con quien podían, y tal hubo que se confesó con una piltrafa, y ella le dió la absolución como si hubiera cien años que ejercitaba el oficio.
>
> Ibíd., p. 141

El miedo, que se aprecia en la nave, da la oportunidad a los de baja extracción social que se hagan principales; y a los de nivel social más alto para que muestren su verdadera cara. Más todavía, J. de Luna parece insistir en la cobardía de los soldados, sobre todo de aquellos que tienen jerarquía de mando:

> Los capitanes y gente de consideración...se salvaron en el esquife; yo estaba mal vestido, y así no cupe.
>
> Ibíd., p. 141

Los del ejército español, sobre todo aquellos que tienen mando, en vez de dar ejemplo de bravura a sus inferiores, es al revés, son aquellos los que primeramente se salvan al ver llegar el peligro. Lázaro forma parte de los inferiores de rango militar, y, por estar mal vestido, no tiene ocasión de salvarse con los demás. La visión retrospectiva que se tenía de los soldados en el siglo XVI era una visión de poca consideración para con el soldado común que no estuviese bien vestido y además, para con los oficiales que tenían jerarquía de mando. Por eso importa señalar que los de más importancia se salvan mientras que el simple soldado se tiene que hundir.

De aquí en adelante, en este episodio, es donde adquiere máxima importancia el tratamiento satírico que J. de Luna hace en esta Segunda parte del Lazarillo de Tormes. El elemento satírico da en lo fantástico para presentar anécdotas metafóricas de la realidad. Lázaro se salva por el comer y el beber mucho. Al hundirse la nave, el pícaro se encuentra hecho pez, al igual que el atún; sin embargo, por sus cualidades de soldado --algo que no han demostrado los demás personajes-- se hace rey del mar, al fondo del cual, después de un largo combate, Lázaro encuentra la fortuna que iba buscando. Lázaro hace, metafóricamente, lo que han

hecho muchos de sus compañeros militares:

> Quisieron hacer ejecución en mi persona; puse mano a mi tizona, y sin detenerme en pláticas con tan ruin gente, daba en ellos como asno en centeno verde...Tanto hice, que en menos de medio cuarto de hora maté más de quinientos atunes...Vime señor en la mar, sin contradicción ninguna.
> <u>Ibíd</u>., p. 142

En este episodio imaginario, Lázaro mantiene un papel de soldado valeroso, soldado ciego a todo tipo de contradicción y de pleito que se podría hacer de su manera de actuar. Tanto es su afán de combate y su esfuerzo de soldado que en corto tiempo mata a cantidad de 'atunes' sin que éstos puedan defenderse. Lázaro, de acuerdo con esta presentación fantástica, demuestra tener las mismas ideas, los mismos ideales que los soldados conquistadores del Nuevo Mundo. Este episodio fantástico representa el afán de los soldados del siglo XVI para irse a conquistar el Nuevo Mundo. Piensan encontrar, atravesando las aguas, una fortuna que les será fácil de conseguir combatiendo a la gente de este mundo que opinan ser de la más ruin, y por consiguiente, la más fácil de someter. [6]

Vemos, en el tercer capítulo de esta novela, que la metáfora fantástica sigue. Unos pescadores recogen al pícaro y le quitan facilmente su tesoro; es enjaulado y llevado por España por éstos como bestia anormal a provecho de los pescadores. A raíz de esta nueva anécdota está lo que anteriormente nos señaló el pícaro:

> la guerra sería muy pobre si en ella no se ganaba más de lo perdido.
> <u>Ibíd</u>., p. 141

En sus viajes por España, Lázaro (metafóricamente) pierde hasta la misma humanidad:

> ...lo llevamos por las villas y lugares de España a enseñarles a todos como portento y monstruo de natura.
>
> Ibíd., p. 144

Lázaro se da cuenta de la miserable fortuna del guerrero o de aquél que sale a las guerras con intento único de encontrar mejor fortuna. Aunque este episodio sea totalmente irreal en su desarrollo, la ridiculización del papel desempeñado orgullosamente por el soldado que salía a las conquistas del Nuevo Mundo es más que evidente. Lázaro, como muchos de los soldados que volvieron a su país con esclavos, naturales de otros países --sobre todo los indígenas de las Américas--, se hace llevar por toda España a manera de monstruo enjaulado. [7] La pérdida de su humanidad es símbolo de la inhumanidad de los soldados conquistadores españoles que dieron sobre el Nuevo Mundo con el único propósito de enriquecerse y de rebuscar su 'fama'.

Más que la crítica que se hace en esta novela del soldado aventurero y del conquistador, se hace una crítica del soldado profesional español. En la tercera y última aparición de la figura del soldado, el autor intenta presentar el desprecio que se tiene a los soldados españoles en su época. [8]

En el capítulo XII, dos soldados entran en una venta donde Lázaro, dos mujeres y un galán están comiendo:

> ...entraron por la puerta dos caballeros armados con jascos, casquetes y rodelas; traía cada uno un pedreñal al lado y otro en el arzón de la silla.
> Ibíd., p. 162

Estos dos personajes aparecen equipados a la manera militar del siglo XVII y se muestran listos para combatir a cualquier enemigo en cualquier momento. De las dos mujeres, una era 'alcahueta' y la otra más joven, su protegida. Al entrar los soldados, la alcahueta los llama 'hermanos de Clara', o sea, hermanos de la muchacha. El galán se pone de parte de las mujeres cuando los soldados se proponen usarlas a su modo:

> Entraron los Cides, y al punto que vieron a su hermana y la alcahueta, dijeron gritando: "¡Aquí están! ¡Aquí las tenemos! ¡Aquí morirán!"
> Ibíd., p. 162

Los dos soldados, al entrar en la venta, actúan como dos matamoros, listos para matar a dos mujeres que no tienen ninguna manera de defenderse. Aparecen como bravos y valientes frente a las mujeres y se portan como soldados cuyas hazañas les dan derecho a hacer lo que les da la gana; sin embargo, se ven contradichos por el 'caballerejo' quien:

> ...con gentil ánimo, metio la mano a su espada, y se fue para ellos con tanta furia, que de espanto se quedaron hechos dos estatuas: heláronseles las palabras en la boca y las espadas en las vainas... arremetió al uno, y le sacó la espada, poniéndosela en los ojos...a cada movimiento que él hacía con las espadas, temblaban como hojas en el árbol.
> Ibíd., p. 162

Estos dos, que eran soldados profesionales, cuando se ven sorprendidos fanfarroneando, son rápidamente rebajados

a su verdadera condición por un 'caballerejo'. El temor que manifiestan estos dos soldados es impropio, a lo menos en teoría, de personas de su oficio y profesión. Se convierten en personajes susceptibles a la ironía, a una comparación despectiva:

> Parecióme aquello a los toros uncidos de mi tierra, que cuando los muchachos los ven huyen dellos, mas poco a poco se les atreven, y conociendo que no son bravos, ni lo parecen, se les llegan tan cerca, que perdiendo el temor les echan mil estropajos.
> Ibíd., p. 163

La comparación con la cual J. de Luna nos presenta el valor combativo de estos soldados no deja lugar a dudas de la clase de ironía, de sarcasmo con que se retrataban los soldados españoles a principios del XVII, sobre todo en París donde vivía el autor de esta novela. [9]

Si bien es cierto que J. de Luna se basa en temas folklóricos para escribir esta Segunda parte del Lazarillo de Tormes, podemos notar que la figura del soldado del siglo XVI, vista retropectivamente desde los principios del siglo XVII, era totalmente caricaturesca. Las características representadas por el escudero en La vida de Lazarillo de Tormes se veían como extremos y excesos; excesos de las presunciones de la hidalguía, extremos de orgullo en cuanto al nivel social de la clase caballeresca, extremos de orgullo personal en cuanto al valor que se ponía en las espectativas del individuo; en fin, lo que se desprende es que la clase escuderil o caballeresca se convierte a principios del siglo

XVII en un grupo de parásitos sociales que no merecen más que desprecio.

El soldado aventurero, representado por Lázaro, tampoco se veía como soldado respetable; sus deseos de aventura y riqueza eran las causas de su perdición, de su deshumanización.

El soldado profesional, representado por los dos matamoros, no escapa al desprecio evidentemente consciente del autor de esta novela. El soldado bufón y cobarde, tan común en la polémica anti-española, es caricaturizado bajo la capa de valores individualistas cidianas y los valores de bravura roldaneana. La figura del soldado presentada en esta obra es una caricatura de la soldadesca en general, y por lo tanto, sirve a condicionar parte del conjunto estereotipado de militares en la literatura de principios del XVII.

Notas

1 Valbuena Prat, A. La novela picaresca española, Ed. cit., p. 135

2 Sandoval, Fray Prudencio de. Historia de la vida y Hechos del Emperador Carlos V, Vol.2, en: B.A.E., Tomo 82, pp. 492-510, Madrid 1955

3 Este pasaje se encuentra casi idéntico al que encontramos en las autobiografías de soldados de la época o en las historias de sus vidas. Citamos sólo un ejemplo:

> ...el hidalgo Gonzalo Pizarro...fue un hidalgo de menos que mediano caudal, a quien tentaron las guerras y las aventuras. Alto, le llamaron 'el Largo', galán y gallardo, estaba hecho para las lides de Marte y las de Venus. Casó y tuvó de su mujer, a lo que sabemos, dos hijas y un hijo...vivió siempre sirviendo, como hombre de bien, a su rey en el arte militar...

Iracheta, M.C. Vida de Gonzalo Pizarro, Ediciones Cultura Hispánica, Coll. Hombres e Ideas, pp.9-10, Madrid 1953

4 Pfandl, Ludwig. Introducción al siglo de oro, Ed. Arluce, Barcelona 1959. Citamos:

> ...tornaban a la patria, heridos o mutilados, con el prestigio de antiguos veteranos, cubiertos con el polvo de las batallas y ajenos a todo método y actividad regularizada; pero tornaban altivos y orgullosos de sus hechos y hazañas, locuaces, fanfarrones y camorristas, y terminaban aumentando las cuadrillas de pícaros y gorrones o la legión de mendigos, que exponía ante el público sus heridas y cicatrices, implorando lastimeramente una limosna.

Pfandl, L. Op. cit., Ed. cit., p. 113

5 Ibíd., pp.113-114

6 Iracheta, M.C. Op. cit., Ed. cit., pp.17-19
Hay que señalar, además, que este episodio podría aplicarse como crítica a los soldados españoles de finales del siglo XV. Leemos en la obra citada de Gutierre Dí z de Games, en el Capítulo intitulado Tierra de maravillas Inglaterra, que los soldados españoles al llegar a este país describían a su vuelta un pez que tenía semblante de hombre, lo cual representa aquí el valor marítimo de los ingleses.

7 Aunque existían tales fenómenos en la España del siglo de

oro, según señala Ludwig Pfandl en su obra citada, capítulo VII intitulado: Religiosidad, superstición y moral, vemos que se señala también que los conquistadores españoles volvían a España con sus presas indígenas, mostrándolas por el país como fenómenos curiosísimos de la naturaleza. Elliott, J.H. Op. cit., Ed. cit., pp.62-68

8 No hay que olvidar que J. de Luna forma parte de la polemica anti-española en la Francia de principios del siglo XVII; polemica ampliamente desarrollada en una tesis inédita: Bareau M. La polémique anti-espagnole en France, de 1590 - 1660, Thèse pour le Doctorât de Troisième Cycle presentée à la Faculté des Lettres et Sciences Humaines, Université de la Sorbonne, Paris 1969

9 Bareau, M. Op. cit., pp.15 - 21. Aunque los soldados españoles no llegaron a tener valor combativo en Paris, el desprecio evidente que se hacía de ellos y de sus costumbres por la prensa y los autores ariesgados sirvió a fijar una política nationalista en la mentalidad del pueblo francés. La pintura del soldado español en forma despectiva sirvió a promover la ira de los soldados españoles: Essen, Léon van der, Alexandre Farnèse, Vols. 1 - 5, Nouvelles Sociétés d'Editions, Vol.5, pp.272-315, Bruxelles 1937

Capítulo IV.

La corrupción militar por el dinero en el Guzmán de Mateo Alemán

En la dedicatoria de la Primera parte de Guzmán de Alfarache, Mateo Alemán compara el valor y el poder de Don Francisco de Rojas a la fuerza y al ideal militar antiguo:

> Porque de manera que la ciudad mal pertrechada y flacas fuerzas están más necesidades de mejores capitanes que las defiendan, resistiendo al ímpetu furioso de los enemigos...V. Señoría, en quien con tanto resplendor manifiestan las tres partes: virtud, sangre y poder, de que se componen la verdadera nobleza.
>
> Alemán, Mateo. Primera parte de Guzmán de Alfarache, en: Valbuena Prat, A. La novela picaresca española, Ed. cit., p. 290

La estatura del hombre se la da su nobleza, y ésta se estima por sus cualidades militares, la limpieza de sangre y la virtud aunque sean sólo aparentes. Por tanto, este ideal militar es utilizado para la alabanza de los poderosos. Evidentemente el autor muestra en estas palabras conformidad con el pensamiento oficial, lo que no quita que la obra en última instancia se oponga directamente a este mismo ideal colectivo.

La mayor parte de los ejemplos directamente relacionados con los soldados que presenta la novela son una crítica del estado deplorable en que se encuentran los ejércitos en el último tercio del siglo XVI. En este sentido podemos señalar que la obra nos proporciona elementos de juicio sobre

la figura del soldado que poco tienen que ver con los ideales aludidos en la dedicatoria. Así pues, veremos como de las cuatro anécdotas que vamos a comentar solo una de ellas nos permite encontrar algún rastro del ideal militar; las otras tres tienen un carácter esencialmente negativo.

Que la moral y el espíritu combativo de los ejércitos van declinando paulatinamente en el último tercio del siglo XVI es un hecho que pocos historiadores discuten. De esta situación crítica llega a tener conocimiento la misma población civil cuya opinión sobre los militares se hace bastante negativa. Mateo Alemán consciente de este hecho, introduce en las anédotas relativas a los soldados, elementos que reflejan la mentalidad popular respecto a éstos.

Un primer ejemplo de lo que acabamos de señalar lo encontramos en la historia de Ozmín y Daraja. Cualquiera que sea la fuente que sirva de inspiración a Mateo Alemán --varias han sido señaladas--[1] en ninguna de ellas aparece la figura del soldado tal y como aquí se presenta. Así, cuando Ozmín y su mozo se encuentran por la noche, en una senda muy poco transitada, a un capitán, vemos a éste ejerciendo funciones policiales, tratando de reorganizar a sus tropas:

> ...cuando cerca de la ciudad su avara suerte los encontró con un capitán de campaña, que andaba recogiendo la gente que del ejército huía desamparando la milicia. Pues así los viese, los prendió.
> <u>Ibíd</u>., p. 341

El capitán no está allí en funciónes bélicas, sino que, sus órdenes son de capturar y hacer volver a filas del

ejército a los desertores. Sin embargo, se puede notar que, para lograr el número de soldados que el capitán necesita se prende a Ozmín y a su intérprete morisco. [2] Los dos, estando fuera de las filas militares, buscan razones para no unirse a ese capitán; sin embargo:

> Nada le aprovechaba, que todavía insistía, queriéndolos volver, y no lo entendían: que ni él se le diera una tarja que se fueran o volvierán. Sólo su pretensión que un caballero tal como representaba le quebrará los ojos con algunos doblones, que no hay firma de general que iguale a sello real, y tanto más cuando en más noble metal estuviera estampado. Para los maltropillos y soldados de tornillo tienen dientes y en ellos muestran su poder ejecutando las órdenes; que no en quien pueden sacar algún provecho, que eso buscan.
> <u>Ibíd</u>., p. 341

Aunque Ozmín diga que va encaminado hacia un asunto de importancia para un caballero de renombre, el capitán no le quiere dejar camino libre. Su interés primordial es el forzar a entrar en las filas del ejército a toda la gente, fueran soldados desertores o no. [3] Sin embargo, a la gente de reputación, según el capitán, más valía dejarla libre con tal de que le proveyeran la cantidad monetaria suficiente: la firma de un general no iguala al sello real, sobre todo si este sello se encuentra estampado en monedas de oro. Más que a los desertores, los capitanes de este tipo buscan recompensas. [4]

Ozmín, viéndose en tal situación, paga el tributo requerido:

> Y sacando del dedo una rica sortija, la puso en su mano, que fue como si echaran vinagre al fuego.
> <u>Ibíd</u>., p. 342

El capitán no demuestra cualidades nobles, respetuosas o virtuosas hasta que el pago acostumbrado llega a sus manos. Actúa así para proveerse con el dinero que no recibía como pago de sus servicios profesionales. El juicio llevado en contra del soldado profesional queda más que evidente.

El segundo episodio en el que intervienen militares se presenta cuando Guzmán llega a Almagro con intenciones de unirse a las tropas. Se comenta en ello el origen del cuento que tuvo mala voz: "En Malagón, en cada casa un ladrón, y en la del alcalde, hijo y padre.". Aunque se cree que el origen de este cuento o dicho hay que situarlo en tiempo de Fernando el Santo, se utiliza aquí como medio para resaltar la mala fama que las tropas tenían entre la población civil. Al emplearlo en el contexto de la vida de Guzmán, Mateo Alemán actualiza su significado. El tema del cuento queda muy claro de por sí:

> Juntáronse en Malagón cantidad de soldados de diferentes partes, tantos que con ser entonces lugar muy poblados y de los mejores de la comarca, para cada casa hubó un soldado y en algunas a dos y tres. El alcalde hospedó al capitán de una compañía y a un hijo suyo que traía por alférez della. Los mantenimientos faltaban, el camino se trajinaba mal, padecíase necesidad y cada uno buscaba su vida robando a quien hallaba qué.
>
> Ibíd., p. 410

A un obrero que de allí salió camino de Toledo, le preguntaron de dónde venía y qué había de nuevo en su ciudad. Contestó con malicia:

> Señores, lo que hay de nuevo en Malagón es en cada casa un ladrón, y en la del alcalde quedan hijo y padre.
>
> Ibíd., p. 410

Poco después, el texto relaciona explicitamente el contenido de la anécdota con el momento presente:

> Y es injuria notoria en nuestro tiempo, porque en todo este camino dudo que se haga otro mejor hospedaje ni gente más comedida, cada una en su trato. También podré decir que habemos visto en él hurtos calificados de mucha importancia.
> <u>Ibíd</u>., p. 410

La gente del lugar aparece descrita en términos positivos, lo que califica favorablemente a la población, y por oposición, define la condición de ladrones de la mayoría de los soldados que pasan por allí.

El tratamiento de la figura del soldado en esta anécdota está estrechamente relacionado con su condición de ladrón, defecto que parece generalizado en los integrantes de la milicia. La soldadesca impulsaba a todo aquel que se alistaba, a convertirse en delincuente para poder sobrevivir, y reciprocamente todo civil que trataba con soldados se envilecía.

Esta situación de la soldadesca, aunque no sea muy satisfactoria, no impedía que se alistase gente en las filas militares. Incluso vemos que Guzmanillo, el protagonista de la novela, ingresa en la profesión castrense. El razonamiento que hace queda expresado así:

> ...cuando de un caminante supe que en Almagro estaba una compañía de soldados. Certificóme dello y alégreme grandemente, que solo esto buscaba para salir de congoja.
> <u>Ibíd</u>., p. 410

Se nos plantea, con esta afirmación de Guzmanillo, que gran parte de los que se alistaban en las filas de las fuerzas

armadas lo hacían sólo con el pensamiento de aliviar alguna pesadilla, alguna problemática personal; bien económica o bien para escaparse de los problemas familiares o legales, o simplemente para escapar de una condición que iba deteriorándose.

Desde el comienzo en su nueva profesión, Guzmanillo demuestra sus capacidades de engañador. Antes de irse a ver al capitán de la compañía, se asegura de que la gente del pueblo y los militares que allí se encuentran sepan que tiene algún dinero. Se va al mejor mesón, come de lo mejor y se viste con su ropa más elegante:

> A la mañana mi paje me dio de vestir, compuse mis galas y, oída una misa, fui a visitar al capitán, diciéndole como venía en su busca para servirle.
> <u>Ibíd</u>., p. 411

Se muestra el ritual de entrada en la milicia del modo acostumbrado: primero, el que asienta plaza en las filas militares lo tiene que hacer con buen estilo, es decir, se ve obligado, desde el primer momento, a usar su mejor ropa, luego hay que oír una misa públicamente y finalmente presentarse al hombre que está a la cabeza de la compañía y no por el alférez de ella, cuyo deber es el de tomar las inscripciones de los recién llegados. La buena o mala impresión que el recién llegado pueda causar sobre el jefe de la compañía determinará el tratamiento a recibir. [5]

Guzmanillo parece obtener éxito en asunto de engaños:

> Recibióme con mucha cortesía, el rostro alegre, y lo merecía muy bien el mío, el vestido y dineros que llevaba, que serían pocos más de mil reales,

> porque los toros habían tomado vuelo y hicieron el del cuervo en vestidos, amores y caminos.
> Ibíd., p. 411

El hombre que entra a servir en las filas militares se preocupa mucho por esta impresión inicial. El capitán recibe a Guzmanillo manifestando elrespeto que se le debe a causa de los vestidos y el dinero que trae, y mostrando su alegría por la llegada a su compañía de un personaje adinerado. El engaño mutuo sigue:

> Asentóme en su escuadra y a su mesa, tratándome siempre con mucha crianza. Y en renumeración dello lo comencé a regalar y servir, echando de la mano como un príncipe, cual si tuviera para cada martes.
> Ibíd., p. 411

La reciprocidad del engaño está en el tratamiento que recibe Guzmanillo por parte del capitán y en las muestras de riqueza de Guzmanillo como si fueran los dos, personajes de gran importancia.

El capitán no es el único en aprovecharse del recién llegado:

> Con tanta prodigalidad lo dependía y arrojaba en dos a siete y en tres a once, visitaba tan a menudo las tablas de la bandera, que ya, ganando pocas veces y perdiendo muchas, me adelgazaba.
> Ibíd., p. 411

Guzmanillo, por su poca experiencia en el juego de dados, normal en los demás militares de la escuadra, ve en corto tiempo reducida su fortuna. Aunque Guzmanillo no es diestro en el juego demuestra estar a la misma altura que los soldados no solo porque pierde rápidamente, sino también

por el modo de perderlo: en el juego.

Resumiendo, en este pasaje se menciona una manera de cómo el recién llegado a las compañías militares era sometido a las costumbres y leyes no escritas de la gente de guerra. Cuando ya se había agotado el dinero con que llegaban, se veían obligados, por sus deudas, a quedarse en el ejército para recuperar de una manera u otra el dinero perdido. Mientras más pronto se pueda despojar al recién llegado, más larga será su estancia con la tropa. [6]

Se nos siguen presentando ejemplos en demostración de las costumbres militares de finales del siglo XVI:

> Con eso me entretuve hasta que comenzamos a marchar, que para socorrer la compañía nos metieron en la iglesia. De allí fuimos uno a uno saliendo y cuando a mí me llamaron y el pagador me vio, parecíle muy mozo; no se atrevio a pasar mi plaza, conforme la instrucción que llevaba.
>
> Ibíd., p. 411

El militar de la segunda mitad del XVI era pagado según sus órdenes de destino. Conocida de antemano su condición de ladrón y engañador, el pagador del rey los encerraba a todos, normalmente en la iglesia mayor del pueblo, para que al salir y ser pagados individualmente, se disminuyera el número de trampas que se hacían. [7]

El pagador, al llegar el turno de Guzmanillo, lo encuentra muy joven para formar parte de la milicia, y por consiguiente, rehusa pasarle su sueldo merecido. Esto lo hace no sólo por la razón mencionada, sino que también por ir el pícaro muy bien vestido:

> ¡Oh, lo que hacen los buenos vestidos!
> <u>Ibíd</u>., p. 411

Guzmanillo se da cuenta de que los vestidos que lleva podrían acercarle a la clase más alta de la corte y por ser posiblemente hijo de nobleza y por tener, además, poca edad, no podría ingresar al servicio militar sin permiso escrito de sus parientes: [8]

> El me respondió con mucha cordura: "Es así señor soldado, y lo tal con más veras de lo que se me puede decir; más la orden que traigo es esta, y en excediendo della lo pagaré de mi bolsa.
> <u>Ibíd</u>., p. 412

Había severas penas para aquél que dejase a tal joven alistarse. Por conseguiente, el pagador que representaba el poder real no parecía dispuesto a pagar a Guzmanillo porque tal acto le ingresaba oficialmente en la milicia. Para no tener que pagar las multas que podrían originar tal desobediencia de los reglamentos, el pagador no puede aceptarle aunque le concede el valor que demuestra cuando aduce, enfadado, sus razones personales para querer ingresar en el servicio militar:

> ...le dije: "Señor pagador, la edad poca es; pero el ánimo mucho, el corazon manda y sabrá regir el brazo la espada, que sangre hay en él para suplir cosas muy graves."
> <u>Ibíd</u>., p. 412

Guzmanillo recurre entonces al capitán de la compañía al cual había engañado anteriormente. Este, para conservar a su nuevo recluta, decide arriesgarse:

> Al capitán pesó mucho deste agravio; recibiólo como propio. En quitarle mi plaza creó que luego

> dejaría su compañía, y vuelto contra el pagador se alargó con él de manera a no ser tan compuesto en sufrir, se levantará entonces, algún grande alboroto.
>
> Ibíd., p. 412

Hay que señalar que finalmente Guzmanillo es aceptado en la milicia, no por ser buen soldado, sino porque le cae bien al capitán y al resto de la compañía.

El capitán, habiendo sido engañado por el pícaro y pensando que es un personaje importante, se excusa ante él:

> ...el capitán vino a verme a la posada, diciéndome con término bizarro lo que sentía mi pesadumbre, y con palabras y promesas honrosas me dejó contento a toda satisfacción...Aunque yo estuviera resuelto en dejarlo, su oración me persuadiera en quedarme.
>
> Ibíd., p. 412

El capitán se excusa ante Guzmanillo porque necesita para completar su tercio todas las personas posibles y tiene forzosamente que recurrir a su elocuencia y mantener promesas para evitar que se marche el pícaro.

A continuación el capitán expone a Guzmanillo la situación crítica por la que atraviesa el ejército y que ha motivado su actitud frente a lo ocurrido; achaca la degeneración de los ejércitos a los ministros del gobierno que ponen sus propios intereses por encima de las necesidades de las tropas. Así:

> ...si va a decir verdades, murmuramos de la corta mano de los hombres valerosos y cuán abatida estaba la milicia, qué poco se renumeraban los servicios, qué poca verdad informaban dellos algunos ministros, por sus propios intereses...(cada uno de ellos) quiere ser semejante al Altísimo y poner su silla en aquilón y que otro no la tenga.

> Llevan los tales la voz en el servicio de su rey, pero las obras enderezadas para sí;...Ordenan guerras, rompen paces, faltando a sus obligaciones, destruyendo la república, robando las haciendas y al fin infernando las almas.
>
> Ibíd., p. 412

Aquéllos son los que están robando el país mientras los soldados son lo que pagan las consecuencias. El político determina las batallas y el enemigo, mientras que el soldado tiene que seguir sus órdenes. El ministro lleva la voz del rey, mientras que el soldado lleva la espada y endereza a fuerza de brazo los asuntos que pueden estar torcidos a causa de la ambición individual de los ministros. El político, por último, es quien crea los verdaderos problemas a la república.

El soldado está tan rendido por juegos políticos que ha perdido toda identidad incluso en el campo de batalla; ha perdido tanto que se tiene que buscar incluso la comida, robando las haciendas de sus pueblos, perdiendo así su propia alma. [9]

La obra nos quiere presentar la degeneración de la profesión militar partiendo tanto desde arriba como desde abajo, es decir, la corrupción del individuo que se llama militar se debe achacar tanto a los que ejercen el poder como a la procedencia social de la mayor parte de los soldados. También se hace alusión al aspecto antes aludido del desprecio que la población civil demuestra hacia la clase militar:

> ¿Quiere vuestra merced ver a lo que llega nuestra mala ventura, que siendo las galas, las plumas,

> las colores lo que alienta y pone fuerzas a un soldado para que con ánimo acometa cualesquier dificultades y empresas valerosas, en viéndonos con ellas somos ultrajados en España y les parece que debemos andar como solicitadores o hechos estudiantes capigorristas enlutados y con gualdrapas, envueltos en trapos negros? Ya estamos muy abatidos, por que los que nos han de honrar nos desfavorecen.
> Ibíd., p. 412

Podemos observar aquí como el criterio de la dignidad personal se mide en relación con los vestidos y la apariencia exterior; el soldado sigue dando importancia a su aspecto externo, y porque ni eso puede satisfacer, se siente despreciado y olvidado. Por la pobreza de sus vestidos, 'trapos negros', el pueblo, en vez de alabarle como sería debido, lo menosprecia.

El soldado enfrentado con la triste realidad de no ser respaldado por su propio pueblo no puede encontrar aliciente alguno, o sea, no puede ni igualar las hazañas de sus antepasados ni menos aumentarlas.

En resumidas cuentas, la culpa debe recaer en los ministros del gobierno:

> ¡Cuántas cosas se han errado, cuántas fuerzas perdidas, cuántos ejércitos desbarratados de que culpan al que no lo merece y solo se causa porque lo quieren ellos! Que aquel mal ha de ser su bien, y si sucediera bien resultara mal para ellos. Así va y así se pone del lodo.
> Ibíd., p. 412

El capitán expresa claramente que las tropas españolas han ido decayendo por la intervención directa de los políticos. La situación que denuncian estas palabras tiene muchos puntos en común con otros abusos de los que deja constancia

la obra. Alemán presenta un cuadro lo más completo posible de las corrupciones de la época; es evidente que la situación deplorable de las tropas le da motivo sobrado para destacar el papel que los intereses de ambición personal juegan en el funcionamiento de la profesión militar. Como en otras partes de la novela se critica a la administración religiosa o la administración judicial n este pasaje la crítica se centra en los efectos perniciosos contra el bien común de los intereses personales de la clase dirigente. La religiosidad de la sociedad presentada lleva a encontrar el origen de todo mal en el pecado; el capitán señala también este aspecto:

> El solo nombre español, que en otro tiempo peleaba y con la reputación temblaba dél todo el mundo, ya por nuestros pecados la tenemos casi perdida.
> Ibíd., p. 413

El pecado en tanto cuanto es el origen del mal, desencadena toda una serie de efectos negativos que quebrantan el orden social, es decir, hace que la sociedad se aparte del orden divino de las cosas. La asociación que en tiempos pasados se hacía de todo lo español con la voluntad divina, se empieza a percibir de una manera menos clara. La finalidad última de las empresas españolas iniciadas no se ve con claridad y la desazón resultante provoca un exámen de conciencia que centra el origen de todos los males en el pecado. Desde este punto de vista el Guzmán de Alfarache se nos presenta como un análisis de las causas que han producido el desorden

que se observa. Por eso encontramos en la obra una constante comparación entre el modo de comportarse de los hombres y lo que la voluntad divina espera de ellos. El capitán termina su discurso apelando al poder divino para que la situación actual sea enmendada:

> Dé Dios conocimiento destas cosas y enmiende a quien las causa, yendo contra su rey, contra su ley, contra su patria y contra sí mesmos. Ahora, señor don Juan, el tiempo le doy por testigo de mi verdad y de los daños que causa la codicia en la privanza. Della naçe el odio; del odio la envidia; de la envidia disención; de la disención, mala orden. Infiera de allí lo que podrá resultar.
>
> Ibíd., p. 413

El capitán al marcharse a Italia adopta casí una actitud de huida de una situación que le desagrada y espera que su nuevo destino le solucione por sí solo los problemas que le han sobrevenido hasta ahora:

> Vuesa merced no se aflija, que ya marchamos. En Italia es otro mundo y le doy mi palabra de le hacer dar una bandera. Que, aunque es menos de lo que merece, será principio para poder ser acrecentado.
>
> Ibíd., p. 413

El capitán se demuestra totalmente engañado por las apariencias del pícaro y es descrito en el mismo nivel que éste. El juego de engaños se hace recíproco en tanto que el capitán parece aceptar el pícaro como persona de calidad y el pícaro es engañado por la elocuencia del capitán y decide quedarse.

A medida que se van acercando a la costa donde embarcarán hacia su destino, Guzmanillo va gastando su dinero para ganar la amistad del capitán, el cual ha llegado

a despojarle completamente de su pequeña fortuna y lo ha llevado a su 'costa', es decir, al final de sus reservas monetarias. Así, Guzmanillo pierde sus fondos sin que tenga forma de restituirlos ya que no recibe paga regularmente. Guzmanillo no estaba gastando su dinero sólo para alimentar al capitán, sino que ha perdido también al seguir jugando con los otros:

> La continuación del juego también me dio priesa y así descompuse, no de todo en un día, sino de todos en los pasados. Yo quedé cual digan dueñas, pues vine a volverme al puesto con la caña. [10]
> <u>Ibíd</u>., p. 413

Caído nuevamente en la miseria Guzmanillo reflexiona sobre la imprudencia de su comportamiento y sobre el poder de atracción de las buenas apariencias:

> Ya por vana mocedades ni era tenido ni estimado. Los amigos que con la prosperidad tuve, la mesa franca del capitán y alférez, la escuadra en que me deseaban alistar, parece que el solano se entró por ello y lo abrasó...Los que conmigo se honraban, los que me visitaban, los que me entretenían, los que acudían a mis fiestas y banquetes, apurada la bolsa me dieron de mano, ninguno me trataba, nadie me conversaba. Y no solo esto, mas ni me permitían que los acompañase. Hedió el oloroso, fue mohíno el alegre, deshonro el honrador, solo por quedar pobre. Y como si fuera delito, me entregaron al brazo seglar; mi trato, mi conversación era ya con mochileros.
> <u>Ibíd</u>., p. 413

Asímismo Guzmanillo destaca el valor del dinero en las relaciones humanas. El dinero es aquí el centro del engaño porque por un lado permite al pícaro adoptar una condición que no tiene y engañar a los militares pero, en contrapartida,

este estado que aparenta tener atrae la avaricia de los soldados que en última instancia son los beneficiados al saber sacar mejor provecho del juego.

Los proyectos de Guzmanillo para entrar en el ejército fallan porque el engaño que ha tratado de hacer no le ha dado resultado. Al final debe conformarse con una posición secundaria que era precisamente lo que había tratado de evitar al querer aparentar lo que no era:

> Di en servir al capitán mi señor, de quien poco antes había sido compañero.
> Ibíd., p. 414

Finalmente el propósito inicial del pícaro no está totalmente perdido. Al entrar al servicio del capitán como sirviente civil, Guzmanillo demuestra el apego de la colectividad en su deseo de ingresar en la profesión militar incluso cuando saben la mala fama de los que forman parte de ella.

Cuando el capitán revela a su mozo el gran secreto que guarda para sí, nos damos cuenta de que éste aunque haya probado ser mentiroso, engañador, avaricioso, en síntesis, un soldado mercenario deseoso de adquirir dinero, éste mismo es también representante de algunas características positivas de la figura del soldado de la época:

> Teníame por fiel y callado...Manifestóme su necesidad y lo que pretendía había gastado, el prolijo tiempo...rogando, pechando, adulando, sirviendo, acompañando, haciendo reverencias, postrada la cabeza por el suelo, el sombrero en la mano, el paso ligero, cursando los patios tardes y mañanas. Contóme que saliendo de Palacio con

> un privado, porque se cubrió la cabeza en cuanto se entró en su coche, le quiso con los ojos matar y se le dio a entender dilatándole muchos días en despachos, haciéndole lastimar y padecer.
>
> _Ibíd_., p. 414

El capitán, una vez probada la fidelidad de su mozo, le cuenta las numerosas dificultades que tuvo para llegar a su puesto de capitanía. Aún conociendo los caminos por los cuales se podía llegar a su posición dentro de la profesión militar, el capitán tuvo que rebajarse delante de algunos privados para obtener, finalmente, éxito en su propósito. Las palabras del capitán muestran la tenacidad, el aguante, la disciplina personal y el gran deseo que se había de manifestar en todo aquél que quisiera pretender alguna cosa en concreto dentro de la profesión militar. Revelan las numerosas dificultades que se le habían presentado al pretender al puesto de capitán. Este, aunque ha tenido que encontrar su posición militar en palacio, alabando a los que no lo merecen, tiene, sin embargo, una visión muy real de su posición en cuanto a ser humano:

> Líbrenos Dios, cuando se junta poder y mala voluntad. Lastimosa cosa es que quiera un ídolo de estos tales particular adoración, sin acordarse que es hombre representante, que sale con aquel oficio o con figura dél...Mira, hermano, que se acaba la farsa y eres lo que yo y todos somos unos. Así se avientan algunos...como si fuesen eternos y se entronizan como si la muerte no los hubiese de humiliar.
>
> _Ibíd_., p. 414

El capitán en su pobreza y necesidad se siente humilde y humano. Sus palabras son una queja de las costumbres

existentes a alto nivel de gobierno, sobre todo cuando se ve en su mayor necesidad, cuando está deprimido por alguna razón, ataca a los culpables que son los ministros y privados. El capitán demuestra también el espíritu crítico del militar de su época. Como representante de una clase social establecida, el capitán señala que el soldado de la época tiene que ser más político que militar. Primero, para optar a la posición que quisiera dentro de la profesión castrense tiene que acercarse a los privados del rey y no confiar en sus hazañas bélicas; segundo, tiene que seguir los mandatos de los ministros sin que éstos sepan lo más mínimo sobre asuntos militares; y tercero, tiene que rebajarse frente a los soldados de su compañía para que éstos, por ser tan pocos y no muy valerosos, pudiesen quedarse a lo menos como mercenarios, ya que no por ideales puramente militares.

Guzmanillo, conociendo de antemano la idiosincrasia de su amo, se da cuenta de las razones por las que el capitán le da sus opiniones sobre la vida y sobre los militares:

> Con la confesión que mi amo me hizo, lo entendí y el fin para que me la hizo. Y así le dije: "Ya señor, tengo noticia experimentada de lo que son buena y mala suerte, prosperidad y adversidades ...arriscaré mi vida en su servicio.
> <u>Ibíd</u>., p. 415

Del mismo modo que su amo ve las dificultades de los soldados de la época, Guzmán se da cuenta de las estrecheces por los que pasa el capitán. Esta comprensión que demuestra Guzmanillo es similar a la demostrada por Lazarillo con

relación al escudero. La simpatía que estos pícaros demuestran se produce cuando estas dos figuras militares les hacen ver que sufren de una situación que no es diferente a la de ellos. Con todo la extrema necesidad del capitán difiere de la del escudero en que tiene en joyas un dinero acumulado del que puede servirse:

> Mi capitán me lastimó con su pobreza, porque no sabía con que remediarla. Y tanto como un noble tiene más necesidad, tanto se compadece della más el pobre que el rico. Algunas joyas tenía para poder vender; mas honrábase con ellas...hacíasele de mal deshacer lo mucho para remediar lo poco.
> <u>Ibíd</u>., p. 415

Guzmanillo nos aclara con estas palabras algunos aspectos de la psicología del capitán y del soldado en general. Aunque éste aparezca preocupado por ciertas injusticias de sus superiores, vemos que él también actua de un modo parecido, es decir, sus intereses personales le llevan a utilizar las joyas que tiene para ganar algún renombre. Guzmanillo entiende, por lo tanto, que el capitán le ha aceptado como mozo bajo condición que se alimente a sí mismo además de servirse de él como sustentador. [11] La servidumbre de Guzmanillo será, entonces, parecida a la del capitán de la compañía: éste tiene que sostener a sus superiores dando batalla al enemigo designado, sea de su país o de otros ; tiene que alimentar a sus superiores con el botín de las batallas; en fin, tiene que seguir manteniendo a los ministros del gobierno en su posición previlegiada. Guzmanillo, igualmente, tendrá que proveer la comida de su

amo; tendrá que cuidar de él para que pueda permanecer como capitán de compañía y le tendrá que proveer de dinero para que pueda seguir viviendo su vida de privilegiado.

A partir de este arreglo personal, Guzmanillo y el capitán forman y viven una especie de relación basada en el engaño a los demás para ganarse el pan de una manera u otra a los que entran en contacto con ellos:

> Jamás dejó mi señor de tener gallina, pollo, capón o palomino a comida y cena, y pernil de tocino entero cocido en vino, cada domingo.
> <u>Ibíd</u>., p. 416

Así, el capitán y Guzmanillo viven bien de lo robado. En el momento en que los dueños de la comida o de los objetos robados se dan cuenta del engaño y se quejan al amo del pícaro, vemos que el arreglo funciona perfectamente cuando el pícaro es sorprendido por los dueños hurtados, el capitán, para preservar las apariencias de honor y justicia, juega el papel de padrino enfadado por las bromas de su servidor y finge castigarlo:

> Si en algún asalto me cautivaba el huésped, siendo poco, pasaba por niñería, y si de consideración, el castigo era cogerme mi amo en presencia dél que a mi se quejaba...
> <u>Ibíd</u>., p. 416

El capitán, a medida de que se desarrolla la peripecia, aparenta estar más cercano al pícaro en su actitud. Más que el aceptar la delincuencia de éste, contribuye a ella.

La razón de este juego, además de no gastar el dinero del capitán inútilmente, es obvia para el pícaro:

> Desta manera satisfacíamos él con su obligación y yo la necesidad, reparando la hambre y sustentando la honra.
>
> _Ibíd_., p. 416

La _obligación_ del capitán es más que evidente en este comentario de Guzmanillo. El capitán para preservar su honra o las apariencias de la honra --en definitiva viene a ejercer lo mismo-- hace robar a su mozuelo. La 'honra' del capitán está presentada en yuxtaposición a la delincuencia del pícaro; así se puede resaltar la primera sin obscurecer la seriedad de la segunda. Guzmanillo provee el pan, satisfaciendo así la necesidad primordial, y el amo, al castigarlo, salvaguarda su 'honra' frente a los demás.

El capitán muestra mucho aprecio a Guzmanillo por los servicios que le presta:

> Con estas travesuras y otros embustes le valía mi persona tanto como cuatro conductas. Estimábame como a su vida: más era gran gastador y hacíasele poco.
>
> _Ibíd_., p. 416

Las travesuras y trampas con que conseguía Guzmanillo el pan para comer, le valen al capitán casi como cuatro capitulaciones de campos enemigos o, por lo menos, tanto como el dinero que se le pagaba al ingresar cuatro nuevos reclutas en su compañía. Así, el capitán aprecia a su mozo tanto como a sí mismo en lo referente a su capacidad para proveer lo necesario. Resulta que el mozo es más eficaz que el propio capitán en su empleo de mantenedor de la casa.

El capitán aparece aquí con características propias de

un personaje de cierta categoría pero incapaz de organizar su vida ni saber manejar sus propios asuntos. Vive como anteriormente lo hacía Guzmanillo, es decir, sin preocupaciones hacia el futuro. Además, el capitán se presenta como personaje que vive por encima de sus posibilidades usando dinero que no le pertenece realmente o dinero que ha acumulado sin trabajar. Más todavía, no le importa como Guzmanillo le provea el dinero que gasta con tanta facilidad.

Pero esta situación tiene un límite y al no tener un real, el capitán se muestra totalmente desengañado:

> Llegados a Barcelona para embarcarnos, hallóse fatigado, sin moneda de rey ni traza de buscarla ni allí podían ser allá de provecho. Sentílo melancólico, triste, desganado; conocíle la enfermedad.
> Ibíd., p. 416

El capitán, teniendo dinero en la bolsa con que poder vivir y gastar a su placer, es totalmente distinto a la caricatura que aquí vemos. Al encontrarse con este tipo de situación, sin dinero para satisfacer sus gastos, cae en un pesimismo interior que aparece repetidas veces. Anteriormente le hemos visto quejarse de su estado y culpando a los ministros, luego, la culpa recae en las apariencias que se veía obligado a conservar. Ahora, Guzmanillo lo describe como totalmente desmoralizado, sin deseos ni siquiera para intentar remediar su situación personal. Otra vez se muestra incapaz de resolver por sí mismo los problemas más elementales que se le presentan.

Guzmanillo le ofrece su ayuda para sacarle otra vez de

los apuros presentes. Esta vez, sin embargo, Guzmanillo le convence para que le dejase un medallón, un agnusdéi, para venderlo. Aparentemente, el capitán está tan desanimado que le permite a su mozo correr riesgos con los bienes que sabemos son tan preciados para él:

> Y porque sabía que se podía fiar de mi habilidad su provecho y de mi secreto su honra y que su joya estaba segura...
>
> Ibíd., p. 416

El capitán le da al pícaro toda la confianza que es posible imaginar. Le ha hecho partícipe de sus actitudes, de sus pensamientos más profundos dándole a conocer las dificultades que ha enfrentado para llegar a poder disfrutar de su posición de capitán; y ahora le confía lo que le otorga más valor: sus joyas. Vemos que aquello lo hace sólo cuando está seguro de la actitud del pícaro respecto de su propia persona, y seguro de la relación recíproca que tienen entre sí. Desde el momento en que Guzmanillo le pide las joyas, el capitán está convencido de las posibilidades que tiene éste para encontrar dinero suficiente para vivir. Sin embargo, una vez resuelto este engaño favorablemente y luego que llegan a Italia, el capitán decide prescindir de los servicios de Guzmanillo:

> Mancebico, ya estaís en Italia, vuestro servicio puede ser de poco fruto y vuestras ocasiones traerme mucho daño. Veis aquí para ayudar el camino; partíos luego donde quisíeredes.
>
> Ibíd., p. 418

El capitán que había prometido a Guzmanillo una bandera,

le paga el sueldo de su estancia con él, dándole algunas monedas de poco valor. El capitán no puede fiarse totalmente de Guzmanillo después del éxito que éste obtuvo en el asunto de la joya, por lo que se ve obligado a despedirlo.

El autor introduce otras dos anécdotas referentes a la profesión militar en esta Primera parte del Guzmán de Alfarache. En el libro Tercero de esta novela, los militares aparecen como invitados a la casa del embajador de Francia en Italia, que es el amo de turno del pícaro.

El primero de estos dos militares es un simple soldado sin grado oficial en la milicia. Este entra en la casa del embajador a la hora de comer a pedir limosna. Guzmanillo lo compara al pez gordo que siempre se escapa haciendo rabiar al pescador:

> Algunos hay que pican y se llevan el cebo, dejando burlado el pescador y el anzuelo vacío, como me aconteció con un soldado español, de más de la marca. ¡Oh hideputa, traidor, y que madrigado y redomado era!
>
> Ibíd., p. 464

Desde luego, Guzmanillo no le tiene cariño a este ejemplar de la figura militar de su país. La razón es obvia: los soldados anteriores han demostrado ser más astutos en su forma de negociar que el propio pícaro, y por eso muestra esa enemistad hacia ellos. Veamos cómo el soldado consigue sobrepasar las habilidades de Guzmanillo:

> Entrósenos en casa...y llegándose al embajador le dijo ser un soldado natural de Córdoba, caballero principal della, y que tenía necesidad, y así le suplicaba se la favoreciese haciéndole merced....

> como el embajador se fue a sentar a la mesa, él hizo lo mesmo.
>
> Ibíd., p. 464

Este soldado sabe tomar por sí mismo las decisiones que le son de mayor interés. Al entrar en la embajada, pide alguna limosna y contando con la hora y aprovechándose de la hospitalidad del embajador, se queda a comer sin haber sido invitado. Claramente ésta era la intención última de su maniobra.

Todavía más que la tremenda necesidad de este soldado, el narrador quiere presentar la astucia y la poca vergüenza de este soldado como fenómeno típico del ejército de la época.[12]

Mientras éste está comiendo y regalándose en la mesa del embajador entran otros dos soldados:

> ¡Voto a tal, que parece que el pecado nos ata los pies, que siempre este chocarreo nos gana por la mano!
>
> Ibíd., p. 464

Además de ser lo suficientemente astuto como para sentarse a la mesa del embajador, vemos que este soldado se ha adelantado a otros dos que tenían el mismo propósito. Estos llegan con deseos vengativos:

> El uno me respondió: "Conocemos a este bodegonero ...es la ventura nuestra, que si pasamos veinte caballeros a Italia, vienen cien infames cual este ...haciéndose los godos...piensan que engomándose el bigote y arrojando cuatro plumas han alcanzado la nobleza y valentía..." Con los dos me indigné, pareciéndome fanfarrones, y por su mal término en hablar infamando a el que se deseaba

> honrar sin ajena costa ni prejuicio.
> *Ibíd.*, p. 464

Aunque a Guzmanillo le parezca suficientemente desvergonzada la actitud del primer soldado por haberse sentado a la mesa del embajador sin ser invitado, su ira aumenta con relación a los otros dos. Al fin y al cabo, reconoce que el primer soldado se dedicaba a mejorar su situación sin dañar o infamar a nadie.

El motivo del enfado de los dos últimos soldados refleja la controversia existente en las filas militares de la época. En las mismas filas estaban los llamados godos, españoles de sangre limpia cuyos antepasados fueron también defensores de la península pero que tienen que optar por el servicio militar en el extranjero por ser éste el mejor medio para enriquecerse y volver a España para vivir dentro de su ambiente privilegiado. Había, además, otros españoles que al encontrarse en el extranjero, se dedicaban a jugar el papel de hidalgos, gastando lo poco que tenían para vestirse y comportarse como nobles. [13]

La ira de Guzmanillo al darse cuenta de los actos del soldado no se debe a que el soldado sea un hipócrita, sino a que éste ha demostrado demasiado atrevimiento:

> Debiérase de contentar con lo que le habían dado, sin ser desvergonzado, poniéndose a la tabla con semejante desenvoltura.
> *Ibíd.*, p. 464

Guzmanillo nos demuestra que su ira está claramente dirigida a lo que acabamos de mencionar; sin embargo el

atrevimiento del soldado, por ser soldado, cobra en él carácter de cualidad. El soldado se da cuenta de la razón de la ira proporcionada por Guzmanillo y presenta sus excusas:

> Lo primer, la calidad de mi persona y noble linaje merece toda merced y cortesía. Lo segundo, ser soldado me hace digno de cualquier tabla de príncipe, por haberlo conquistado mis obras y profesión. Lo último, que se junta con lo dicho, mi mucha necesidad, a quien todo es común. La mesa de vuestra señoría se pone para remediar a semejantes, con que no es necesario esperar a ser convidados los que fueren soldados de mis prendas.
>
> Ibíd., p. 465

El soldado, aunque tuviera otras disculpas para sentarse a la mesa del embajador, justifica sus acciones basándose en razones que son para él las más válidas, de ahí que exponga francamente y sin miedo sus cualidades militares ya que pueden favorecerle ante el dueño de la casa. Su principal apoyo de acción es su creencia en su profesión.

Este soldado aparece como personaje que tiene respeto a su profesión y esto le da razones sobre las cuales puede fundar sus creencias personales. Además, se muestra capaz de enfrentarse a cualquier situación y sacarle provecho. Si ante el embajador estas razones surten aparentemente algún efecto, ante Guzmanillo no aparecen como válidas, y esto por dos motivos: porque no aprecia los valores que éste se atribuye. Simultaneamente, los valores tipicamente militares le dan ocasión para manifestar su resentimiento motivado por su intento fallido de tratar de formar parte del ejército.

Por ello, Guzmanillo decide jugarle una burla al soldado

para que quede deshecho ante el embajador. Al pedirle a Guzmanillo más vino, el soldado le da la oportunidad que buscaba el mozo. Guzmanillo le lleva el vino, pero en un vaso de los más pequeños que pudo encontrar. El soldado se lo bebe y sigue comiendo:

> Trújele la bebida en un vaso muy pequeño y penado, el vino muy aguado, de manera que le dejé casi con la misma sed. Mas como a los españoles poco les basta para entender y sufrir mucho trabajo, con aquella gota pasó como pudo hasta el fin de la comida.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 465

La burla de Guzmanillo se generaliza hacia todos los españoles que tienen reputación de soportar las cosas difíciles con un mínimo de sufrimiento. En oposición a los demás, éste prueba ser de los auténticos militares cuya fortaleza se derivaba de su capacidad de resistencia.

El soldado va todavía más lejos en su tácita respuesta a la burla que le hiciera Guzmanillo:

> Más él supo mucho que, cuando satisfizo el estómago de viandas y servían postres, volvió a decir: "Con licencia de vuestra señoría voy a beber." Y levantándose de la silla fuese al aparador, y en el vaso mayor que halló echó vino lo que le pareció. Y satisfecha la sed, quitándose la gorra y haciendo una reverencia salió de la sala y se fue sin hablar otra palabra.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 465

La respuesta a la burla que le trata de hacer Guzmanillo es más que suficiente para explicar la poca honestidad del pícaro, lo cual acentúa la del soldado. Hay que señalar que el soldado come sólo lo que en realidad necesita. Al alejarse de la presencia del embajador, no le da las gracias,

acto que enfatiza sus creencias de que la profesión militar le vale de por sí para obtener la máxima estimación y respecto de cualquier persona.

La actitud del soldado produce en el embajador un cierto respeto porque ha demostrado lo que era y no ha improvisado o aparentado lo que no era para apaciguar y engañar a su anfitrión:

> Quedó el embajador tan risueño de mis trazas y admirado de la resolución del hombre, que me dijo: "Guzmanillo, este soldado se parece a ti y a tu tierra, donde todo se lleva con fieros y poca vergüenza."
>
> Ibíd., p. 466

Ante el embajador, el soldado aparece como representativo de lo español. España, en las conquistas, se ha demostrado, hasta entonces, como agresiva y ambiciosa en su deseo de imponer su voluntad. El soldado, según el embajador, también tiene estas cualidades.

Tomando todos estos detalles en conjunto notamos como Mateo Alemán nos presenta una serie de aspectos de la grave degeneración del militar en la época. El más señalado de todos es el aspecto económico que aparece en la base de la mayoría de los problemas que afectan al ejército.

La novela picaresca que tiende a presentar de una manera crítica y por tanto negativamente los diferentes ambientes sociales, presenta en el Guzmán de Alfarache de Mateo Alemán, una crítica general al estado de cosas en el ejército. El Lazarillo de Tormes se centraba en una sola figura

dentro del ejército que se encontraba en plena decadencia. Aquí la decadencia abarca a la generalidad de la administarción militar. Pero no solo se analiza esta situación particular sino que mediante la reflexión del capitán es colocada en el contexto debido. Sucede así que los males del ejército vienen provocados desde fuera de él por la irresponsabilidad de las clases dirigentes. Como resultado del desorden que esto produce, aquellos que se encuentran en un nivel inferior tratan de defenderse empleando todos los medios a su alcance.

De todas formas esta situación da lugar a una serie de contradicciones. Tenemos, en primer lugar la figura del capitán que aunque da muestras de una cierta sensibilidad social al enjuiciar a sus superiores, no duda en utilizar a Guzmanillo cuando se da cuenta del provecho que puede obtener. En segundo lugar el pícaro que ha tratado de incorporarse al ejército bajo distintos tipos de engaños, no acepta las excusas que presenta el soldado en casa del embajador. En esta situación el pícaro aparece como un defensor más del orden que poco antes ha tratado de burlar.

El resultado de esta situación desastrosa viene a ser que los ideales militares de esfuerzo y valentía se ven desviados hacia areas ajenas a la profesión militar, principalmente hacia la búsqueda de los medios de subsistencia menos peligrosos y más lucrativos.

En este contexto es evidente que el dinero y todo

lo que tiene un valor material cobran una importancia primordial. Por dinero las tropas que supuestamente han de buscar los desertores chantajean a los civiles que encuentran y por dinero Guzmanillo trata de ingresar en el ejército. Así mismo, por dinero, el pícaro en asociación con el capitán, utiliza el engaño como medio de vida.

En suma, el ejército en el Guzmán de Alfarache no es más que otra area social en que la corrupción domina totalmente. Hacia ello apunta la finalidad última de la obra y si algún rastro distintivo cabe encontrar en ella, puede ser el que a diferencia del Lazarillo de Tormes al presentar los males del ejército en conjunto, se ponen en relación con el resto del cuerpo social. Hay corrupción en el ejército porque la hay en el resto de la sociedad. [14]

Notas

1 "La Historia de los dos enemorados Ozmín y Daraja, verdadero oasis en el amargo desierto de la Atalaya... romancero morisco: novela de El Abencerraje (cf. sólo F. López Estrada, ed., Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa, Madrid 1957; M.Bataillon, BHi, LXII, 1960, pp. 198-205; y K. Whinnon, MLR, LIV, 1959, pp. 506-517; primera parte (1595) de las Guerras civiles de Granada , de Ginés Pérez de Hita; y la novela Bizantina..." Francisco Rico, La novela picaresca española, Ed. Planeta, p. 243, Barcelona 1967

2 Deleito y Piñuela, J. El declinar de la monarquía española, Tercera Ed. pp. 195-200, Espasa-Calpe, Madrid 1955
En este capítulo sobre las delincuencias y la degeneración de las tropas españolas, Piñuela describe con precisión y con apartados históricos este fenómeno. También hemos de anotar la obra de Carlos Pereyra: La soldadesca y Picaresca, Boletín de la biblioteca Menéndez y Pelayo, Vol. 20, p. 360, Santander 1928, en el cual se hace larga referencia a esta costumbre militar. Se puede notar, además, que esta costumbre forma parte de las autobiografías de soldados de la época: La varia fortuna del soldado Píndaro, La vida del capitán Alonso de Contreras, La vida del soldado español Miguel de Castro y otras muchas de la misma época.

3 Deleito y Piñuelas, J. Op. cit., Ed. cit., p. 195. Citamos: "Como eran pocos los que espontáneamente acudían, y los capitanes tenían interés (no siempre el legítimo y profesional) en tener sus cuadros completos, acudían al engaño y a la violencia para reunir bisoños."

4 Ibíd., p. 197. Citamos: "Pero abundaban los capitanes vividores, que hicieron de tal formalidad una ilícita granjería..."

5 Ibíd., p. 189

6 Ibíd., p. 216 y ss.

7 Ibíd., p. 199. Citamos: "Pero también entonces podía haber trampas, pues el capitán mezclaba antes con los verdaderos soldados a mozos de la localidad, ganados con alguna propina...como se ve, la codicia de los reclutadores aumentaba el número de los 'soldados de papel', sólo existentes en nómina."

8 Ibíd., pp. 189-192

9 Elliott, J.H. Imperial Spain 1469-1716, Ed. cit., pp. 285-300. En este capítulo, Elliott explica con amplitud los defectos del gobierno en los últimos años del reinado de Felipe II y sus efectos sobre las fuerzas militares de la época. El desarrollo más completo del fenómeno de la degeneración de las tropas españolas en los siglos XVI y XVII se encuentra en: Maravall,J. Estado Moderno y mentalidad social, Tomo 2, Capítulo III, Revista de Oriente, Madrid 1972. Es de particular interés las notas que recoge sobre la 'guerra y economía dineraria'.

10 Rico, F. Op. cit., Ed. cit., p. 340. Citamos: "volverse al puesto con la caña: la expresión -registrada por Correas- proviene del juego de cañas y se refiere a quien regresaba al punto de partida de su cuadrilla sin haber lanzado la caña."

11 Esta es la segunda y la última vez que encontraremos a un pícaro olvidándose de sus propias ambiciones, ser atento a las dificultades de soldados y sirviéndoles de mantenedor. Las relaciones entre los pícaros y la soldadesca, de aquí adelante, cambian totalmente.

12 Picatoste, Felipe D. La grandeza y decadencia de España, Los españoles en Italia, Tomos 1 y 2, pp. 189 - 218, Imprenta de la viuda de Hernando y Carmen, Madrid 1887.
En su cuarto libro, Picatoste discute la degeneración de las tropas españolas, sobre todo en su estancia en Italia, dándonos tales ejemplos de las contrariedades de los varios tipos de soldados que allí se encuentran.

13 Deleito y Piñuela, J. Op. cit., Ed. cit., pp. 177 y ss. Apartado 35. El traje militar.

14 C.f., Valbuena Prat, Angel. La novela picaresca española Ed. cit., Tomo I, pp. 53 - 64

Capítulo V

La personalidad y psicología del militar en el Guzmán de Mateo Alemán

Si bien es cierto que el tipo de soldado que aparece en la Primera parte de la vida de Guzmán de Alfarache de Mateo Alemán es una figura presentada al mismo tiempo como soldado víctima de las injusticias de sus superiores y como provocador de nuevas injusticias con sus subordinados, los soldados descritos en la Segunda parte representan otro tipo diferente que habiendo relegado las funciones militares a un segundo lugar, trata de llenar su ocio lo mejor que puede. Consecuentemente, no tenemos aquí un soldado que se siente parte de un ejército, sino más bien, un individuo que aparece ante nosotros, primero que nada, como persona humana dedicada a presumir, a jugar o a enamorarse.

El soldado que aparece en el Capítulo III del libro primero es de edad avanzada, un veterano de los campos de batalla que ahora lleva una vida de apariencias y ociosidad, tratando de parecer gallardo, buen conversador, y sobre todo, famoso entre sus contemporáneos por sus hecho militares y aventuras personales. Está dispuesto a relatar su vida en cualquier ocasión. Al contar algunos episodios de su juventud 'miente' y, mintiendo, 'engaña' no sólo a los demás, que saben de antemano la facilidad con la cual cualquier soldado puede magnificar sus experiencias, sino que también

se engaña a sí mismo, terminando por creer sus propias mentiras. Este soldado, por su edad, no está en condiciones de solucionar los problemas que la vida le plantea. La presentación de éste se hace en el contexto de un análisis por parte de Guzmán de los diferentes tipos de engaños. Para ilustrar el tercer tipo de engañadores, Mateo Alemán describe detalladamente la historieta de la creación por el dios Jupiter enfatizando las diferentes etapas de la vida humana. Los primeros treinta años de la vida del hombre, los que en realidad le asignó Jupiter, transcurren de un modo satisfactorio; los que siguen, según la fábula, los toma de los que en principio pertenecían al asno, al perro y a la mona:

> Primeramente veinte del asno, sirviendo su oficio, padeciendo trabajos, acarreando, juntando, trayendo a casa y llegando para sustentarla lo necesario a ella. De cincuenta hasta setenta viviese los del perro, ladrando, gruñendo, con mala condición y peor gusto. Y últimamente, de setenta a noventa, usase los de la mona, contrahaciendo los defectos de su naturaleza. Y así vemos en los que llegan a esta edad que suelen, aunque viejos, quere parecer mozos, pulirse, aderezarse, pasear, enamorar y hacer valentías, representando lo que no son, como lo hace la mona, que todo es imitar las obras del hombre y nunca lo puede ser.
> Guzmán de Alfarache, Ed. cit., p. 503

El hombre, por lo tanto, el soldado, al llegar a los treinta años pasa a una servidumbre semejante a la del asno, viviendo de lo que ha conseguido en la primera parte de su vida. De allí, va ladrando como el perro, contando sus victorias y atribuyéndose a sí mismo los actos heroicos de los demás militares. Sus últimos años, los pasa tratando de

evocar la juventud perdida, y por consiguiente, se convierte en algo inútil y ridículo. De este modo, los soldados viejos quieren:

> dar a entender a el contrario de la verdad y que con tintas, emplastos y escabeches nos desmientan y hacen trampantojos, descreditándose a sí mismos.
> <u>Ibíd</u>., p. 504

El soldado viejo e inútil para la profesión militar, va alimentando el fuego del descrédito con sus mentiras. Se muestra como un engañador inofensivo al que nadie toma en serio. Tan clara está su mentira que los que escuchan no se molestan en murmurar en contra suya porque se interesan en ver quién dice las mayores y mejores mentiras:

> ...ya no dice otra cosa, sino de cuál es mejor lejía, la que hace Fulano o la de Zutano.
> <u>Ibíd</u>., p. 504

El episodio en que aparece este soldado viejo se desarrolla en el curso de una comida celebrada en casa del embajador a la que asisten el embajador español, un letrado y el mencionado capitán. Estos dos últimos forman parte del abundante grupo de fanfarrones y mentirosos, parásitos siempre de personajes de cierta importancia. Al igual que en el episodio de la <u>Primera parte</u> el embajador se encuentra con otros invitados inesperados:

> Hubo de tenerles el envite por fuerza, trayéndoles a su pesar consigo. Que no hay peso que así pese como lo que pesa una semejante pesadilla.
> <u>Ibíd</u>., p. 504

La pesadilla a la cual se refiere Guzmanillo proviene

de la incapacidad del embajador para soportar a tales hombres. La gente común se divierte oyendo los disparates de un soldado viejo o de un letrado jactancioso y disfruta en oírles para ver cuál de ellos dice la mayor mentira o cuenta el mejor engaño. Hombres de buen proceder, importantes e inteligentes, tales como el embajador, aborrecen a estos habladores ingenuos, mentirosos y falsos, halagadores e hipócritas.

Los efectos de esta actitud de parte de la gente realmente influyente de aquella sociedad para con estos viejos, quedan ejemplificados durante la cena ofrecida a estos dos personajes, mediante la burla que les hace Guzmanillo, actuando aquí en solidaridad con su amo.

Son los dos viejos, el letrado y el capitán, quienes con sus mentiras facilitan a Guzmanillo la burla que éste pretende hacerles. Lo único que hace el pícaro es provocar la conversación para que los dos vayan contando sus 'verdades' y mostrando la 'realidad' de sus mentiras. Pescados en la red de la mentira que señala el pícaro, el uno --el capitán-- se queda helado, condición muy propia de un viejo militar mentiroso. Allí señalan las verdades de los hechos heroicos que dice haber hecho el capitán. Este, cayendo en la trampa, se ríe de buena gana 'sin hablar palabra'. Guzmanillo completa su trampa exagerando una supuesta burla que el capitán le hizo al doctor. El capitán reacciona:

> Santiguábase riendo el capitán, viendo mi embuste, y todos también se reían, sin saber si fuese verdad o mentira que tal nos había pasado.
> <u>Ibíd</u>., p. 505

Después de haber oído tantos disparates y mentiras de parte del capitán y de otros co-profesionales, los demás invitados no pueden establecer la diferencia entre la verdad y el embuste en lo dicho por Guzmanillo. El capitán viendo la burla se ríe, aprobando como ciertas las falsedades que acaba de contar el pícaro, y, por lo tanto, demuestra ser más mentiroso y engañador que el propio Guzmanillo.

El doctor se apresta a tomar su revancha señalando las verdades que el capitán ha ido ocultando:

> Mas como vuestra señoría está presente y no tengo más armas que la lengua, daráseme licencia que pregunte al señor capitán y me diga la edad que tiene. Porque si es verdad lo que dice, que se halló en servicio del emperador Carlos V en la jornada de Túnez, ¿cómo no tiene pelo blanco en toda la barba ni alguno negro en la cabeza? y si es tan mozo como parece, ¿para qué depone de cosas tan antiguas?
>
> Ibíd., p. 506

El doctor sospecha que el capitán ha dicho a Guzmanillo que él lleva barba falsa, que la pone a aderezar todas las noches debajo de unas tablillas para que quede bien limpia y vistosa. El capitán lo acepta y participa en el engaño de buen grado. Al no tener un cabello negro en la cabeza, o es calvo, o tiene el pelo totalmente blanco, en cualquier caso es un hombre de edad. La diferencia de color entre la barba y el pelo indica que se teñía la barba para tener apariencia de mozuelo. De no ser así, el hecho de que el capitán hubiese podido participar en la batalla de Túnez con el emperador, en el año 1535, no tendría fundamento

creíble y por lo tanto, demostraría claramente su engaño y su falsedad.

Lo cierto es que los dos se señalan a sí mismos como hipócritas, tratando de teñirse la barba para pasar por hombres más jóvenes y así lo recalca el pícaro juzgando en pocas palabras a los dos mentirosos:

> Lo que puedo responder a vuestra señoría solo es que ambos han dicho la verdad y ambos mienten por la barba.
>
> Ibíd., p. 506

Al decir aquello, Guzmanillo aclara la disputa de los dos viejos; los dos han dicho la verdad porque ambos tienen la edad suficiente como para haber estado en los lugares que alegan, pero los dos mienten, porque tratan de ocultar su verdadera edad.

Guzmanillo, por lo que el capitán ha mencionado, y por sus experiencias en este campo, generaliza su juicio sobre los soldados:

> El capitán era de buen proceder, soldado corriente. Reíase de todo y santiguábase jurando que ni tal palabra habló conmigo ni le pasó por el pensamiento tratar de caso semejante. Y como era hombre rasgado y estaba sordo de oír en su negocio mucho más y peor que el doctor dijo, y porque le pareció que tenía razón en cuanto hablaba como injuriado, paso por ello.
>
> Ibíd., p. 506

El capitán actúa aquí como el soldado que es. Aparece como sumiso a la disciplina militar y se defiende como tal, sin darse cuenta de que el resto de la gente que lo está escuchando le conoce por el contrario de lo que dice ser. Además,

se nota que Guzmanillo le tenía mucho más respeto que al doctor, añadiendo que el militar no se consideraba tan entendido en los negocios de los engaños y que era más recio ante la injuria. Ello quedó demostrado al final de esta peripecia.

Según Guzmanillo, los defectos que tiene este capitán de ser mentiroso, engañador, hablador e hipócrita, son inherentes a su profesión. Como soldado común y corriente no tiene que defender ninguna posición de 'honrado'. Además, tiene la disculpa de ser viejo, sin mucho que hacer bajo las condiciones que le impone la ociosidad.

El Capítulo VII del libro segundo esta dedicado a mostrar la figura del soldado en edad combativa participando en el arte de engaños causados también por la ociosidad. [1] Este capítulo ayuda a comprender la tremenda facilidad que los soldados tenían para llegar a ser diestros en los juegos, sobre todo, el de los naipes. En los tiempos de ociosidad, que eran más largos y más frecuentes para el soldado que para el pícaro, el soldado se dedicaba a jugar a las cartas tanto como pasatiempo, entre las batallas o los distintos destinos de su compañía, como para suplementar sus salarios profesionales. Esto hace que el pícaro, a falta de la experiencia necesaria para aprender las astucias del juego, se presente a las mesas de juego hecho un asno:

> Los que juegan por entretenimiento, han de ser solos aquellos que señalan los mismos naipes. En ellos hallaremos doctrina, si se considera la pintura, reyes, caballos y sotas. De allí abajo no

> hay figuras hasta el as. Es decirnos que no los han de jugar otros que reyes, caballeros y soldados. A fe que no halles en ellos mercaderes, oficiales, letrados ni religiosos, porque no son de su profesión. Los ases lo dicen, que desde la sota que es el soldado, hasta el as, que es la última carta, son chamuchina y avisarnos que cuantos más de los dichos jugaren son todos unos asnos.
>
> Ibíd., p. 561

El soldado, junto a los demás personajes que señalan las figuras que aparecen en los naipes, puede hacerse profesional en el juego porque tiene tiempo de sobra para llegar a ser diestro en ello. El renombre del soldado en el juego de naipes es tan grande que incluso se considera el juego parte de la profesión militar. El pícaro, aunque tenga el tiempo disponible para aprender el juego, según Guzmanillo, nunca llegará a ser tan experto como el soldado en el manejo de los naipes, por no ser este juego parte íntegra de su manera de vivir.

Los grandes defectos de los militares de la época, tales como el juego de naipes, eran causados al parecer por el relajamiento de la disciplina militar. [2] La degeneración de la milicia y del militar hace que los soldados vuelvan de su estancia en las filas militares deshechos, destrozados y totalmente derrotados. Guzmanillo nos describe claramente la suerte de los militares de su época, y en su descripción vemos que eran muy pocos los afortunados en la profesión militar. Las espectaciones de aquellos que se convertían en militares estaban muy por encima de lo que la realidad de la vida en el ejército podía ofrecer. El ejército

era para mucha gente la panacea de todos los problemas y la realidad se encargaba de demostrar lo poco de cierto que había en ello. Guzmanillo compara la suerte de los militares a la corte:

> Porque los que van a la corte romana y a otras de otros príncipes acostumbran ser como los que van a la guerra, que todo les parece llevarlo negociado y hecho, con lo cual suelen alargarse y gastar por los caminos y en la corte misma, hasta que la corte les deja de tal corte que todo su vestido lo parece de calzas viejas. Después vuelven cansados, desgustados, y necesitados, casi pidiendo limosna. Pasan gallardos y, como los atunes, gordos, muchos y llenos; más después desovan, vuelven flacos, pocos y de poco provecho.
> Ibíd., p. 594

Los soldados salen de su patria con todas las esperanzas de volver a ella ricos, importantes y bien considerados; sin embargo, lo que suelen encontrar les coloca en una situación crítica tal que se ven obligados, para mejorar su fortuna y su posición económica, a jugarse lo poco que tienen.[3]

Guzmanillo nos señala otra costumbre militar de la época que es característica común y corriente de los soldados: el dejarse facilmente sobornar por cualquier cantidad de dinero. Al encontrarse Guzmán a un capitán de galera, soldado de la marina española, le proporciona algunas piezas de oro:

> Como ganase un día un poco más de cien escudos y hubiese a mi lado un capitán de galera, de quien sentí haberse aficionado a mi juego y holgádose de mi ganacia, y que no andaba tan sobrado que se hallase libre de necesidad, volví la mano y díle seis doblones de a dos, que seis mil se le hicieron en aquella conyuntura. Tiempos hay que vale

> un real ciento y hace provecho de mil. Quédome tan reconocido cual si la gracia hubiera sido mayor o de más contento.
> Ibíd., p. 594

Guzmanillo está jugando a los naipes en una posada de las mejores de la ciudad. Allí es donde se reúne la gente 'principal y noble' y con ellos, un capitán de galera llamado Favelo. Este capitán es un socio de la gente más importante de la ciudad, y presumiblemente, ha debido presentarse alguna vez como de sangre noble. Sin embargo, no cabe duda de que está arruinado. Al encontrar un personaje tan principal como Guzmanillo que ha sabido manejarse bien en el juego y que le proporciona algunas monedas de su propia ganancia, Favelo se encuentra tan agradecido que se demuestra dispuesto a servirle en cualquier ocasión, situación ventajosa para el pícaro.

Guzmanillo al encontrar este capitán piensa en una salida rápida de Italia. Para conseguir sus propósitos reparte algunos dinerillos entre los soldados que forman parte del equipo:

> ...les compré los corazones, ganándoles los ánimos. Quien bien siembra, bien coge.
> Ibíd., p. 595

Estos soldados, por consiguiente, pueden ser comprados por algunas monedas, lo cual indica que no eran muy celosos de su profesión ni muy devotos a su rey en espíritu. No eran más que mercenarios ya que su objetivo primordial era el seguir las huellas de aquél que tuviera más dinero.

Guzmanillo nos describe la personalidad del capitán de diversas maneras a lo largo del episodio. Primeramente por su nombre; éste se llamaba Favelo, no por ser este su apellido, sino porque se había enamorado de una dama a la cual servía y quién le achacó el nombre que quiere decir en español 'parlante'.[4] Habiendo sido rechazado por aquella intenta recuperar su pérdida manteniendo en su mente las razones por su error:

> ...y siempre lo quiso conservar en su memoria, de su hermosura y malogramiento, cuya historia me contó de la manera en que della fue regalado, su discreción y bizarría. Todo lo cual con el cebo de falsas apariencias, quedó sepultado en un desesperado tormento de celos, necesidad y brutal tratamiento.
>
> Ibíd., p. 595

El soldado, por haberse fiado de las apariencias, fue engañado por la dama. Guzmanillo nos señala el resentimiento del capitán que mantiene siempre en la memoria el tratamiento que de la dama recibió: engaño y brutalidades, celos y necesidades. Al describirnos esto, nos damos cuenta inmediatamente de cómo Guzmán va a engañar a éste. El pícaro cultiva la amistad del capitán para utilizarlo en su provecho:

> Llevábame a su galera, traíame festejado por la marina, cultivándose tanto nuestra amistad, que si la mía fuere en siguimiento de la virtud allí había hallado puerto; más todo ya era embeleco.
>
> Ibíd., p. 595

Las razones por las cuales el capitán podría ser tan buen amigo de este pícaro se ve en la descripción que nos

hace de su carácter:

> Era este Favelo de muy buena gracia, discreto, sufrido y muy bizarro, prendas dignas de tan valeroso capitán, soldado de amor y por quién siempre padeció pobreza; que nunca prendas buenas dejaron de ser acompañadas della.
> Ibíd., p. 595

Las características atribuidas al capitán le colocan en una posición favorable para llegar a ser uno de los mejores amigos que hasta entonces ha encontrado el pícaro. El único fallo que se encuentra en él es que se enamora, se entrega, junto con sus bienes, para conseguir el pretendido amor de cualquier persona.[5] Dadas las cualidades militares que se pueden señalar de este capitán, se ve que --por su único fallo, simple pero común-- Guzmanillo tiene una base para implicar que éstas eran características de los militares de la época. La fuerza, la sumisión y la valentía de compromiso eran cualidades militares españolas muy conocidas y aceptadas por las demás naciones, junto a la fama de estar siempre enamorados.[6]

El interés que el capitán tiene por el pícaro se muestra bien claro por el deseo de ganar su amistad y agradarle en todo. El capitán está tan empeñado en lograr la amistad del pícaro, que al declarar éste que tiene algunos enemigos por la ciudad, el capitán se ofrece --junto a su compañía de soldados-- para defenderle en cualquier eventualidad:

> Si algo valgo, si algo puedo, si mi hacienda, vida y honra fuere para vuestro servicio de importancia, todo es vuestro, y para el resguardo de lo que os podría suceder queréis que yo y mi gente asistamos

> a la mira, ved lo que mandaís que haga, todo es vuestro...una vez puestos los pies en galera, no será parte todo el poder de Italia para sacaros del mío: aunque hiciese para ello y fuese forzoso algún gravísimo peligro de mi persona.
>
> _Ibíd_., p. 603

Hay que señalar que esta acción del capitán de galera no es totalmente extraña a las costumbres militares de la época. Al encontrar algún personaje rico que les podía ayudar en sus dificultades monetarias, los soldados de los siglos XVI y XVII se apegaban a ellos, haciéndoles todo tipo de favores y servicios, sobre todo, cuando estaban fuera de su propia tierra.

En el viaje de regreso a España, los soldados dan muestras de debilidad y temor a raíz de una tormenta que encuentran. Como en la _Segunda parte del Lazarillo de Tormes_ de J. de Luna, los soldados en este pasaje tienen miedo de los fenómenos naturales, sobre todo de una tempestad cuando están en alta mar (Ibíd., p. 611).

El soldado español, después de haber sido alabado por su poca temeridad en la protección de quien le ha pagado, se ve en este momento sintiendo más miedo que cualquier pasajero que va en la galera incluido el mismo pícaro. La poca temeridad de los soldados está reflejada en los pensamientos del pícaro:

> ...empero en mí esta vez no temí tanto aquesta tormenta ni sentí el peligro, respeto del temor de arribar, no por el mar, mas por la infamia. Harto decía yo entre mí, cuando pasaban estas cosas, que por mí solo padecían los demás, que yo era el Jonás de aquella tormenta.
>
> _Ibíd_., p. 611

Este modo de religiosidad que aparece aquí es una muestra adicional de la debilidad de los soldados. El pícaro, que entiende el mundo a nivel terrenal, está más preocupado por el miedo que les tiene a los soldados que a la misma tormenta. Las creencias de los soldados prohiben a que un infame, tal como Guzmanillo que se ha atraído la cólera divina a razón de sus engaños, siga en la misma galera que ellos y les hunda consigo. La crencia en la omnipotencia divina como poder vengativo les deja a los soldados, como única solución a su salvación, el echar a la mar como Jonás el miembro de la compañía que ha pecado. La debilidad mental de los soldados reside en culpar al que tiene un espíritu materialista sin tener en cuenta que también son parcialmente culpables por haber anteriormente aceptado el dinero de Guzmanillo; o sea, los soldados aparecen aquí como volviendo la casaca en el momento de la verdad.

El mismo capitán se convierte, en los mismos pensamientos del pícaro, en ser supersticioso:

> ...había votado en la tormenta de no hacer tres noches en parte alguna de España hasta llegar a Sevilla y visitar la imagen de Nuestra Señora del valle, a quien había héchole cierta promesa si de allí escapase.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 623

Este capitán Favelo forma parte de los soldados en la galera que habían querido echar a la mar a Guzmanillo durante la tormenta; sin embargo, su cualidad militar de tenacidad está reflejada hasta en sus creencias religiosas. El es

el único soldado mencionado que cumple con sus promesas hechas durante la tempestad. Hacia el final este capitán demuestra tener una humanidad contemporánea; está tan araigado en sus creencias religiosas que cumple con los votos hechos, aunque el pícaro le aconseje al contrario.

Como señalamos al principio, los ejemplos que esta Segunda parte del Guzmán de Alfarache nos presenta se refieren a soldados vistos como individuos humanos. Esta es una característica relevante dada la generalidad de personajes que desfilan por la obra y que son presentados de manera muy esquemática y rápida, y siempre en función del pícaro que es la figura central. Así vemos como esta Segunda parte se ocupa de un soldado de edad avanzada que no puede vivir más que pensando en exagerar su pasado. Vemos también otro militar que ha sufrido de amor y ha sido engañado por las apariencias y por último, un grupo de soldados que ante el peligro inminente de muerte sienten su debilidad y recurren a sus creencias religiosas en última instancia.

El valor de todo ello radica en que a diferencia de la Primera parte no encontramos aquí una crítica global del funcionamiento de lo militar, sino más bien, un intento de catalogar, personalizando en individuos concretos, los diferentes aspectos de la personalidad y la psicología del militar. A lo largo de esta novela, las etapas, en forma de anécdotas, que resaltan la gradación de la evolución mental y psicológica del soldado, dan hacia la degeneración, hasta

la misma diversificación de sus creencias religiosas. Su humanidad, su debilidad, llega hasta tal punto que ratifican las creencias en la omnipotencia divina en los momentos críticos para aprovecharse de ellas y luego volverse clandestinamente a las andadas.

Notas

1 Picatoste Felipe D. La grandeza y decadencia de España, Los españoles en Italia, Ed. cit., p.189 y ss., y Deleito y Piñuela, J. El declinar de la monarquía española, Ed. cit., pp. 205- 12

2 Deleito y Piñuela, J. Op. cit., Ed. cit., p. 189 y ss., Apartado 38. La relajación del espíritu militar.

3 Maravall, J. Estado Moderno y Mentalidad Social, Ed. cit., pp. 507-18. Este autor enfoca el problema de la degeneración de la milicia española desde este punto de vista. A falta de dinero como paga de sus servicios militares, los soldados se cambiaban muy a menudo de campos militares y a cualquier de éstos; cabe decir que allí se les podía pagar cualquier tipo social que tuviera el dinero suficiente utilizándolos como resguardo personal. La cantidad de dinero en cuestión no tenía que ser mucho por la pobreza de la milicia y del soldado en general.

4 Cassell's Italian-English, English Italian Dictionary, prepared by Piero Rebora, Cassell's & Company Ltd. London 1972

5 Este tipo de soldado aparece más que común en la época: "Soy español y de Toledo; vengo vomitado del mar como Jonás de la ballena, a fuerza de desgracias. Aficionéme, viendo entrar esta compañía de guardia, el talle del capitán y bizarría de vuestra merced...Quedo agradecido del cortés ofrecimiento, y ofrezco lo que valgo para servir a vuestra merced". Luis de Ariz, P. Memorias de D. Diego Duque de Estrada, en: B.A.E. p. 308, Vol. 90, Madrid 1956

6 Essen, Léon Van Der, Alexandre Farnèse, Prince de Parmes, Vols. I-V, Nouvelles Sociétés d'Editions, Bruxelles 1937. C.f.: Volúmen número V, en el cual se trata de exponer una descripción psicológica de los soldados españoles de la época.

Capítulo VI

Virtudes caballerescas y disciplina militar en el Guzmán de Alfarache de Mateo Luján

Las diferencias que desde siempre existieron entre la sociedad civil y la militar no llegaron a ser tratadas con cierto detalle hasta que la problemática de la sociedad entera incita, aparentemente, a buscar los responsables de la situación. Este estado de ánimo produce un enfrentamiento entre diferentes sectores sociales, poniendo en cuestión los previlegios en los que se basaban.

La degeneración de los ejércitos que, como hemos visto en el capítulo anterior, se acelera en el último tercio del siglo XVI, hace que el modo de vida de los ejércitos se ponga en tela de juicio y se ataquen, aunque solo sea solapadamente, los fundamentos en que se asientan. La investigación histórica que desarrollábamos en el primer capítulo mostraba cómo la vida militar estaba rodeada de una serie de virtudes que el pueblo admiraba. El héroe de las obras medievales de tema militar constituía un modelo en el que el pueblo en general se sentía representado, especialmente en lo que a las virtudes más nobles se refiere. Esta ya no es la situación que contemplamos a finales del reinado de Felipe II y

La Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache de Mateo Luján que, después de recordar el pasado caballeresco del ejército y las cualidades insuperables de soldados de antaño,[1] se ocupa de contrastar el modo de vida civil con el militar.

Según está señalado en muchos textos literarios, este autor es considerado como un representante 'del hombre de leyes' [2]; es natural, por consiguiente, que la primera crítica al soldado se inscriba dentro de un criterio legista. Esta crítica del soldado se lleva a cabo por medio de una comparación entre los dos sistemas legales fundamentales de la España de los siglos XVI y XVII: el sistema legal civil y el sistema de los tribunales, leyes y derecho consuetudinario de los militares. Cada uno de ellos se basa en diferentes conceptos de la ley y al considerarse como contrarios resulta que uno de ellos, el militar, aparece como previlegiado con respecto al otro. Mateo Luján es aquí, por tanto, el portador de un recelo popular hacia el soldado cuya función social no se considera como merecedora de tales privilegios.

De la cita que sigue puede desprenderse que Mateo Luján intenta plasmar en su obra este pensamiento colectivo de la España de la época que presenta fuertes prejuicios en contra de todo lo concerniente a la clase militar:

> (el hombre)...de las leyes se endereza a lo útil y el de las armas a lo honroso, y es cosa vulgar que honra y provecho no cabe en un saco.
> Ibíd., p. 731

Fácil es de ver que el autor de esta novela está

criticando radicalmente al militar que, según él, se ocupa sólo de buscar el honor y la gloria en los campos de batalla por no poder dedicarse a cosas más útiles y de más provecho para España. Incluso, el hombre vulgar sabe de antemano que la utilidad del soldado no proviene de sus actos honrosos sino que tiene su raíz en el hecho de permitir a los civiles a aprovecharse de cierta tranquilidad militar para que pudiesen conseguir las cosas que son de provecho para todos.

La crítica de Mateo Luján va sin duda dirigida a las leyes que permiten esta discrepancia entre las dos maneras más comunes de vivir en la España del Siglo de Oro. Las leyes civiles están destinadas a ser útiles para la gobernación de un pueblo y sirven provechosamente a los que viven conforme a ellas. Contrariamente, las leyes militares están orientadas hacia la gloria, la honra, la fama, la victoria y valentía, de lo cual se puede desprender su escasa vigencia, sobre todo, por ser el derecho militar totalmente arbitrario en cuanto a la distribución de castigos por los prejuicios que se podían tener.

El autor está criticando fuertemente las leyes y los fueros militares que permiten a los soldados eludir las obligaciones legales del resto de la población. Aquellas críticas están dirigidas contra el establecimiento mismo de las leyes y de los hombres que las manejan:

> Mas el juicio legal está ordenado y establecido por legistas y personas de letras; el de las armas; por caballeros y capitanes, los cuales presume el

> derecho que no tienen noticia de las leyes; y es claro que destas contrarias inteligencias no puede nacer un mismo efecto y conforme resolución.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 731

El juicio civil está decretado e instituido por personas calificadas en cuanto a su sabiduría en asuntos legales, los cuales, a la vez, deben conocer todos los códigos legales para luego poder aplicarlos en el momento oportuno. El tribunal militar está bajo la dirección de caballeros y de militares de rango superior al delincuente, y por lo tanto, soslayan las leyes civiles y el derecho en general. El mismo derecho presupone, por anticipado, que los militares no saben nada de las leyes, así que queda en claro que existe una oposición o prejuicio por parte de un sistema hacia el otro a partir de los fundamentos mismos.

La mayor confusión que existe entre los dos sistemas parece radicar en la capacidad de los militares para establecer --en cada caso-- sus propias finalidades y sus propias leyes, arreglándose entre sí para juzgar favorablemente al culpable:

> ...el juicio de las leyes está determinado por derecho escrito, y el de las armas por costumbre y estilo de caballería y es muy ordinario que la consuetud contradice el derecho escrito, añadiéndole, detrayéndole, torciéndole, mudándole y quitándole; y esto está confirmado por los mismos legistas que afirman que el juicio militar no se puede sostener por ley divina, canónica, ni civil, sino solo por la costumbre prescrita.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 732

El tribunal civil tiene que basar sus sentencias en las

leyes escritas, mientras que el militar fundamenta sus sentencias en sus costumbres y tradiciones militares, y lo que es más, estas sentencias pueden tener su origen en los caprichos de los jueces que juzgan al acusado. Los capitanes y caballeros que actúan de jueces en los tribunales militares se basan en sus costumbres y se dejan guiar por sus propios pensamientos, deseos y caprichos, en cuanto a su declaración sobre la culpabilidad del delincuente.

La razón de esto radica, según Mateo Luján, en el hecho de que los militares se fiaban de las leyes prescritas por las costumbres que no evolucionaron al mismo paso que la sociedad:

> Añádase que el juicio civil tiene sus principios de los romanos y griegos y el orden del militar de los longobardos, nación tan diferente en provincia, hábito, costumbres, estilo, leyes, pensamientos, lengua y obras que no se puede creer que cuadrasen y conformasen en los juicios. Mas el orden del juicio civil se endereza a una justicia recta; el del militar sólo considera el valor y las armas.
> <u>Ibíd</u>., p. 732

La ley civil intenta ser respetada por su rectitud y sin posibilidades de ser equívoca en cuanto a sus sentencias, dando al culpable su justo castigo. El tribunal militar, por otra parte, se conforma con juzgar al delincuente poniendo en la balanza tanto sus hechos de armas, y su fama de soldado, como sus delitos, lo cual resulta casi siempre en favor del acusado, cualquiera que fuera su culpa . La razón detras de ésto radica en el hecho de que los dos sistemas tienen distintas fuentes. Esto lo explica el autor en términos

más explicitos:

> ...el juicio de las leyes tiene por declaración la justicia que hacen los hombres, por lo que resulta de proceso y sus méritos; mas el de las armas, la que en cierta manera parece que resulta del juicio de Dios Nuestro Señor, según se tiene por opinión de caballeros y lo afirman algunos autores.
>
> Ibíd., p. 732

El tribunal civil debe, en declaración final, depender de los méritos del mismo proceso --la acusación, la defensa y la manera de comportarse de los que figuran en el juicio--; luego, depende de las leyes escritas para condenar o absolver al acusado. El tribunal militar, sin embargo, va más allá del delito para averiguar la conducta total del hombre; averigua si el delito supera la reputación del acusado, sus hechos heroicos, su fama militar. Por ser así el tribunal de los militares es parecido a la balanza divina que enjuicia la vida total y el destino final del hombre.

Además, aparece como evidente el hecho de que los militares fundan el resultado de la mayor parte de sus procesos en los antiguos dictámenes, sobre todo, en cuanto se refiere a delitos cometidos dentro del ejército. Es decir, la antigua creencia en la protección divina respecto a la salvación de aquel que fuera acusado falsamente. Aquello se mantenía en la muy conocida costumbre del duelo, de cuya circunstancia sólo el inocente debía salir a salvo. Así, el tribunal militar dependía en ocasiones de las supersticiones, las tradiciones de los antepasados, y sobre todo, de

las creencias en la omnipotencia divina.

Mateo Luján demuestra que las leyes civiles están totalmente en contra del duelo como forma de averiguar la culpabilidad de cualquier persona, por ser esta costumbre la disculpa para perpetrar ocultos crímenes. Estos eran los que se cometían para sostener o defender la honra, la fama o el mismo renombre del soldado o personaje militar:

> ...el orden civil regularmente es cosa que es manifiesta por autores o testigos; mas el militar y del duelo más ordinario es de cosas ocultas, y así no pueden resolverse ni decidirse por un camino.
> <u>Ibíd</u>., p. 732

En conjunto, el argumento que nos trata de presentar Mateo Luján radica en la incompatibilidad de los dos sistemas legales. El sistema militar, al no tener una definición ni una finalidad lógicas parece servir exclusivamente a la protección de los que dirigen la milicia y los que forman parte activa de ella. [3]

Después de haber citado las distinciones que existen entre los dos sistemas legales de la España del siglo XVI y haber demostrado las dificultades que ambos tenían para comprenderse mutuamente, el autor extiende su descripción a la causa principal de aquello: la honra.

La honra en cuanto al soldado se refiere, se asocia con el nombre de español y lo que hasta entonces los soldados españoles han ido buscando en las guerras:

> ...porque los españoles cuanto a lo primero, basta serlo para que sean caballeros respecto de otras naciones, y paréceles que con sola la calidad de

> ser español, en cualquier parte se puede tener en mucho: añádese el respeto que se les tiene por el nombre de español, o porque de su naturaleza sea gente que apetece honra, y ser preferidos y tenidos en mucho, y no repruebo que sea gente que procurase honrarse: pues el que es amigo de la honra hace cosas buenas, y este es el principio de la nobleza; de manera que no está muy lejos de ella el que está a sus principios: y aquí no quiero alargarme en las cualidades de la nobleza, basta que los que vienen fuera de su tierra la buscan y apetecen, y esto les trae a pisar reinos extraños, y padecer trabajos sirviendo a su rey en las guerras y cosa es notoria, que entre soldados aquel que es noble que hace los hechos; y aunque lo sea, si degenera de quien es, lo tratan como hombre vil.
>
> Ibíd., p. 737

El soldado hispánico siempre ha demostrado tener altos ideales, entre los cuales el primero en la escala siempre ha sido la honra. Por esta cualidad ha sido respetado en diversas naciones a las cuales ha ido como guerrero aventurero, profesional o conquistador. La honra proviene de los pasados hechos heroicos en el campo de batalla, sirviendo a su rey. Este principio de la nobleza se percibe de una manera especial fuera de su propia nación, y por esto, muchos españoles tenían un afán de guerrear que no se encuentra en otros pueblos o naciones. El contraste entre estos criterios caballerescos de los soldados españoles un tanto trasnochados y la aplicación práctica de las nuevas técnicas de guerra por parte de los ejércitos enemigos, pone de relieve el desface de los criterios que, al menos en teoría, regían la profesión militar española. [4] Con la aparición de estas nuevas técnicas ya no hay lugar para el valor personal que tradicionalmente era considerado atributo esencial del

héroe medieval. Hay pues, por parte de los españoles, un sentimiento de verse diferentes a los demás:

> El no ser inventores no viene sino de no tener los entendimientos mecánicos, sino liberales; más aplicados a las armas que a ser ingenieros; y es tanto su valor y fuerza, que no valen con él ingenios ni máquinas de ninguna nación; y así no tienen necesidad de inventar cosa alguna, antes bien les pesa que se hayan inventado muchas cosas para la guerra, que no dejan que se muestre el valor de los pechos esforzados, como son tantas máquinas de fuego después de la invención de la artillería, que ha igualado el más cobarde con el más valiente.
>
> Ibíd., p. 737

Como resultado de estos avances técnicos el ejército español comienza a recibir los primeros reveses militares. La situación, que empeora progresivamente, deja abierto el camino para que aparezcan determinados tipos de soldados que no se distinguen precisamente por su ejemplaridad. Como señalábamos antes, el pueblo llega a ser más y más consciente de la situación, y como consecuencia, la reputación del soldado sufre mengua:

> Pasen también los soldados y gente de guerra, que no se tuvieron por esforzados ni hombres valientes, sino cuando renegaban y descreían del que les hizo; porque el juramento que de allí baja, según sus malas costumbres, piensan que es de hombre cobarde, como si la victoria fuese en ofender a porfía a quien les ha de dar, y no se dieran a cato del desfloramiento de vírgenes, de los desafíos y vanaglorias fingidas contaron.
>
> Ibíd., p. 821

La grandeza del ejército y de la nación española se encuentra invalidada por unos guerreros que no tienen en sí ninguna cualidad, como no sea el hacer juramentos en contra del Creador. Estos juramentos son característica de la vida

de este tipo de soldados. La hombría, el valor y el esfuerzo militar se consideran a base de la capacidad del individuo de ir en contra de todo lo tradicional. El soldado que esté más apartado de ello, el más liberal, será el mejor.

En un ejército que pierde paulatinamente sus ideales, las virtudes tradicionales degeneran en defectos por uno u otro extremo. Así por ejemplo, la virtud de la fortaleza no solo se abandona por la aparición del miedo, sino que también se pierde por exageración incontrolada de personas en estado de desesperación. Se llega así a la temeridad que, aunque exagerada, no deja de ser un defecto:

> De los extremos de la fortaleza, que son temeridad y miedo, tan vicioso el uno como el otro, y no menos perniciosos el primero que el segundo; es a veces causa del primero el no tener que perder...porque ser atrevido sin término, el que no tiene de qué caer muerto, no es maravilla; pues se dirá dél lo que Catón el Mayor dijo de un soldado, a quien le alababan de muy atrevido, y que por miedo de la vida nunca dejaba de arriscarse a cualquier peligro: "Mucho importa ver qué es lo que tiene en menos, la vida o la virtud." Va mucho de tener un hombre que perder o no, o hacerse más caso un hombre que mostrarse valeroso o esforzado que desesperado; porque este no es valiente, sino atrevido, como no le tira cosa que tiene miedo perderla...el pobre desventurado que todos los días le son de un color, todos le son iguales; tan poco manda a la noche como a la mañana.
> <u>Ibíd</u>., p. 875

La vida del soldado se compara a la del condenado a galeras por su monotonía y falta de interés. El soldado como el galeote vive una situación tan desesperada que en definitiva lo mismo da que tome una actitud de riesgo temerario que otra de cobardía total. El soldado no acierta a ver la

libertad, así que ejecuta los actos bélicos que se le ordenan, de una manera desesperada, sin que puedan calificarse sus acciones como las de un hombre que tenga fortaleza y coraje. El camino de la vida no tiene ningún fin o posibilidad de mejoramiento ni para el soldado ni para el galeote.

La presentación del tema militar en esta obra enlaza, por contraposición, con la figura del héroe medieval de ideales caballerescos, y por similitud, con la figura del escudero en el *Lazarillo de Tormes*. Con respecto al héroe medieval el soldado de esta época se encuentra en las antípodas de aquellos ideales, que si no ya perdidos totalmente, a punto de perderse. Con relación al escudero del *Lazarillo*, este tipo de soldado padece básicamente de los mismos defectos que aquél: la imposibilidad de reconocer la validez real de los valores 5
que rigen su vida militar. Así vemos como el soldado en esta novela tiende a refugiarse en valores que no le van a ayudar mucho a enfrentarse a los avances técnicos que los ejércitos enemigos se han preocupado de desarrollar. El punto central de la inadecuación militar es enfatizado en la novela al ponerse de relieve las diferencias existentes entre los dos sistemas legislativos y atacar la inmunidad de la justicia militar basada en principios que por su antigüedad han perdido buena parte de su sentido.

Notas

1 Luján, Mateo. Op. cit., Ed. cit., pp. 735-6

2 Valbuena Prat, Angel. La novela picaresca española, Ed. cit., p. 721

3 A partir de la Alta Edad Media, se hacen las distinciones entre los dos sistemas legales y las diferencias siguen existiendo hasta entrando en el siglo XVIII, según los autores citados abajo, pero las dificultades para mantener las diferenciaciones se hacen más evidentes conforme van desarrollándose los sentimientos de clase. Este fenómeno está ampliamente estudiado en las dos obras que siguen:
Maravall, J.A. Estado Moderno y mentalidad social Ed. cit. y: Blanco-González, B. Del Cortesano al Discreto, Ed. cit.

4 Deleito y Piñuela, J. Op. cit., Ed. cit., p. 165. Citamos: " Estos voluntarios españoles acudían a filas por tiempo indefinido, y no podían ser arrojados de ellas sin justa causa. Así se formaban aquellos veteranos de mostacho canoso y fiero ademán, que, curtidos en cien combates, tenían sus años de servicio en armas por la mejor ejecutoria, y vivían, aunque sufriendo hambres, riesgos e inclemencias, orgullosos de su oficio y su condición, teniendo por deshonrosa toda ocupación mecánica." J.H. Elliott, en su obra que ya citamos en varias ocasiones: Imperial Spain, recurre a este mismo dicho para explicar las dificultades económicas de la España de principios del siglo XVII, así como para señalar la razón principal para la continua solicitud de entrada en las filas militares. La gente común tanto como algunos personajes de sangre noble se alistaba por tener en más la prodigiosa profesión militar.

5. C. f.: Essen, Léon Van Der. Alexandre Farnèse, Prince de Parmes, Ed. cit., vols. Iv y V. Tanto es el desprecio que los generales tienen al combate con armas de fuego que rehusan seguir las órdenes de Farnesio y pierden varias batallas que les eran importantísimas. El hecho de que no reconozcan el valor de sus armas y de su posición como combatientes en una nueva época les hace padecer muchos trabajos y desgracias que no hubieran tenido al actuar de manera contraria.

Capítulo VII

El soldado como estereotipo novelesco en el Buscón

Una vez que el malestar y decadencia del ejécito se ha generalizado está el camino abierto para que los diferentes autores que a partir de esta fecha - principios del XVII- se ocupen del género picaresco, presenten reiteradamente los males que aquejan a este sector social. Por un lado pues, La vida del Buscón no hace más que repetir lugares comunes de la crítica soldadesca con lo cual la figura del soldado se convierte en estereotipo sin variaciones sustanciales; pero por otra parte, la presentación literaria de este estereotipo permite a Quevedo aplicar su satírico uso del lenguaje.

Pablos, caminando solo, topa con un soldado que le acompañará parte del camino. Esto, según la novela, parece ser consecuencia de la intervención divina para que el pícaro no vaya pensando en cosas malas que podría hacer. Este encuentro de Pablos con el soldado se presenta como totalmente desfavorable para éste:

> Quiso Dios que, porque no fuese pensando en mal, me topase con un soldado.
> La vida del Buscón, Ed. cit., p. 43

Desde estas primeras líneas de esta peripecia pertinente a lo militar, vemos que se nos va a presentar una imagen más bien negativa de la milicia. Al igual que en el Lazarillo, estas palabras de Quevedo nos hacen pensar en la mala voluntad divina que le presentara a este joven un soldado quien

le enseñará a Pablos peores cosas de las que podría pensar por sí solo.

La descripción física que se hace del soldado anuncia su suerte en los campos de batallas, y además su manera de ser:

> Iba en cuerpo y en alma, el cuello en el sombrero, los calzones vueltos, la camisa en la espalda, la espada en el hombro, los zapatos en la faltriquera, alpargatas y medias de lienzo, sus frascos en la pretina y un poco de órgano en cajas de hoja de lata para papeles.
>
> *Ibíd.*, p. 43

Esta descripción muestra la pobreza total de este hombre, el fracaso de su profesión, y de su voluntad humana. El soldado viene andando, llevado por el único afán de seguir caminando. La descripción de su pobreza está acentuada por su vestido y por el hecho de llevar sus zapatos en la faltriquera, lo que le permite ir andando en alpargatas para no usar los únicos zapatos que le quedan. Hay que señalar que este soldado lleva consigo un órgano, que antiguamente servía para guardar frescas las bebidas [1], y, por ende, parece ser aficionado a las bebidas que en este caso quizá se supondrían alcohólicas por la 'mala fama' militar en este campo.[2]

El soldado, totalmente derrotado, se comporta de una manera consecuente con su forma de vestir:

> --No está para más --dijo luego--, que es pueblo para ruin gente. Más quiero, ¡voto a cristo!, estar en un sitio, la nieve a la cinta, hecho un reloj, comiendo madera, que sufriendo las supercherías que en la corte hacen a un hombre de bien. Y llegando a ese lugarcillo del diablo, nos remiten a la sopa y al coche de los pobres de San Felipe, donde cada día en corrillos se hace Consejo de Estado de Guerra en pie y desabrigado; y en vida

> nos hacen soldados en pena para cimenterios; y si pedimos entretenimiento, nos invían a la comedia; y si ventajas, a los jugadores. Y con esto, comidos de piojos y güespedes, nos volvemos en este pelo a rogar a los moros y herejes con nuestros cuerpos.
>
> *Ibíd.*, p. 44

Desde luego, los cortesanos no forman parte de las amistades de este soldado. La manera como describe la corte y lo que allí sucede a los hombres de bien, a los soldados como éste, aunque no esté expresado en lenguage explícito, no deja lugar a dudas sobre sus opiniones al respecto. El soldado parece estar muy familiarizado con los asuntos cortesanos y con las peripecias de los soldados que van allí en busca del respaldo de un cortesano y/o de una posición de rango en la milicia de la época.[3] Se puede suponer que este soldado ha pasado suficiente tiempo en trámites de este estilo. Su estado actual es resultado del tiempo pasado en la corte y en las calles donde dan de comer a los pobres . Allí se reune suficiente número de soldados como para hacer un consejo de guerra; este soldado es representante típico de toda esta población parásita en busca de favores.

Según este representante militar de la época, se considera que el soldado no ha sido bien tratado por los gobernantes, los jefes políticos y los generales de la milicia. Los soldados han servido de cuerpos para los cementerios, desde su alistamiento hasta su muerte y no son tratados como seres humanos, sino que más bien, tienen la función de peones en los juegos armados.

La razón de ello radica en la deliberada falta de comprensión por parte de la administración. Quevedo pone de relieve la confusión creada en este diálogo de sordos jugando con el doble sentido de las palabras: entretenimiento y ventaja. [4]

Este soldado, como lo era de apariencias, no ha tenido mucha fortuna en sus proyectos:

> A esto le dije yo que advirtiese que en la corte había de todo, y que estimaban mucho a cualquier hombre de suerte. --¡Que estimaban! --dijo muy enojado--. ¡ Si he estado allí seis meses pretendiendo una bandera, tras veinte años de servicios y haber perdido mi sangre al servicio del rey, como lo dicen estas heridas!
>
> _Ibíd._, p. 44

Al mismo tiempo, nos damos cuenta, por lo que dice, que este soldado no es lo que pretende ser. Las pruebas que manifiesta no son sino ejemplos de poca cordura. Muestra a Pablos dos marcas de bala, que no lo son; le muestra las heridas que dice haber recibido en los campos de batalla, pero el mismo pícaro supone que son producto de su ociosidad estando de guardia:

> Estaba derrengado de algún palo que le dieron porque se dormía haciendo guardia, y decía que era astillazo. Quítose el sombrero y mostróme el rostro: calzaba diez y seis puntos de cara, que tantos tenía en una cuchillada que le partía las narices. Tenía otros tres chirlos, que se la volvían mapa a puras líneas.
>
> _Ibíd._, p. 44

La falsedad del soldado es descubierta por la agudeza del pícaro. Este finge creer el número y lo peligroso de las heridas del soldado, aunque atribuyéndolas a su verdadera

causa y sin dejarse engañar por la pobreza de espíritu, de acción y de entendimiento del soldado. [5] Va todavía más allá cuando sabe que la identidad que tiene es posiblemente falsa:

> Comenzó a sacar cañones de hoja de lata y a enseñarme papeles, que debían de ser de otro a quien había tomado el nombre.
> <u>Ibíd</u>., p. 44

Además de falso en lo que dice, el pícaro parece encontrarle cualidades de ladrón, falsificador de identidades, de impostor, porque la alabanza que ha hecho de sí mismo carece de integridad, de claridad y de verdad.

Los dos, el soldado y Pablos, se encuentran con un ermitaño que al oír jurar el soldado le reprehende fuertemente. Este le contesta:

> --Bien se echa de ver, padre, que no ha sido soldado, pues me reprehende mi propio oficio.
> <u>Ibíd</u>., p. 44

Este soldado parece insistir en que la única utilidad del soldado queda en la constante profusión de lenguaje vulgar y los juramentos en contra de la divinidad. Pablos lo emplea para juzgar una vez más a este alférez:

> Dióme a mi gran risa de ver en lo que ponía la soldadesca, y eché de ver era algún picarón gallina, porque ya entre soldados no hay costumbre tan aborrecida de los de más importancia, cuando no de todos.
> <u>Ibíd</u>., p. 45

Continúa la sátira del militar y de su mentalidad de este modo:

> ...el soldado iba comparando las peñas a los

> castillos que había visto, y mirando cual lugar era más fuerte y adónde se había de plantar la artillería. --¡Oh, cómo volaría yo con polvora gran parte deste puerto --decía--, y hiciera buena obra a los caminantes!
>
> <u>Ibíd</u>., p. 45

En cada momento, el soldado piensa de acuerdo a su propia profesión; no pasa un minuto sin que esté pensando en su capacidad destructora. La ironía se ejerce contra la mentalidad casi fantástica del soldado que piensa que sería útil destruir la montaña para beneficio del caminante. Se pone en solfa por tanto no sólo este modo de pensar, sino también el afán de destrucción.

A este tipo de crítica, se añade a continuación otro calificativo destructivo de la soldadesca:

> --Entretengámonos un rato que la ociosidad es madre del vicio; juguemos avemarías...
> El soldado dijo:
> --No sino juguemos hasta cien reales que yo traigo, en amistad.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 45

El soldado siempre que haya oportunidad de jugar a los dados o a los naipes, tiene que jugar todo su dinero. No puede aparentemente pasarse el tiempo jugándose avemarías, como aquí propone el ermitaño. La ociosidad, madre de los vicios, es el camino de perdición de la vida soldadesca; destruye al soldado tanto física como mentalmente. El soldado, aunque se cree buen jugador, pierde frente al ermitaño que demuestra tener más habilidades:

> --¡Pesia tal! --decía el pobre alférez--, (que

> él me dijo entonces que lo era). --entre moros y luteranos me he visto, pero no he padecido tal despojo.
>
> Ibíd., p. 45

El soldado que se quería jugar la fortuna contra un pícaro y un ermitaño, pensando que era más entendido en las trampas y las suertes del juego, resulta vencido. Se da cuenta de que ya la profesión militar no es la única profesión que permite la ociosidad necesaria para aprender los trucos y vicios del juego. A continuación demuestra una condición de mal perdedor al desahogarse a la mañana siguiente con el posadero:

> El pobre alférez hundía la casa a gritos, pidiendo que le diesen los servicios...se levantó el soldado con la espada trás el güesped, en camisa, jurando que le había de matar porque hacía burla dél (que se había hallado en la naval, San Quintín y otras), trayendo servicios en lugar de los papeles que le había dado.
>
> Ibíd., p. 46

Tanto es el enfado del soldado por haber perdido su escasa riqueza la noche anterior, que culpa de todo al posadero al no poder encontrar sus papeles. Para el soldado estos papeles representan lo más importante de su vida militar y su pérdida sería la desgracia final de una vida trabajosa.

Aunque en esta novela, el soldado tenga un papel secundario, vemos que se apuntan algunas características negativas de su profesión. La experiencia de la vida que el pícaro Pablos adquiere gradualmente le viene de las personas que encuentra y la influencia que éstas tienen sobre él.

Aquí se puede notar que lo que aprende del soldado es a engañar. A través de esto, vemos que a medida que va desintegrándose la vida militar, tanto como los ideales militares, la figura del soldado y la del pícaro van acercándose la una a la otra.

Pablos encuentra otro soldado cuya figura acentúa otras características militares de la época que tienen más que ver con la delincuencia del pícaro que en la propia degeneración del militar como figura literaria:

> Hacíase soldado y habíalo sido, pero malo y en partes quietas. Contaba extraños servicios suyos, y a título de soldado entraba en cualquier parte.
> <u>Ibíd</u>., p. 56

Este soldado se presenta como el anterior; mal vestido, pobre, deshecho, pero ufano. Regresa a su país considerando que tiene los mismos derechos que aquellos que han sido famosos y victoriosos. El hecho de ser soldado junto con los documentos que lo acrediten así, le daba los derechos de mayores y más importantes personajes; este tipo de <u>soldado</u> se aprovecha de su condición fingida para conseguir las ventajas inherentes a la profesión militar.

La sociedad está formada de tal manera que permite esta posibilidad de asumir el papel de otros y en esta novela se acentúa aquella costumbre. Se nos presenta así la figura del militar de la época en total corrupción, degeneración y delincuencia. Tal y como se presenta, llega a ser una figura de delincuente a un nivel parecido al del pícaro mismo.

Notas

1 'órgano': (Dicc. de la Real Academia); Aparato refrigerante formado por una serie de tubos de estaño, alrededor de los cuales se ponía nieve o hielo y dentro el líquido que se trata de enfriar.

2 Castro, Miguel de. <u>La vida del soldado español Miguel de Castro</u>, Ed. cit., (c.f.) pp. 80-84

3 Maravall, J. <u>Estado moderno y mentalidad social</u>, Ed. cit., pp. 522-543. (C.f. Capítulo intitulado: <u>La tèndencia a un principio de conformidad</u>.

4 'entretenimiento' (<u>Dicc. de la Real Academia</u>); ant. Ayuda de costa, pensión o gratificación pecuniaria que se daba a uno para su manutención.
'ventaja'(<u>Ibíd</u>.); Sueldo sobreañadido al común que gozan otros.

5 Pfandl, L. <u>Introducción al siglo de Oro</u>, Ed. cit., p. 68
Era más que conocida esta manía de los soldados de la época; hasta se cubrían de heridas para merecer las pensiones que se daban a otros. En otros términos, los soldados pasan al estado mantal de delincuencias juveniles para poder conseguir su sustento.

Capítulo VIII

El soldado conquistador en el Marcos de Obregón

En la dedicatoria de La vida del escudero Marcos de Obregón, Vicente Espinel señala que nos va a contar la vida de un 'escudero' [1], y que por ser tal, éste aparece como típico militar hablador:

> No será Marcos de Obregón el primer escudero hablador que ha visto V.S.I....más será el primero escudero que se ha confesado por ignorante.
> Op. cit., Ed. cit., p. 1151

Marcos de Obregón, escudero y por tanto 'hablador', [2] sale descaradamente en búsqueda de su fortuna. Como los demás pícaros que hemos visto, pasa una primera etapa viajando por pueblos españoles buscando a quien arrimarse. La primera mención que tenemos de la soldadesca nos da el punto de vista positivista que Obregón tiene de la vida militar, o sea, la presenta de tal manera que deja entrever que tiene un prejuicio positivo en cuanto se refiere a la vida militar.

En sus viajes, encuentra un compañero que refiere un cuento antiguo de la vida militar. Este cuento, aunque muy antiguo, es aprovechado para presentar la idea que Obregón se hace de la astucia y del común apoyo de los hombres y de la vida militar. Según él, la tropa que guardaba la piara del Rey Católico, a causa del hambre e impacientándose los soldados, por la tardanza de las provisiones, matan algún

cerdo. Como consecuencia de esto, se inicia una investigación para averiguar quien es el culpable:

> El sargento mayor, que se entró en el caso, y padecía tanta hambre como ellos, mirólos sin hablar palabra. Ellos, erizado el cabello, temblándose las manos y confuso el rostro, cuando entendieron que los había de ahorcar o hacer otro castigo muy grave, el sargento mayor poniendo el dedo en la boca, les dijo: "Envíenme mi parte, y comamos todos." Con mucha disimulación tornó a su pesquisa de tienda en tienda, y cuando llegó a la suya halló entre unos trapos sucios la parte del cochino, que le pareció que había venido del cielo.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 1228

Si tenemos en cuenta que Obregón introduce sus propias modificaciones en la historia del cuento, podemos darnos cuenta de que ya tiene alguna idea fija sobre los militares y sus costumbres. Según él, los soldados son gente de muy poca paciencia y por lograr comida están dispuestos a hacer cualquier cosa. Deja entender por sus palabras sobre el castigo que han de esperar los culpables que está al corriente de la vida interna militar. Para tal delito, según Obregón, los culpables debían recibir un castigo de importancia, pero que a causa del apoyo común de la soldadesca, no sucede. La complicidad del sargento mayor nos demuestra hasta que punto ha llegado la degeneración de los ideales de la vida militar, cuando había que resolver un problema de extrema necesidad.

El pícaro, por su entendimiento aparente de la vida castrense , no nos extraña que a la primera ocasión se aliste en las filas militares:

> Yo, con el deseo que tenía de ver mundo...me

> acogí en compañía de un amigo capitán, que iba haciendo gente....Yo embarqué en una zarba, con la compañía en que yo fui, aunque con diferente capitán, porque hubo reformación, y deste segundo fui alférez en armada, de quien se dijo: "Desdichada la madre que no tuvo hijo alférez".
>
> Ibíd., p. 1235

El pícaro, por su iniciativa personal, es capaz de conseguir un puesto de ventaja por razón de la tremenda necesidad que se tenía de voluntarios para alistarse. Desde luego, el puesto de alférez en una compañía era difícil de conseguir y deseado por muchos por la importancia que se le daba y por lo bien que se estaba, ya que se combatía muy poco. Esta posición requería, por lo normal, a lo menos seis años de servicio en la misma compañía, pero se hacía excepción para la gente destinguida en el campo de batalla o para los de sangre noble.[3] Este pícaro, aunque no tiene ninguna de las cosas requeridas para obtener el puesto, asciende por tener amistad con el almirante de la armada:

> Era almirante Don Diego Maldonado, caballero de bonísimo gusto, en cuya gracia yo caí y en su desgracia nunca, por cuyo respeto me dio su bandera el segundo capitán.
>
> Ibíd., p. 1235

La armada que se forma en el puerto de Santander, nunca llega al campo de batalla; se disuelve en el mismo puerto a causa de una enfermedad que se propaga entre la tropa: la terciana:

> ...tuvó infelicísimo fin aquel poderoso ejército, no en batalla, porque no llegó a ese punto, sino que se cundió una enfermedad en los soldados, de que casi todos se murieron sin salir del puerto.
>
> Ibíd., p. 1235

Por falta de alimentación adecuada, medicinas y reglamentaciones sanitarias, las tropas españolas, sobre todo a principios del siglo XVII, corrían el riego de contraer graves enfermedades; así se perdía parte de los ejércitos españoles, incluso antes de que saliesen a guerrear. [4]

Obregón, aunque ha contraído la enfermedad, no muere. Como alférez, tiene derecho en salir de la embarcación y así se salva. El puesto que el pícaro ha obtenido, aunque le salva de la enfermedad, le causa también algunas pesadillas. Un hidalgo de su compañía quiere disputar con Obregón por ese mismo puesto militar que tiene; la disputa llega a oídos de los superiores y éstos le ordenan que vuelva al navío para arreglar el asunto:

> Un hidalguete de la misma compañía, que traía ocho o diez camaradas que procuraban con grandes esfuerzos derribarme del oficio de alférez...más se encendían las (sus) calenturas, y más se encendía el odio del envidioso.
>
> Ibíd., p. 1235

Aquí la novela nos revela algo que hasta ahora no hemos podido observar: Obregón, que ha logrado un puesto sin haber cumplido con los requisitos necesarios para el ascenso puesto que se ha servido de sus capacidades de pícaro engañador, se encuentra en dificultades con un hidalgo que está lógicamente en mejor posición para aspirar al cargo. Como ya sabemos, las dificultades internas del ejército se resolvían por medio de enfrentamientos individuales; así no debe extrañar al lector que Obregón haya debido volver al navío

para resolver el caso personalmente.

Obregón, al ver que no puede defenderse de manera militar obrando con la fuerza de la espada o de otro instrumento soldadesco, se arroja al agua junto con el envidioso sabiendo de antemano que éste no sabe nadar. Esta es la primera vez que el engaño del pícaro,--resultado directo de sus conocimientos de un militar--, ha superado el saber de los soldados. Vemos que la descripción de las costumbres militares está hecha con el poropósito de mostrar que éstas las utiliza el pícaro para ponerse al mismo nivel que los militares:

> Vino a vernos el almirante por saber que había sido conmigo la pesadumbre, y diciendo con grandísima gracia: "Estas amistades pasadas por aguas y hechas por Neptuno, yo, como almirante, las confirmo, y pues saben, señores soldados, que debajo de bandera no hay agravio, al que lo hiciere se le darán tres tratos de cuerda, y al que lo sufriere le tendrán por muy honrado soldado, considerado y cuerdo.
>
> Ibíd., p. 1236

Esto señala por una parte, la dureza del castigo del soldado que tenía queja en contra de un superior al no saber defenderse bien en un momento dado, y por otra, el estado al cual ha llegado la milicia: el pícaro ha sabido manejarse bien y por su actitud y el resultado de sus acciones es alabado mientras que el soldado, descrito como envidioso y cobarde, es castigado. Además, el episodio pone de relieve la utilidad de tener amigos en altos puestos militares, incluso es de más valor que la categoria social de nacimiento. La costumbre militar sirve más al que la

conoce y se aprovecha de ella, que el rango social de aquél que se pretende superior sólo por ser de clase hidalga. [5]

Este episodio termina de manera muy distinta a los que ya hemos visto. Después de que la terciana causara enormes estragos en la armada, podemos notar que Obregón, uno de los supervivientes, queda libre de todo deber ante aquella armada. La enfermedad ha atacado aún a los jefes de ella y los que quedan se dispersan por el país sin más preocupaciones. Este hecho deja ver que la armada había dado fama a los que quedaron de ella y entonces:

> Aunque no iba muy recio ni convalecido, llevaba algunas gallinas de soldado, y como aquella armada había dado tan grande tronido, todos gustaban ver soldados della. Las mujeres particularmente, como más noveleras, salían a ver cualquier soldado que venía.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 1236

Obregón, teniendo algunas monedas que le habían dado en la armada, se va por el país en búsqueda de otras aventuras. Así, como buen soldado, tiene que guardar las costumbres militares y, por consiguiente se plantea el problema de mujeres que hasta ahora ni siquiera había mencionado. Las mujeres de mala reputación solían buscar pretendientes entre las filas militares, así que él, en tanto que soldado, también es perseguido por ellas. [6]

Al llegar a Bilbao, una vizcaína de buena reputación se siente atraída por él y a raíz de sus insinuaciones, Obregón se encuentra en dificultades; primero por ser castellano, por entonces extranjero al país, y segundo, por ser

soldado. El va en seguimiento de la mujer como el conquistador detrás del pensamiento de nuevas tierras que conquistar. Paseando un día con la muchacha, se encuentra con un grupo de vizcaínos que lo cercan y le hacen tanto daño que debe guardar cama varios días. Habla de sí mismo después de aquel encuentro como un hombre 'molido':

> ¡qué bien pasar de estudiante a soldado, profesiones tan honradas, y después de soldado a molinero, y no a molinero sino molido!
>
> Ibíd., p. 1239

El soldado español, considerado anteriormente como valiente, honrado, astuto y cuerdo, ha sido apaleado por cuatro rufianes a causa de una mujer. Cabe señalar que el soldado español no era bien recibido ni aún en su propio país, sobre todo si venía de otra parte de la península que no fuera la suya y se mezclaba con las mujeres de la región que visitaba. La mala suerte persigue al pícaro: sus pasos le llevan a Zaragoza donde se encuentra con otros soldados de su condición y estado social. Todos se encuentran en la misma situación, es decir, en la ociosidad. Estos soldados, al no tener nada que hacer, se divierten jugando a los naipes y en otros juegos. El peor de todos, según Obregón, es el juego de naipes que le diera más inquietudes que placer por haberse convertido en vicio en vez de pasatiempo:

> Vicio contra la caridad, lleno de ira insolente en el que gana y de humildad forzosa en el que pierde, y que arrastra de manera a quien lo sigue, que no le deja voluntad para otra cosa.
>
> Ibíd., p. 1240

Tanto es el odio que le tiene al juego, que después de

haberlo catado y haber sido despojado, señala que aquél que empieza a jugar necesitará ayuda del cielo para dejarlo. Este vicio, por ser practicado con tanta regularidad por los soldados, permite que éstos acaben rápidamente con la poca fortuna que lleva Obregón. Al perder, Obregón se desengaña de la vida militar y regresa a su vida de vagabundo civil, en cuya condición encuentra gran variedad de amos.

Sus aventuras militares de tipo personal no reaparecen hasta el Descanso II del Libro Segundo. Obregón no puede encontrar suficientes recursos como para vivir con comodidad sirviendo a otros amos que no sean el Rey, y a éste en las filas armadas, así que se embarca en la primera ocasión para irse a Italia. Lo que le decidió a alistarse en las filas militares fue el reclutamiento para las batallas de Africa durante el reinado de Felipe II. Obregón decide ingresar:

> ...toda Castilla y Andalucía se movió a ir sirviendo a su rey con el amor y obediencia que siempre España ha tenido...fuime a Sevilla...
> Ibíd., p. 1253

El rendir tributo a los poderes superiores es muy típico en el autor de esta novela. Anteriormente se puede notar que se ha añadido una alabanza a los poderes del conde duque de Olivares: "...que no bastó la diligencia del Conde de Olivares, excelentísimo ministro, capaz para gobernar un mundo, discreto, sagaz y sabio en todas materias." (Op. cit., Ed. cit., p. 1236). [7] No nos extraña, por consiguiente, que Obregón se aliste a las filas militares aparentando tomar a pecho los mandatos reales que piden soldados.

Al llegar a Sevilla, Obregón se da cuentade que tendrá que esperar algunos meses antes de poder embarcarse hacia Italia. Estando pues en aquella ciudad, encuentra a otros que están esperando la misma suerte: [8]

> ...una especie de gentes que ni parecían cristianos, ni gentiles, sino su religión es adorar en la diosa Valentía, por que les parece que estando en la cofradía los tendrán y respetarán por valientes, no cuanto a serlo sino a parecerlo.
> <u>Ibíd</u>., p. 1253

Tampoco aparecen extraños los militares que se reunen para formar una cofradía de personajes que requieren una alabanza de los otros. Estos soldados forman parte de este agrupamiento para aprovecharse de su prójimo, pidiendo los mismos respetos, saludos y cortesías que los nobles de la época, sólo por considerarse 'valientes'. Obregón nos da un ejemplo de la vanidad de estos soldados: él, andando por las calles, por casualidad choca ligeramente con uno de ellos. El soldado se vuelve hacia Obregón y le dice:

> Señor marquesote, ¿no mira cómo va?
> <u>Ibíd</u>., p. 1253

Obregón, para no dar importancia al hecho se excusa con humildad y gentileza; el soldado, sin embargo, no se lo perdona tan rápido. Echa la mano a la espada para castigar al pícaro (como tal viene vestido Obregón) para vengar con sangre la afrenta. Obregón, que no lleva armas, recurre a sus trucos de pícaro para defenderse y desarma al soldado. El valiente echa a correr por las calles hacia donde se encuentran sus amigos:

> ...y el bellacón entró muy descolorido, sin espada, ...la capa arrastrando, la cara llena de sangre, y preguntándole que había sido, respondió que lo cercaron treinta hombres y abrazándose con él le sacaron la espada, y habiéndole herido, a bocados se libró dellos y le había sacado las narices a uno dellos de un bocado, y que iba por una espada y rodela para hacelles pedazos a todos.
>
> Ibíd., p. 1254

Este episodio marca las diferencias que existen entre varios tipos de soldados. Los unos, como Obregón, están dispuestos a obedecer los mandatos reales aunque fuese por sus razones personales y su necesidad de mantenimiento; otros, sin embargo, están dispuestos a cometer toda suerte de trampas para obtener los fines que quieren, obligando a los demás a seguir sus órdenes utilizando su profesión de soldado y su agrupamiento en una banda como refuerzo material de sus hechos. Cabe señalar otra vez, que el pícaro se describe de manera que deja suponer que ha llegado a poder superar a este tipo de soldado, mostrándose otra vez como el 'conquistador'.

Obregón pasa algún tiempo en Sevilla donde encuentra algunos obstáculos más, uno de los cuales es el encontrar otro tipo de soldado que le presenta ocasión de ver su propio desengaño con la soldadesca en general. Se da cuenta de que había estado buscando en la milicia las aventuras, las fortunas a las cuales había tanto estimado anteriormente. Se da cuenta ahora de que éstas resultan provechosas o convenientes a muy pocos de su profesión. Se encuentra:

> ...muy atrás de lo que había profesado.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 1254

Obregón es consciente de su propio desengaño. Los soldados que había defendido al principio de su cuento o son partidarios de la vida picaresca, tales como él, o pertenecen al agrupamiento de valientes ya señalados, o son partidarios de la ociosidad completa:

> Llorame el corazón gotas de sangre cuando veo prendas de tan valerosos capitanes y doctísimos varones rendidas a un vicio tan poltrón como la ociosidad; quéjase el ocioso de su desdicha y murmura de la dicha del que, con gran diligencia, ha vencido la fuerza de su fortuna; tiene envidia de lo que él pudiera haber granjeado con ella. El ocioso ni come con gusto, ni duerme con quietud, ni descansa con reposo; que la flojedad viene a ser verdugo y azote del dejamiento y pereza del ocioso.
> Ibíd., p. 1261

Anteriormente vimos que Obregón ha pasado tiempo en juegos de naipes. Sin embargo, siempre ha podido sacudirse el vicio de la ociosidad y ir trás algún tipo de empleo con el cual poder vivir. Ahora se encuentra con soldados veteranos de otras guerras, valerosos en sus deberes, practicando el vicio de la ociosidad sin poder decidirse a cambiar de estado. El ocio les ha estropeado más que las guerras.

Obregón se aparta de este ambiente que no le satisface, alistándose al servicio del duque de Medinasidonia que tenía un galeón listo para salir hacia Milán. Al salir del puerto Sevillano, el galeón es perseguido por numerosas galeras turcas que imponen miedo a los soldados hispánicos. Al ver que no hay escape posible, los veteranos se juntan y decid combatir hasta el final:

> Estando ya con determinación de morir o echarlas a fondo, disparó nuestro galeón dos piezas tan venturosas que desapareció una de las quince galeotas, y en el mismo punto nos vino un viento de popa tan desatado que en un instante perdimos de vistas las galeras.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 1263

Los soldados veteranos, como los reclutas que al principio de la novela se mostraban más bien valerosos, actúan aquí con valor sólo cuando se ven forzados a hacerlo.

Al igual que en otras partes de las novelas picarescas que hemos señalado, los soldados que se encuentran en el <u>Marcos de Obregón</u> están atormentados por las fuerzas de un mal que ni siquiera pueden combatir: las tempestades del mar:

> Y al tercero día de la borrasca comenzó la popa a desencajarse y a crujir...con esto comenzaron a desmayar los marineros, determinados de dejarnos y entrarse de secreto en el barcón que venía amarrado a la popa. Pero siendo sentidos de los soldados que no venían mareados, se lo estorbaron.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 1263

De lo ya mencionado sobre la actitud del soldado hispánico frente a las tempestades del mar, vemos que aquí no han cambiado sus características, sino que se han ido acrecentando. Los soldados tienen tanto miedo de ahogarse al no saber manejar el galeón, que impiden a los marineros salvarse; les fuerzan a mantener sus posiciones aún sabiendo que todos podrían morir.

La tempestad termina antes de que el galeón perdiera demasiada gente, y cuando alcanza una isla desconocida, Obregón, junto con unos compañeros, se van al interior del islote y son apresados por unos africanos que también fueron

llevados allí por la tempestad.

Los turcos, al igual que los españoles, buscan prisioneros para obtener alguna fortuna de sus parientes al intercambiarlos o simplemente para que sirvan de esclavos en las galeras:

> ...vimos asomar por la boca de la cueva botones colorados y alquiceles blancos; pusímonos en pie, y al mismo tiempo nos vieron..."Rendíos perros." "Rendí presto que torco extar." Pusieron los dos compañeros mano a las espadas queriéndose defender.
> Ibíd., p. 1266

Aunque sorprendidos por estos enemigos y viéndose en desventaja, los españoles están determinados a defenderse lo mejor qué puedan. Además, los turcos están armados con mosquetes, con lo que los españoles no tienen con qué lógicamente poder defenderse bien. Obregón les indica la inutilidad de tal acto de desesperación y él mismo se rinde a los turcos:

> Yo les dije: "¿De qué sirve esa defensa si nos pueden dejar aquí anegados a pura piedra, cuanto más con las escopetas que vemos?" Y a ellos les dije: "Yo me rindo al que habló español, y todos a todos; y vuestras mercedes pueden bajar a refrescarse, o si no subirémoseles agua, pues somos sus esclavos."
> Ibíd., p. 1266

Aunque sus amigos quieran defenderse lo mejor posible, Obregón decide tomar la iniciativa y se rinde; así, por lo menos, tendrá alguna posibilidad de aprovecharse de las oportunidades que se le presenten. Esta decisión, aunque parcialmente una traición de sus deberes como soldado, nos revela hasta que punto el pícaro sabe manejarse en las costumbres guerreras de la época. [9] Oregón se demuestra, a continuación,

aunque militar poco valiente, como pícaro cuerdo, consciente del profundo sentido de la vida y de su libertad, incluso estando dentro de la profesión militar:

> Mis compañeros, muy tristes, y no muy en el caso, porque en todas las desdichas que a los hombres suceden, no hay remedio más importante que la paciencia. Yo, aunque la tenía, fingiendo buen semblante, sentía lo que puede sentir el que siempre habiendo sido libre, entraba en esclavitud. La fortuna se ha de vencer con buen ánimo.
> Ibíd., p. 1266

La suerte de los soldados españoles en manos de sus adversarios, los turcos, es igual a la de los turcos en manos de los españoles: la mayoría de ellos son maniatados a los bancos de los remeros en las galeras, permaneciendo allí hasta que mueren o pueden escaparse. Obregón aparece otra vez como el 'conquistador' (dueño) de la situación, y mostrándose elocuente, escapa ese tipo de vida. Al rendirse al turco que hablaba español y tratarle de hombre principal, se entrega al servicio doméstico, es decir, el turco lo lleva a su propia casa como esclavo y le da como trabajo enseñar el catolicismo a su hijo para que éste pueda volver a España y seguir con los negocios que su padre había tenido que abandonar a razón de la expulsión de los moriscos durante el reinado de Felipe III.

Obregón, después de una temporada en la ciudad turca de Argel, consigue escaparse de su esclavitud. Al volver a España se alista en las filas militares destinadas a servir en Italia. Al llegar allí, actúa como si se hubiese quedado en su propio país, es decir, espera que los italianos se porten

con él como lo harían sus compatriotas.

Andando una noche hacia Milan, Obregón se pierde y pide orientación a unos paisanos italianos. Estos lo enganan y al darse cuenta de la burla, Obregón les trata muy mal utilizando palabras de las cuales no conoce el significado. Los paisanos, injuriados, se defienden con piedras, pronto salen los cuchillos y Obregón queda herido. Su reacción al enfrentamiento es totalmente contraria a la reacción de un soldado común y corriente de la época. La culpa de todo es suya:

> Esta vez no me quise quejar de mi desdicha, sino de mi poca consideración; que estando en tierra no conocida quise hacer lo que no hiciera en la mía: que los españoles estando fuera de su natural, se persuaden en entender que son señores absolutos... Que por la misma razón que pensamos ser señores del mundo, somos aborrecidos de todos...
> Ibíd., p. 1293

Al no entender la gente de los pueblos extranjeros, los españoles, sobre todo el soldado, se daban cuenta de que su valor en el pueblo conquistado no era lo que creían al principio. Encontraban que su ambiente propio les era más importante que las riquezas y la fama que, al fin y al cabo, no conseguían. [10] En Italia, como en las Américas y los Países Bajos, el hecho de que los soldados fueran en gran parte forzados les hacía imponer su voluntad a las gentes conquistadas. Aquí, como en otras partes de esta novela, Obregón se da cuenta de la pérdida de la calidad de los individuos militares y el resultado de ello.

Al llegar a su destino en Italia, Obregón observa

que los empleos de los soldados en aquel país no tenían mucho que ver con la guerra; estaban a las órdenes de los gobernadores de aquella nación. La conquista, y por ende, la vida aventurera de los militares se había terminado:

> ...me hallé en Alejandría de la Palla entre soldados españoles que metían la guardia a don Rodrigo de Toledo gobernador della.
> <u>Ibíd</u>., p. 1296

Esta situación dejaba a Obregón sin posibilidades de seguir adelante con el desarrollo de su carrera militar y el odio que se tenía en aquel poblado a los militares, y todo lo que era español le impedía el seguir con sus empleos picarescos; así dice:

> Pasé en Milan tres años, como hombre que está en la cama, contando las vigas del techo trescientas veces, sin hacer cosa que importase, lo uno por ser siempre indispuesto, lo otro por lo poco que entre soldados se ejercitaban los actos de ingenio.
> <u>Ibíd</u>., p. 1297

El soldado español destinado a las tierras italianas se encuentra con poca o ninguna actividad bélica importante. A razón de ello, éste cae en la ociosidad y la pereza que anteriormente condenaba. Los últimos años de su estancia en aquel país refleja las hostilidades que el pueblo italiano tenía para con los soldados españoles; las gentes conquistadas han perdido todo el respeto que anteriormente les otorgaban a los soldados españoles:

> ...me dejó (su mozo) plantado sin decir palabra, que era un pueblecillo pequeño, donde no hallé cabalgadura ni aun persona que me respondiese palabra buena, por ser español y por ir en traje de soldado: de manera que ni la humildad ni el término

> apacible ni la paciencia me aprovecharon para dejar de ir a pie y sin compañía por tierra no conocida y madrasta de los españoles.
>
> Ibíd., p. 1303

Los soldados españoles, por sus ambiciones individuales, son aborrecidos con las mismas pasiones que anteriormente eran respetados. Por ser soldado y español, Obregón se da cuenta de que tendrá que proseguir sus viajes y satisfacer sus necesidades básicas robando y engañando lo mejor que puede a la gente que le muestra un mínimo de simpatía. Entonces, Obregón recorre las cortes italianas que tampoco le resultan provechosas por las mismas razones que anteriormente mencionamos. Finalmente decide volver a su país:

> Determiné de quitarme de tanto ruido como el de la corte y buscar quietud en tierra más templada que es Castilla.
>
> Ibíd., p. 1335

Al volver a España, sin embargo, se da cuenta de que allí a los soldados se les tiene en tan poca estima como en Italia, así que se convierte en 'escudero', y es 'hablador', precisamente lo que condenaba antes de salir en búsqueda de aventuras en la milicia.

Es de notar que la vida de Obregón y su fin es muy parecida a la del escudero del Lazarillo de Tormes, aunque en esta novela, la vida del militar ha cambiado suficientemente como para permitir al pícaro seguir con su vida de delincuente incluso siendo soldado, cada vez conquistando sus dificultades de una manera más picaresca que militar. Al final, se dedica al servicio doméstico de un señor poderoso para seguir su vida en suficiente comodidad, que

es lo que precisamente el escudero del Lazarillo iba buscando.

En esta novela, vemos que Obregón pasa por diferentes fases de la vida militar. Como representante de la vida castrense en la época, se ha de notar que siempre que está en dificultades, recurre a su vida picaresca para aprovecharse de cualquier ocasión y ponerse a salvo. Como representante de la mentalidad soldadesca, vemos que, aunque es soldado, sus deseos de libertad y de aventura no le dejan obrar como militar profesional. Sus conquistas se hacen a base de sus trampas y sus aventuras militares acaban con un retorno a la vida de servicio doméstico.

Notas

1 'escudero': (Dicc. de la Real Academia): El que en lo antiguo llevaba acostamiento de un señor o persona de distinción, y tenía la obligación de asistirle y acudirle en los tiempos y ocasiones que se le señalaban.

2 Blanco-González, B. Op. cit., Ed, cit.,: el fenómeno del escudero y de su vida como paje o sirviente es un de los temas centrales de este estudio.

3 Deleito y Piñuela, J. El declinar de la monarquía española, Ed. cit., pp. 170-2, y:
Maravall, J.A. Estado moderno y mentalidad social, Ed. cit., p. 523. Citamos:"Por de pronto, al soldado ya no le ha de servir la mano tan solo para empuñar el arma, sino, como instrumento al servicio de la razón, para ejercerse también en un terreno de operaciones muy distintas de las que requería la tradición guerrera, pero en las condiciones de la nueva situación, muy necesarias militarmente: las operaciones aritméticas. "Que sepan los más escribir y contar, especialmente los alférez que han de tener un sumario de los soldados de su compañía" -tal es la recomendación del capitán y famoso ingeniero, Cristobal de Rojas."

4 Cabrera de Córdoba, Luis. Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España, 1598 - 1614, Ed. cit., pp. 14, 18, 27 y 32, y Felipe II, Rey de España, Ed. cit., pp. 238 - 242.

5 Así como lo hemos expuesto en la cita que precede, los artes 'mecánicos' llegan a cobrar más importancia en el nuevo estilo bélico, por lo tanto, aún el pícaro es de más importancia a la milicia que aquél que se pretende de clase social más elevada.

6 Cespedes y Meneses, G. Poema trágico del español Gerardo y desengaño del amor lascivo y La vida del soldado Píndaro en B.A.E, Vol. 18, Madrid 1928. Estas dos novelas tratan del amor desde el punto de vista de los soldados de la época (1615) y de ellas vemos que la costumbre aludida en nuestra tesis era más que evidente en los campos militares.

7 Se puede notar que la alabanza a los poderosos de España no se da tan claramente en otras novelas picarescas. Las razones para esta alabanza queda posiblemente en el hecho de que quiere presentar el protagonista engañándose a sí mismo, viéndose en tales escalas sociales; atravesando las dificultades de la milicia, quiere ser semejante a estos señores. La fuerza de esta alabanza contradice el fin de la novela en el cual Obregón tiene que cambiarse de pícaro a soldado para subir de rango social y que lo único que concretiza es el tener que cambiarse de soldado a pícaro. Hay que notar también que aunque la novela tiene como fecha de publicación la de 1618; (Valbuena Prat, A. Op. cit., Ed. cit., p. 1150), hay mención en el texto mismo de la obra al pasado del gobierno de Felipe III: "En tiempo del potentísimo Rey Felipe Tercero..."(Ibíd., p. 1180); así mismo, hay una mención del celebrado secretario de Felipe IV, Gabriel Zapata:(Ibíd. p.1156). Aunque no nos preocupa la fecha de publicación de esta obra, hemos de señalar que existe una d screpancia en lo que hemos leído.

8 Las descripciones que tenemos de esta ciudad española en la obra de J. Deleito y Piñuela, La mala vida en la España de Felipe IV, Espasa-Calpe, Madrid 1959, pp. 49-54, presentan una clara visión de las dificultades encontradas en esta misma ciudad por los soldados que esperaban sus flotillas.

9 Esta costumbre militar está largamente descrita en: Castro, Miguel de. Vida del soldado español Miguel de Castro, (1593-1611), Espasa-Calpe, Madrid 1949. pp.43-47

10 Picatoste, D. Felipe. Op. cit., Ed. cit., pp. 189-204

Capítulo IX

El soldado cobarde en El donado hablador

En los años anteriores a la fecha de publicación de El donado hablador don Alonso --1624-1626--, vinimos viendo como la figura del militar eraconsiderada como representante de un grupo social del cual se permitía una severa crítica. La picaresca de Jerónimo de Alcalá no añade rasgos significativos al tratamiento de este tipo social. Más bien se inscribe de lleno en la tradición que, como hemos visto, inició la Vida del Buscón de F. Quevedo. Si hubiera que destacar algún aspecto peculiar en esta obra de Alcalá, apuntaríamos el énfasis que se pone en presentarnos la figura del soldado cobarde y el 'joven' como soldado.

No es de extrañar, entonces, para el lector, que el primer amo con el cual se encuentra este pícaro, fuera un capitán de infantería quien va por España buscando gente para completar sus tercios:

> ...busqué modo de vivir; y viendo que un capitán de infantería levantaba gente para Italia, le fui a hablar...No se hizo rogar mucho el capitán, y pareciéndole que estaba a cuenta de recibirme, haciéndome grandes ofertas si con él me iba, me recibió, y yo quedé con él con demasiado contento.
> Jerónimo de Alcala. Op. cit., Ed. cit., p.141

Algunos jóvenes, como Alonso, se unen al ejército voluntariamente por la necesidad de buscarse el sustento, por sus

deseos de aventuras y la creencia en un sumo enriquecimiento rápido en los campos militares. [1]

Los capitanes que tienen que completar forzosamente sus filas de soldados, al dar con estos jóvenes inexpertos, aprovechan la ocasión para todo tipo de propósitos personales:

> En efeto, el bueno de mi amo hacía de mí más transformaciones que un Ovidio; por que unas veces quería que le sirviese de soldado para las pagas, otras de muchiller para servirle.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 151

El soldado, sobre todo el joven, servía en diversos oficios, según se le necesitaba. [2] Este capitán se aprovecha de la juventud de Alonso para hacerle figurar en distintos puestos dentro de su campamento para cobrar más sueldo. Al necesitarlo en cualquier posición, lo cambiaba sin muchas dificultades ya que los reglamentos militares eran relajados hasta tal punto que los superiores de los campamentos no guardaban la cuenta precisa del número de sus seguidores, ni tampoco el rango militar que tenían.

Además de mostrarse engañador a muchos niveles, el capitán se muestra avaricioso con las personas que no forman parte de su compañía. Alonso lo describe claramente:

> Era el buen hombre ancho de conciencia, nada escrupuloso, todo lo remetía a la misericordia de Dios, y nada dejaba para su justicia: de suerte que con ser un poco más libre que lo debiera; podíame dar quince y falta.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 151

Aunque el pícaro haya aprendido cada vez más las varias maneras que tenía para ganarse el sustento a medida de que

iba encontrando gente, este capitán de infantería le sobrepasa en el saber trocar su propia suerte. Alonso admite claramente que este soldado le podría enseñar muchas maneras de engañar además de las que conoce ya. El soldado supera al pícaro en su sabiduría picaresca.

Aunque el capitán se demuestre muy liberal en cuanto a las demás clases sociales, tiene algún sentimiento de los deberes militares. Actúa como defensor de sus soldados y es organizador de expediciones fuera del campamento para buscar lo necesario en alimentos y dinero. Aunque actúe como ladrón, es imposible negar que tiene características genuinamente militares por cuanto se muestra representativo de los soldados con jerarquía de mando, lo que se nota al defender sus soldados frente a acusaciones de la gente común. Dice a un pastor que se queja de la desaparición de sus ovejas:

> --Sois villano mal nacido y mentís; que yo no traigo en mi compañía dese modo: si mis soldados fueran no dejaran ninguno...
>
> Ibíd., p. 151

El capitán despide a los que se quejan formalmente ante él por la conducta de sus soldados. A otro labrador dice:

> --Señor tengo en mi casa un huésped tan mal acondicionado y tan terrible, que no le puedo contentar con los regalos que traigo a la mesa; pídeme imposibles y lo que no se halla en esta tierra; trátame mal y ha puesto en mí las manos; vuesa merced me ampare y remedie estos daños...
> --Sois un grosero ignorante, ¿no echaís de ver que ese hombre os pide dineros? Dáselos que con ellos le volveréis pacífico, amoroso y más blando que una cera.
>
> Ibíd., p. 151

De estas palabras se pueden deducir muchas características fundamentales de los soldados de la época. Primero, habría que señalar que los soldados tenían la reputación de apoyarse demasiado sobre la gente civil para todo lo que les hacía falta: alojamiento, comida, mujeres y dinero. Los soldados tenían costumbre de saquear los lugares por donde pasaban, fuese de unas ciudades, pueblos o casas de enemigos. Al entrar en la casa de un civil, los soldados actuaban como si estuviesen en campo de batalla después de alguna victoria, es decir, se llevaban lo que querían. Los capitanes y gente con rango superior no hacían nada para corregir la poca disciplina de sus seguidores, antes bien, se mostraban en total acuerdo con ellos. La razón de esto era muy sencilla: los superiores se llevaban parte del botín del soldado, tanto en tiempos pacíficos como de guerra.

El capitán señala el origen de todos los defectos militares de la época: el dinero. Hasta ahora hemos ido apuntando que los pícaros eran enrolados en las fuerzas armadas como forzados a las galeras o como voluntarios buscando su provecho personal: aventuras, conquistas, fortunas. Aquí tenemos la primera mención del soldado mercenario, el soldado que combate sólo por la paga mensual o esporádica. Nada se dice de heroísmos, de valentías, de los deberes de los ciudadanos hacia su rey y su patria. El soldado que cobra algún dinero, que tiene alguna moneda para comprar las necesidades se vuelve pacífico.

Los soldados de aquel tiempo se consideran dueños y señores de todo lo que está a su alcance, pase lo que pase, hasta tal punto que Alonso cuenta haber visto un labrador sembrando su huerta, diciendo mientras echaba sus semillas de trigo:

> --Una para Dios, una para nos y ciento para los soldados.
>
> *Ibíd.*, p. 152

La soldadesca, sin embargo, no es en sí totalmente culpable de su estado de corrupción, de degeneración y de todos los males que representa. Los soldados, según Alonso, llevaban, a pesar de todo, una vida dura:

> ...el rigor del erizado invierno, sus insufribles fríos, nieves y escarchas; el intolerable calor del sol; su poco regalo, pues contentos con una cabeza de ajos o cebolla, y cuando mucho, con un poco de cecina mal curada, se ponen a la inclemencia de los cielos, y con su continuo cansancio sustentan al regalado rico.
>
> *Ibíd.*, p. 154

Aunque se podría decir que Alonso está echando la culpa a otro sector social, también señala que la vida del soldado requería un tanto de esfuerzo por ejemplo en lo que toca a las inclemencias del tiempo en los distintos teatros de guerra. Además, sus trabajos y esfuerzos eran pagados con muy poca comida y con menos dinero. Dicho esto, se puede entender que el soldado se veía forzado a llevar un tipo de vida de delincuencia al estilo picaresco, robando cuando podía, comiendo si tenía algo y sufriendo siempre.

La indisciplina y la delincuencia de la soldadesca se

refleja claramente en otro pasaje de esta novela:

> Muerto el capitán, los soldados se desmayaron, huyendo cada uno a más correr, procurando poner en salvo la vida de los que ya nos venían a los alcances, como hombres perdidos y rematados.
> <u>Ibíd</u>., p. 155

El capitán ha sido el defensor, el organizador de su compañía. Sin él, los soldados huyen del más minimo peligro como una banda de cobardes. Ni siquiera les queda el deseo de vengar a un camarada, un jefe de compañía que les había defendido en todo; el sentimiento del honor militar ha desaparecido totalmente.

La degeneración de la profesión militar ha llegado a extremos alarmantes. La crítica, reside en resaltar el hecho de que los militares están ociosos y mal provistos, lo que motiva la delincuencia incluso entre los con jerarquía de mando, quienes, con el modo de obrar que hemos visto en esta novela, no solo no castigan, sino que participan directamente para mejorar su posición a costo de la población civil e incluso de su propio país.

La muerte del superior provoca entre los soldados un temor indescriptible. Una vez que ha desaparecido el eje alrededor del cual los soldados han podido sobrevivir, su cobardía les impulsa a dejar la compañía y pueblo donde están alojados para seguidamente esconderse en donde puedan.

Notas

1 "Y en un AVISO de la época, citado por este escritor militar, se dice: 'Casi todos los soldados que se alistan son muchachos, que es lástima y compasión de verlos con las espadas arrastrando, y lo mismo son, poco más o menos, los oficiales. ¡Miré usted qué gentiles soldados, y cómo pelearán¡ ' ". Deleito y Piñuela, J. El declinar de la monarquía española, Ed. cit., p. 192

2 Picatoste, D. Felipe. La grandeza y decadencia de España, Ed. cit., p. 196. Citamos: "...muchos se ausentaban con otro nombre y edad como cocheros...y otros eran reclutados a medida de engaños, por la fuerza y por tan extraordinarios procedimeintos...Los capitanes, unidos para este fin á la gente más perdida...engañaban a los jóvenes llevados á la corte, les seducían con promesas, les comprometían a servir al capitán, resultando de aquí su alistamiento, los embrigaban haciéndoles firmar el compromiso del servicio, los asustaban con penas horribles, los secuestraban hasta que se afiliaban en una compañía y los obligaban á cometer faltas y delitos que no eran perdonados sino entrando en el servicio.

Capítulo X

El pícaro soldado en el Estebanillo González

Para facilitar la comprensión de la figura soldadesca que presenta el Estebanillo González, es útil fijarse en la siguiente cita tomada de una novela picaresca publicada dos años antes: La vida de don Gregorio de Guadaña (1644). Su autor, Antonio Enríquez Gómez, aborda los problemas de su época con una actitud un tanto filosófica:

> El que nació de ánimo humilde, hallándose incapaz para la guerra, procura su comodidad, buscando los oficios que tienen menos riesgos de la vida; después entra el agradar a los superiores. El que salió al mundo con muchos espíritus vitales, busca la comodidad de la guerra para su descanso, y antes de pelear mira si puede hacer presa en el amigo o enemigo, si le pagan o no le pagan, si le honran o no le honran; después entran el valor, la valentía, el ánimo y el esfuerzo militar.
>
> A.E. Gómez, Op. cit., Ed. cit., p.789

La crítica que este autor hace contra la sociedad no se dirige en particular a un grupo específico sino que la presenta de una manera generalizada. Lo que le importa señalar es el mal funcionamiento de esta sociedad. Las líneas que hemos citado hacen referencia al ejército en particular y la situación que él observa aquí es la misma que puede constatar en cualquier area social: la búsqueda de la comodidad de cada uno origina el malestar existente. Apuntado el origen del mal, ya no tiene tanto valor el preocuparse por si el origen de

los componentes del ejército, son 'humildes' o son de 'espíritus vitales', ya que todos buscan su propio provecho.

Una vez apuntada esta situación, podemos darnos cuenta que el énfasis se pone no en la diferencia de clases sino en la despreocupación general. Sucede así que la corrupción social tiende a entenderse, en cierto modo, como superadora de los límites sociales. La diferencia de clases queda borrada frente a la despreocupación y corrupción que la invade . De este modo, podemos señalar que dos tipos sociales, el pícaro y el soldado, que en origen hemos encontrado perfectamente diferenciados, en el curso del tiempo que abarcan las novelas picarescas que hemos ido analizando, han ido perdiendo poco a poco sus rasgos distintivos para terminar confundiéndose. Así tenemos que en el Estebanillo González el tipo que representa el protagonista principal es un híbrido del soldado y del pícaro difícil de definir si no consideramos su representación como tal.

Estebanillo González, desde el principio, se dedica a seguir las huellas de los soldados para conseguir alguna fortuna o fama: busca su propia 'comodidad':

> ...me planté en la playa, y el primer soldado español que encontré en ella fue un alférez del tercio de Sicilia...y díjome que su oficio era vigilia de ayudante, y víspera de capitán, que si lo quería servir, sería uno de los de la primera plana, y que esguazaría tutiplén. Yo ignorando...pensando que la primera plana era ser de los guzmanes de la primera hilera, y que el esguazar darme algún poco de dinero, y el tutiplén llegar con el tiempo a ser plenipotenciario, concedí en quedarme a su servicio.
>
> Estebanillo González, Ed. cit., p.809

Los primeros pensamientos de Estebanillo al encontrar a su salvador son las que merecen mayor atención. [1] Al no poder entender la terminología de los militares, Estebanillo da por supuesto que llegará a ser uno de los más famosos soldados de su época; en fin, tendrá la posibilidad de completar todos sus deseos y sueños más ansiados. Con esta mentalidad ingresa como servidor de alférez en las filas militares.

Aunque es muy joven, el pícaro busca su primera presa: el alférez. Este le dará de comer, una cama y quizá algo de dinero. Por de pronto, Estebanillo empieza a mostrarse orgulloso de su posición de abanderado:

> ...levando la bandera con más gravedad que Perico en la horca. Persuadíme que todos los que quitaban el sombrero a la real insignia me lo quitaban a mí, por lo cual hacía más piernas que un presumido de valiente, y me ponía más hueco y pomposo que un pavón indiano.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 809

Aunque el pícaro no tiene el puesto real de abanderado, lleva la bandera del capitán de compañía en la cual está. Para él, esta posición le permite llegar ya al primer grado de los soldados que demuestran tanta vanagloria, es decir, ha llegado a ser en sus primeros días en la milicia, igual a los soldados 'valientes' que presumen falsas glorias. El pícaro aparece tan vanidoso como los soldados a los cuales se refiere de manera tan despectiva. Pronto, sin embargo, le llegan al pícaro lo que él llama 'las mudanzas de fortuna', y con ello, le asoma el desengaño:

> ...y aunque me llegó al alma el bajar de alférez a cocinero, por repara que era oficio socorrido y de razonables percances, no le repliqué ni me di por sentido...
>
> Ibíd., p. 810

Aunque el pícaro haya tenido que rebajar su posición dentro de las filas militares, no por eso se da por vencido en su búsqueda de fortuna en la milicia. Señala que este oficio le será útil como punto de partida en su camino hacia la fortuna. Hay que señalar que este pícaro, a los trece años, se alista facilmente en la milicia, aunque sus deberes nó tienen nada que ver todavía con la profesión de soldado como tal. Su ingreso es símbolo de la dificultad de reclutamiento en la época de las guerras contra Francia, Alemania e Inglaterra, sobre todo en los Países Bajos y Cataluña, durante el reinado de Felipe IV.

Una de las razones de la vida dificultosa de los soldados en esta época se encuentra en los engaños de los proveedores de las flotas y de las fechorías de los municioneros:

> Pusieron en cadena unos patrones, porque aseguraron a los generales que llevaban bastimiento para tres meses, no llevándolo para seis semanas; por cuyo engaño quizá se perdieron muchas victorias y se malograron muchas ocasiones.
>
> Ibíd., p. 813

Los culpables de tales engaños (ya no son llamados delitos sino engaños), son castigados según la importancia de sus trampas. Aquí se señala que la mentalidad de los que ostentaban el cargo de proveedores de la armada, ya fuera de municioneros, abasteciéndola de pólvora, balas u otro

tipo de provisiones, estaba tan corrompida que los ejércitos pierden muchas ocasiones de conseguir victorias. Estebanillo no pierde ocasión de recalcarlo:

> ¡Que dello pudiera decir acerca destos y otros muchos sucesos que han pasado y pasan desta misma calidad, no solo a patrones de galera, sino a gobernadores de villas y castellanos de fortalezas y proveedores, en quien puede más la fuerza del interés que el blasón de la lealtad! Pero no quiero mezclar mis burlas con materia de tantas veras, ni aguar la dulzura de mi bufa con la amargura de decir verdades.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 813

Las aventuras de Estebanillo González están llenas de amarguras a causa de las fechorías cometidas por aquellos que están indirectamente relacionados con los soldados y el ejército, pero que causan una pérdida considerable de la eficacia de las escuadras. Esta amargura que tiene, corre el riesgo de hacer su burla demasiada seria. El autor se pone ya en una postura de desengaño burlón para presentar las crudas verdades que pretende contarnos.

Sus experiencias iniciales influyen a lo largo de su evolución personal, tanto en su vida como en su formación militar. Esto puede notarse en la siguiente peripecia: Estebanillo, como cocinero del alférez, trata siempre de llenar su olla con lo mejor que hay en la galera. Un día que no tiene nada que poner en ella, roba la carne de la olla del capitán. Al ser descubierto se le castiga con severidad rompiéndole su propia olla en la cabeza y despidiéndole de aquella bandera:

> ...pidió el capitán a mi amo que me despedies go que llegase a Palermo, porque quien hacía un cesto, haría ciento.
> Ibíd., p. 815

Las reglas militares no permiten el robo de ninguna cosa que esté dentro del mismo campamento. El soldado será despedido de su bandera si es sorprendido robando a sus compañeros. El pícaro, entonces, que tiene la costumbre de robar todo aquello que le hace falta, no encuentra muchas facilidades dentro de las filas militares si roba las cosas que pertenecen a su bandera.

Al pasar algún tiempo despedido de la milicia el pícaro se da cuenta de que no puede hacer su fortuna, ni incluso sobrevivir estando en estas condiciones, y por consiguiente, a la primera oportunidad vuelve a su amo el alférez. Llega a su tropa la orden de dirigirse hacia los Países Bajos. El hecho de que los soldados tengan que emprender su camino --desde Lombardía hasta los Países Bajos-- a pie; 'habíamos de caminar en mulas de San Francisco' (Ibíd., p. 828), le desanima mucho. Estebanillo le pide consejo a un soldado que ya había hecho una estancia en aquella tierra. La contestación de éste le incita al pícaro a salirse de aquel ambiente:

> ...--tome mi consejo y haga lo que quisiere; pero Flandes, ni aun por lumbre, porque no es tierra para vagamundos, pues hacen trabajar los perros como aquí los caballos, y tan helada y fría...
> Ibíd., p. 829

Estebanillo, al darse cuenta de que el camino hacia su destino le será demasiado trabajoso y que este país es poco

atractivo, decide escaparse:

> ...incite la mitad de mi compañía a que fuésemos a buscar otra tierra caliente; y cargando con quince tornillos, amadrigados del cuartel de Nápoles, los lleve la vuelta a Roma.
> Ibíd., p. 829

La rapidez con la cual se puede persuadir a los soldados a convertirse en desertores, explica la facilidad con que se podía hacer y la poca lealtad de los soldados en aquellos años. Estando en esta posición --desertores y vagabundos-- los soldados tienen que robar todo lo que necesitan a fuerza de sus espadas. Al comportarse como dueños y señores de todo lo que necesitan, los soldados perjudican mucho su fama de militares. Los disgustos del soldado con sus superiores, el rechazo de los mandatos recibidos y el resultado de ello, prueban la falta de lealtad del individuo en la milicia, ofreciendo todo aquello una descripción de completa corrupción del soldado. Ello simboliza una degeneración total si tenemos en cuenta las rectas ideologías militares de antaño.

Otra vez fuera de las filas militares, Estebanillo se dedica a la vida de engaños; esta vez, sin embargo, se encuentra en el servicio palaciego, actuando de mozo al Virrey y robándole. Estando allí nos señala otra costumbre de la soldadesca, aborrecida pero normal en su época. Además de sus negocios 'personales', el pícaro recurre a su experiencia de soldado para sacar algún provecho adicional del sistema militar:

> Salí de palacio muy bien puesto, por los grandes provechos que tenía, y por tirar plaza de soldado

> en una compañía que tenía sesenta soldados efectivos para entrar la guardia, y ciento cincuenta para el día de la muestra. Harto pudiera decir acerca desto...
>
> Ibíd., p. 831

La momentánea riqueza del pícaro que procede de sus negocios palaciegos, se consigue a través del engaño al modo picaresco. Usando sus influencias en el mismo palacio junto a sus experiencias de soldado, se hace parte de la 'muestra' militar que hace su presentación sólo para cobrar la paga. Según el pícaro, el numero de soldados activos y los 'soldados de papel' es tan diferente que no nos podemos sino sorprender al caer en la cuenta de lo extendido que era la costumbre. Según lo que insinúa aquí, las fuerzas guerreras tenían serios problemas para realizar una función eficaz y Estebanillo, al igual que antes, una vez apuntado el problema, elude la presentación más detallada:

> ...pero me dirán que quien me mete en eso, ni en gobernar mundo, teniendo doctores en la Iglesia.
>
> Ibíd., p. 831

En virtud del carácter autobiográfico de esta novela se ha de señalar la importancia de las divisiones que se harán para la documentación de las demás características soldadescas. Estebanillo define claramente su posición en lo que se refiere a las fuerzas armadas de su época:

> ...yo no tengo plaza de soldado ni calle de vivandero, porque soy caballero aventurero, teniendo más de galaor que esplandiá. Mi oficio es el de buscón, y mi arte el de la bufa, por cuyas preeminencias y prerrogativas soy libre como novillo de concejo.
>
> Ibíd., p. 875

Esto, junto a la cualidad repetitiva de situaciones que están relacionadas con la vida militar y el desarrollo de éstas, obviamente da la oportunidad al pícaro de alargar su historia aportando a cada situación una novedad con el propósito de desarrollar totalmente su vida picaresca. Por lo tanto, después de haber señalado el primer ejemplo de cómo se alista en las filas militares, de cómo engaña a los pagadores o a sus amigos, de cómo se separa de éstos y de la vida militar para volver a ellos motivado por la falta de posibilidades de conseguirse la comida fuera del ejército, podremos entonces pasar a analizar las novedades relevantes y las características militares según las va viviendo el mismo pícaro.

Este pícaro es totalmente libre, es decir, no debe a nadie lealtades, deberes o uniones; así, cuando se une a las filas militares, siempre tiene algún propósito o un interés personal para hacerlo. A veces, este interés proviene de su afán por escapar de la justicia civil:

> ...que cada instante pensaba que me venían a prender para que escotase los pavos, senté plaza de soldado a caballo.
>
> Ibíd., p. 832

Su interés en las filas armadas proviene casi siempre de la búsqueda de su propia 'comodidad', de su tremendo afán de honrarse obrando dentro de alguna profesión aunque sus obras sean más bien a nivel de delincuencias picarescas:

> ...por la comodidad que siempre encontré en ellas.
>
> Ibíd., p. 845

Por lo general, este pícaro se alista a las filas militares por no tener otra manera de ganarse el sustento o para cobrar el dinero que allí se le paga:

> ...daban a cada soldado una dobla. Yo, viéndome necesitado y en tierra extraña, y por gozar de todo y dejar en todas partes mi memoria eterna, cogí la dobla, senté plaza, y, levantando los talones, amanecí al tercero día en Lan.
>
> Ibíd., p. 850

La facilidad con la cual este pícaro se puede alistar en las filas armadas y cobrar la paga sin haber hecho nada para merecerla, nos da una idea de los abusos que los soldados hacían en relación con los deberes que aceptaban al alistarse en la milicia. Como otros soldados, puede engañar facilmente. Las costumbres se han cambiado de la lealtad, valentía y el esfuerzo militar, a la vida mercenaria y a la vida de engaño, en forma de vida picaresca.

Con la misma facilidad con la cual este pícaro se alista en la milicia, se puede escapar de ella; raramente cumple la pena reservada a los desertores:

> Y temiendo que se descoronase la flor y acabase el crédito y dinero, hallando embarcación para España me embarqué secretamente y dí con mi cuerpo en Barcelona...(Ibíd., p. 832)...me pareció ser desesperación caminar sobre burra de palo, con temor de que se echase con la carga o se volviese patas arriba, por cuya consideración me escondí.
>
> Ibíd., p. 845

La costumbre de la deserción de los soldados es tan común en la época que a los militares jóvenes tales como el propio Estebanillo , los superiores de los ejércitos ni

siquiera se preocupan de perseguirlos.[2] Siempre que haya alguna motivación personal para escapar, sea por la vida trabajosa, el enfado o simplemente por capricho, el pícaro no encuentra dificultades en alejarse. La libertad con la cual se mueve Estebanillo acentúa la flojedad de la disciplina militar de la época. Así se puede notar lo relajado de los reglamentos militares en tanto cuanto permiten que sucedan tales desafueros.

Siempre que el pícaro se junta a la profesión militar lo hace con un grado que le permita obrar con toda confianza. Se establece siempre en posiciones que le parecen más provechosas. Esto, de sí, demuestra la escasez de los soldados en la época y evidencia también la corrupción existente desde los primeros momentos de la vida del soldado. Así pues, una vez acostumbrado al engaño como medio de ingreso en la milicia, el soldado, para no quedar atrás en relación con los demás componentes de su escuadra, tiene que defenderse lo mejor que puede, a través del engaño.

Estebanillo, como cocinero, prueba ser más que astuto en el hacer trampas para poder hacerse con el dinero ajeno, comer bien y establecerse en las compañías: (_Ibíd_., p. 858, p. 832). Como alférez, ahorra el dinero que tendría que ser parte del sueldo de los soldados (_Ibíd_., p. 846). Así, podríamos comentar ad infinitum las fechorías y estafas del pícaro que se encuentran a lo largo de esta novela. Sin embargo, para poder precisar la figura del militar y su degeneración a

todos los niveles, basta tomar sólo las costumbres militares que la hacen posible, es decir, ver como el autor de esta novela menciona, alude o describe los fallos, los cambios y los nuevos oficios militares que permiten poner en claro la relación existente entre la figura del soldado, la degeneración de la profesión, y por último, la relación entre éstos y la figura del mismo pícaro.

El primer oficio, según dice Estebanillo, es el de la correduría que es mucho más que normal en las filas militares de la época. Cada vez que se necesitaba intercambiar dinero, sea con los proveedores de las armadas, municioneros o simplemente para el reclutamiento de los soldados, existía el oficio:

> ...daba a entender dos mil embelecos, y otros tantos al capitán para encarecerle la cura y el trabajo y gastos, aun no imaginados, del oficio de correduría.
>
> Ibíd., p. 832

El pícaro, aficionado a este juego monetario, se encuentra con las posibilidades de ejercerlo mejor cuando está cerca de los militares, y, a medida de que iba adquiriendo experiencia en la vida militar, iba familiarizándose con sus fallos y aprovechándose de ellos.

A causa de la escasa paga, los soldados, para obtener todo lo que necesitaban, intercambiaban aún sus armas defensivas y ofensivas ya que no podían conseguir nada sin dinero. Incluso cambiaban sus menguadas posesiones por bebida:

> ...el sagrado Tajo, cuyas espaldas se vía una copiosa selva de bajeles, tan a punto de guerra

> que atemorizado el tridente, hacían temblar el caduceo. Era la causa del apercibimiento y junta desta armada estar con recelo que el Inglés venía sobre la ciudad...Ganaba cada día dos reales, y por ser mucho el gasto me iba a los bajeles de dicha armada todas las mañanas, y en ellos trocaba brandevín por bizcocho, y a veces por pólvora y balas que aunque era cosa defensiva, como la ganacia sufría ancas, dábales parte della a los cabos de escuadra y derrengábanse y ensordecían.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 836

El soldado tenía que satisfacer por sí mismo sus necesidades primordiales aprovechándose de los demás desde el primer momento de su ingreso en las filas militares. Los oficios de correduría, de engaño, se hacen de tal ánimo y de tal suerte por parte del pícaro que todos los de la tropa pueden ganar de una forma u otra. La indisciplina militar, tal y como está presentada aquí, refleja la falta de coraje de los soldados, su tremenda necesidad y su falta de respeto incluso a las armas que necesitarán para combatir al enemigo.

No sólo son los soldados comunes los que tienen temor de entrar en batalla, sino que más y más, vemos que los capitanes y otros oficiales del ejército sufren este mismo temor:

> ...estaba allí un capitán haciendo gente; y que era villa que no perecerían los que militaran debajo de su bandera...
>
> <u>Ibíd</u>., p. 844

Los capitanes que tenían tal fama, al ser llamados a la guerra se burlaban de las órdenes recibidas, tomando más tiempo de lo debido para llegar a su destino con sus tropas:

> ...y saliendo de la villa una mañana, hacia nuestro

> capitán la marcha del caracol, dejando el tránsito a la mano izquierda y volviendo sobre la derecha.
> Ibíd., p. 845

Aparentemente la gente con jerarquía de mando no tenía que preocuparse demasiado en estos casos por la lentitud de la tropa ya que los soldados de la compañía serían considerados los culpables:

> ...que mal puede conservar una compañía quien siendo padre de familia della, trata solo de adquirir para sí a costa de sudor ajeno...sin advertir que es cosa muy fácil hallar un capitán y muy dificultosa juntar cincuenta soldados.
> Ibíd., p. 845

Los capitanes eran pagados según el número de soldados que podían reunir en su bandera y los soldados según sus destinos de guerra. Así, los soldados, aunque se unían a tales capitanes, al ver que no podían satisfacer sus necesidades a falta de dinero, abandonaban el ejército al que pertenecián.

La dificultad en reunir una compañía de soldados era tan acentuada que los capitanes, proveedores y otros que alistaban soldados recurrían a los métodos más increíbles para conseguirlos:

> Encaminéme a la vuelta de Gibraltar, con intención de ser pícaro de costa...me dieron nuevas de cómo prendían a todos los vagamundos y los que iba llevando a la Mamora, para que sirviesen en ella o de soldados o de gastadores.
> Ibíd., p. 848

La escasez de soldados que ingresaban en las filas era más que conocida en los años que describe Estebanillo --¿1626-1633?-- junto a la política de reclutamiento forzado del gobierno de Felipe IV en esos mismos años.

A causa de la pobreza de la servidumbre militar y por la escasez de soldados Estebanillo describe otra costumbre militar de la época, una forma poco ortodoxa de montar la guardia nocturna de una ciudad bajo régimen militar:

> Hay en esta villa veinte o cuarenta perros de ayuda, asalariados, los cuales están a cargo de un solo soldado que los asiste y cuida dellos; que como hay soldados particulares, hay también soldados perreros...con que estaba asegurada de cualquier antepresa y de cualquier cautela enemiga, y sin pretender esta cuadra perruna avanzamientos, ventajas ni ayuda de costa, entraban cada noche de guardia, y estando siempre alerta, jamás estaban quejosos.
>
> Ibíd., p. 850

Este nuevo sistema de guardia elemental, eliminaba dificultades en tiempos de guerra y las ventajas anotadas por el mismo pícaro subrayan por sí solas el estado del militar de la época. Si los perros podían montar guardias de noche más facilmente y con más provecho, había menos quejas y menos costo, y por tanto, demostraría una situación en la que el soldado, como humano, queda inferior con respecto a los animales. La degeneración de la profesión militar como la gradación de la hombría, del valor humano, es manifiesta.

Otra de las experiencias del pícaro, usual en tiempos de guerra es la de espía en el campamento enemigo:

> ...juzgándome por espía del inglés, me hicieron una salva de horquillazos y puntillones...y por hallar entre tantos malos algunos buenos, me dejaron pasar libre, y me escapé de una larga prisión.
>
> Ibíd., p. 853

En primer lugar, podemos observar los tormentos impuestos a los prisioneros del campamento opuesto. Segundamente,

vemos que los apresados por espías eran condenados a largos tiempos en prisiones; Estebanillo está relatando aquí parte las atrocidades que realmente existieron, así que el autor pretende presentar más que una realidad meramente novelesca. 3

Estebanillo, que ha sido parásito de las armadas como despensero, al perder el puesto, tiende a presentar aquellos que ocupan esta función como plaga de todo militar:

> Ibales dando raciones de atún, de lo que se iba pudriendo y guardaba lo que estaba bueno. Metía un punzón en el tocino, y el que estaba oloroso lo iba ocultando, y distribuyéndoles lo que no estaba, haciendo lo mismo con el vino y con lo demás que estaba a su cargo; porque ya es plaga antigua ser lo peor para el soldado.

El que se junta a las filas militares debe aceptar el hecho de que los soldados reciben el peor de los tratos, fenómeno antiguo y sobradamente conocido en la época.

Notamos asimismo que no sólo los despenseros se beneficiaban, sino que también los capitanes de las compañías tenían su manera de aprovecharse de los soldados:

> Estaba muy mal mi capitán conmigo, por haberme retenido una paga y haber yo dado queja sobre la restitución.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 854

Originalmente, el soldado raso podía llevar a su capitán o jefe de compañía las quejas que tenía, seguro de que su superior trataría de buscar una solución. En los tiempos a que nos refiere la obra, sin embargo, los capitanes se aprovechaban de sus soldados tanto como los dispenseros, municioneros y demás personajes que intervenían en el

funcionamiento del ejército. Estebanillo explica esta realidad:

> ...que el soldado que no se dejare pasar por cima en materia de interés y tratare de dar quejas o capitular a sus oficiales, su verdad será mentira; demás de no avanzar, será malquisto y aborrecible; y en achaque del servicio del rey, le darán con que no quede de servicio.
>
> Ibíd., p. 854

En la Alta Edad Media, vimos que los jefes militares ayudaban a sus soldados en la misma guerra en que se encontraban en la medida que éstos se dedicaban a ella. A mitades del siglo XVII, sin embargo, Estebanillo describe explícitamente las dificultades del soldado común. La corrupción, por razón de dificultades personales y monetarias, ha llegado hasta los capitanes y otros comandantes de las tropas. El razonamiento que se puede desprender de este episodio es el siguiente: si los ideales militares han decaído hasta en la jerarquía de mando ¿cómo podrá obrar correctamente el militar inferior? Este no tiene modo de sacudirse los problemas que puede tener por las injusticias de un superior. El soldado que tuviera alguna queja, sobre todo en cuestiones de dinero, en contra de uno de los oficiales de su compañía, no podía evitar la revancha tomada por éstos. Incluso cuando el soldado se escapaba de la compañía, vimos que eran perseguidos en raras ocasiones; ahora, sin embargo, Estebanillo nos muestra que el empeño de un capitán para con uno de sus soldados resulta en la persecución de éste: [4]

Tome tierra del papa, y por no estar a merced de

> la justicia, me amparé de aquella piedad del convento de la Merced. Mi capitán...envió trás mí a hacerme prender en Barcelona, y anduvó tan deligente un quitapelillos suyo, abanillo de la compañía y hijo de huevo de la armada, que sin valerme de antana, ni defensa de motillones, ni aquella iglesia, me llamó, me hizo...sacar de sagrado y meterme en la cárcel; que hay soldado que por agradar a su capitán, prenderá al mismo que le dió el ser, con razón o sin ella.
>
> Ibíd., p. 855

Hasta ahora hemos ido viendo que los soldados de los siglos XVI y XVII podían cambiar de rumbo para irse según su gusto en busca de aventuras o fortunas. Aquí se nota que un capitán decidido en vengarse de su soldado, hace que éste no puede amparase ni aún en el asilo eclesiástico. Más importante todavía es el hecho de que el soldado en esta nueva época no tiene recursos para enfrentarse a la avaricia de aquellos que deberían ayudarle. No tiene otros medios que el dedicarse a la vida picaresca como tal.

Los soldados, al verse en situaciones tales como las que vive Estebanillo, se dedican a buscar la forma de guerrear que les será menos peligrosa, más lucrativa y más divertida:

> Y viéndome que por causa de ser soldado estaba con más soldaduras que una caldera vieja, arrimé a una parte, como a gigante, la milicia, y siguiendo la milicia de la corte, reconocí su ventaja y asenté el pie, volviendo de muerte a vida y de pobre a rico.
>
> Ibíd., p. 859

La figura del militar que se nos ha presentado hasta ahora se ha centrado en la descripción del soldado individual y sus dificultades en la milicia de la época. Al final

del Libro Primero de esta novela, las características de los militares se juntan para dar una descripción, tremendamente despectiva del militar aventurero mercenario. Estebanillo, hablando de otro militar que está con él, dice:

> ...poco más valiente, pero con más opinión de saber guardar su pellejo...era antigua armadura de huesos.
>
> Ibíd., p. 865

Incluso vemos que el soldado profesional también es objeto de severa crítica. Al ser herido mortalmente su capitán, Estebanillo se refiere a él de la siguiente manera:

> El soldado no ha de tener, para ser bueno, otro oficio más que ser soldado y servir a su rey; porque si se emplea en otros, sirviendo a oficiales mayores o a sus capitanes, ni puede acudir a dos partes ni contestar a dos dueños...por no ser tan cuerdo como yo dió el alma a su Criador.
>
> Ibíd., p. 867

Todos los soldados caen bajo la crítica del pícaro. La razón para ello es que todos tratan de actuar de la misma manera que él, y por tanto, les resulta mal porque tratan de servir a su rey y a sí mismos a la vez.

El pícaro llega hasta criticar a las fuerzas armadas españolas cuando están unidas, combatiendo a un enemigo común.[5]

A medida de que pasan los años, vemos que Estebanillo como figura militar representa una acentuación de la cobardía de los soldados españoles de la época; o sea, cuando ve alguna posibilidad de provecho, va hacia alguna escuadra, y cuando hay batallas, huye de ellas. Como se ha podido ver

anteriormente, siempre que huye de alguna batalla, --una derrota española--, Estebanillo lleva consigo algunos miembros de su compañía. Ya en el año 1642-43, después de la derrota de Leipzig, Estebanillo sigue con sus manías anteriormente expuestas pero ahora se encuentra con muchos más seguidores:

> ...llegó a mí un batallón de los nuestros...y preguntándome si sabía algún buen camino donde poder salvarse los alejé de la tremenda palestra, de tal manera que a la noche los acuartelé en un villaje a veinte leguas della;... No fueron tan pocos los que me seguieron que no pasaran de dos mil, con que pudiera blasonar haber sido restaurador de tanta caballería.
>
> Ibíd., p. 912

En los primeros capítulos de esta misma obra, vimos que Estebanillo persuadía a otros militares a que se le juntasen para poder escapar de las compañías a las cuales pertenecían. Ahora, sin embargo, los soldados van hacia el pícaro y le piden ayuda para que les salve de las batallas. El número de los soldados que se escapan de sus deberes también ha cambiado. Los soldados cobardes que antes eran quince, ahora son miles. Estos desertores no sólo se dedican como anteriormente a dar un paseo, sino que, una vez escapados de las líneas de fuego, se entregan al despojo de las ciudades que les dan refugio:

> Llegamos a puerto salvo...por hallar en un villaje una infinidad de vivanderos, y habiéndonos juntados todos a concejo de guerra para darles un santiago...aquella noche ganó en poblado, con harto menos peligro y con mucho más provecho. En efeto, entraron los amigos a saco; era un confuso laberínto oír en el peso de la oscuridad de la noche los gritos de los derrotados vivanderos, los llantos de sus angustiadas mujeres y los clamores de sus tiernas criaturas.
>
> Ibíd., p. 913

Los soldados del ejército español derrotado en los campos de batalla se dedican a robar para su propio provecho a los vivanderos que van a alimentar a los demás compañeros que siguen peleando. Más que cobardes, ladrones y violadores, los soldados que siguen a Estebanillo se hacen aves de rapiña, comiéndose el sustento de los más valientes contribuyendo así, indirectamente, a la derrota de su propio ejército.

Incluso en Italia, país ya harto de la soldadesca española, los españoles se ven derrotados a causa de sus muchas fechorías que cometen para conseguirse el sustento: [4]

> Acogíme a mi nuevo retiro de Nápoles...Fuime al cuartel de los españoles...supe en él cómo todos mis camaradas, que se sustentaban de ser desfacedores de tuertos y agravios de damas de alta guisa, de hacedores de paces y alborotadores de pendencias, estaban unos muertos, en desafíos, otros huídos, y otros en galeras y otros ahorcados.
> Ibíd., p. 926

El pícaro, al querer volver a su estado anterior, con sus amigos militares huídos de la milicia, se da cuenta de que incluso éstos han desaparecido. Tanto ha decaído la situación, que incluso Estebanillo, el pícaro de tantas experiencias y posibilidades, tiene dificultades en encontrar a quién poder arrimarse:

> Fui hecho una basura de temor a buscar un par de valientes de los de fama de quien poderme amparar, y hallé dos que me dejaron sin ella, porque, quien no tiene dinero, ¿qué fama puede tener?
> Ibíd., p. 930

Hay que advertir que el pícaro ha sabido, hasta ahora,

encontrar gente suficientemente famosa como para poder conseguir su propio sustento. Pero al tratar de hallarla después de tantas derrotas sufridas por los ejércitos, no sólo no encuentra a más próceres, sino que da con otros pícaros-soldados. Estos le despojan de los pocos bienes que tiene y le dejan sin dinero, y por consiguiente, sin fama. La fama, la gloria de la soldadesca española reside ahora en la acumulación de bienes.

Estebanillo demuestra hasta qué punto han sido rebajados los soldados españoles:

> Porque ha llegado a tal estado la milicia, que ya no hay descuidada madre que reconociendo las faltas de su hija y sobras de sus nietos de diferentes padres...no se consuele con decir que no le faltará a su cordera un soldado con quien casarla. No hay hombre, por bajo y humilde que sea, que en viéndose que por sus defetos no cabe en el mundo o que no halla quien le dé un bocado de pan, que luego no se acoja a la inmundidad deste sagrado.
>
> <u>Ibíd</u>., p. 932

El soldado se ve tan deshecho, tan sin nada, tan desengañado con su profesión, y por tanto consigo mismo, que considera que no se rebaja demasiado al casarse con mujeres de mala reputación, porque si bien seguirá viviendo su vida en gran humildad, por lo menos tendrá algún modo de sustentarse cada día. El simbolismo de esta actitud por parte de Estebanillo no está tan lejos de la verdad por cuanto la cuentan similarmente los autores de las autobiografías de soldados. Estos, en la época, parecían más contentos con este estilo de vida. [6]

La segunda manera de ganarse el sustento, si no querían

rebajarse personalmente a tales estilos de vida, es la de juntarse en grupos para guerrear contra todos los estados para el provecho de unos pocos:

> Salió la mía (su bajel) día de Navidad del año 1645, y en corso contra holandeses, franceses y portugueses. Tomamos la vuelta de Bretaña, andando a caza de bajeles franceses; y de la misma suerte ...Si el bajel que encontrábamos era fuerte, huíamos como galgos, y todos muy tristes, y yo, reventando de alegría; y en siendo débil y de poca defensa cerrábamos de tropa y caiga quien cayere... al fin, vida de corsarios, y muerte de pasajeros.
> <u>Ibíd</u>., p. 953

Los soldados españoles, según este pícaro, asumen las formas de guerrear de Bretaña y siguen con sus picardías. El piratear, tal y como lo hacían los ingleses en la época, era, frente al 'ideal' militar español, una desgracia total. Recordemos la novela de Mateo Luján, en la cual se nos señala que el combatir con artillería había igualado el más cobarde con el más valiente ya que el valor de los españoles residía en el guerrear 'pecho a pecho'. Ahora, por fin, los ejércitos españoles han adoptado las nuevas técnicas de la guerra, pero las consideran todavía como formas de combate que anulan todo el esfuerzo y el valor personal del combatiente. Por lo tanto, Estebanillo, como pícaro y en su cobardía, simboliza el pensamiento hispánico de tales 'estilos' de combate en el nuevo 'arte' militar. El soldado ha llegado a ser 'pícaro' en su vida militar y el pícaro ha podido llegar a ser 'soldado' por virtud de las nuevas técnicas que se introducen forzosamente en el arte del guerrear de los españoles.

Notas

1 Picatoste, D.Felipe. La grandeza y decadencia de España Ed. cit., p. 171

2 Deleito y Piñuela, J. El declinar de la monarquía española, Ed. cit., pp. 205-224. En estas páginas Piñuela nos señala la indisciplina en el ejército, su 'parasitismo' y su deserción.

3 En los escritos de Cabrera de Córdoba, Luis de. Felipe II Rey de España y Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599-1614, publicados en 1619, podemos notar que las atrocidades de las guerras en la época son comparables a las que hace mención aquí el autor del Estebanillo, sobre todo en lo tocante a los prisioneros de guerra cogidos como espías.

4 Camacho de Ciria, M. Desistimiento Español de la Empresa Imperial. Colección Austral, Espasa-Calpe, S.A., Madrid 1958. Este estudio es una reconstitución de las dificultades económicas, psicológicas y sociológicas de la España de la primera mitad del XVII basado en los Avisos de Pellicier.

5 La crítica del pícaro se hace más que evidente al leer parte de una peripecia que aquí citamos:

> ...un trozo del contrario ejército cerró tres veces consecutivamente con el tercio...y todas tres veces los invencibles españoles lo rechazaron, lo rompieron y pusieron en huida. Animóme esta acción de tal manera, que arrancando de la espada y sacando la mohosa a que le diese el aire, con estar a media legua de ambos campos, me puse el sombrero en la mano... y dando un millón de voces a pie quedo, empece a decir:
>
> --¡Santiago, Santiago! ¡Cierra España! ...
>
> Y presumo que, acobardado el enemigo de oírme y atemorizado de verme, comenzó a desmayar y a poner pies en polvorosa. Empezó todo nuestro campo a apellidar: "¡Vitoria, vitoria! ".
>
> Estebanillo González, Ed. cit., p. 866

6 Ortega y Gasset, J. Vida del Capitán Alonso de Contreras p. 76, Ed. Taurus, Madrid 1965. Capítulo intitulado: La jornada de la putería.

Capítulo XI

Conclusiones

A. La 'casta militar' y el pícaro

Los soldados del Imperio Hispánico, época de Carlos V, no siguen los mismos pasos que sus antecesores. El período de transición del 'arte' militar,[1] --a partir de 1498 hasta 1525--, influye en el tipo de soldado necesario para formar los nuevos tercios españoles y atrae a una distinta clase de soldados cuyos deberes no tendrán nada que ver con el espíritu caballeresco. Se hace más frecuente encontrar en las filas militares a personas cuyos ideales son más bien individuales y no de conjunto; personas de espíritu aventurero, deseosos de mejorar sólo su propia vida y fortuna:

> La milicia no constituía de por sí una carrera propiamente o un estado particular en la sociedad. Sin embargo, jugó un papel importantísimo en la evolución de la sociedad española en tiempo de los Austrias, pues fue una especie de tránsito entre la nobleza, la burguesía y la plebe, y desde luego un recurso en las diversas vicisitudes de la vida.
> Pfandl, L. Op. cit., Ed. cit., p. 112

La novela picaresca es precisamente la descripción literaria de este fenómeno. El escudero del Lazarillo de Tormes es la figura militar que pertenece a una figura castrense fuera de su tiempo. Sus deseos son de otra época y su dificultad consiste en mantenerse a nivel social y a nivel material a razón de ello. Se niega rotundamente a servir bajo el mando de los de la infantería,[2] por ser este empleo trabajo

de los de condición vil. Siendo ya de clase hidalga y queriendo preservar su 'honor' de caballero, este escudero prefiere el servicio doméstico al servicio militar. Solo para quedarse con alguna semblanza de 'nobleza', el escudero de linaje tiene que pasar al servicio de un 'titulado' que, aunque servicio pretencioso, le permite solucionar parcialmente sus conflictos sociales de individuo.

A partir de allí, se tiene ocasión de ver en las novelas picarescas una serie de evoluciones en cuanto al nivel social de los españoles reclutados para formar los tercios, y los recursos que el pícaro tiene para mejorar su estado social dentro del servicio militar.

El soldado que sale a las guerras en la Segunda parte de la vida de Lazarillo de Tormes es el típico español que ya tiene buena vida pero cuyo deseo de aventuras y de huída de su 'mujer' y cara hija', junto al querrer ingresar en la profesión militar, le permiten evadirse de sus deberes cotidianos y salir a mejorarse. Este tipo de soldado, sin embargo, se diferencia de aquellos que son ya 'capitanes y gente de consideración', o sea, gente que formaban parte de la nobleza antes de alistarse. De allí en adelante, vemos que, aunque no se hace mención explícita de una separación oficial entre los individuos de distintos niveles sociales que ingresaban en la profesión militar --en relación con su jerarquía de mando--, dentro de la misma profesión existe una diferenciación muy marcada entre el soldado-hidalgo y el mero soldado.

En el Guzmán de Alfarache de Mateo Alemán, el pícaro termina su carrera militar en cuanto se acaba el dinero de su bolsillo. Siendo demasiado joven para alistarse, el capitán del campamento le acepta sólo porque se deja engañar por sus apariencias de riqueza y nobleza. El pícaro cree que puede alistarse teniendo buen vestido y aparentando ser de clase adinerada, aunque cuando formula sus deseos de militarismo prueba ser de los que tienen ánimo guerrero y esfuerzo militar, y, resulta rechazado. El capitán, de aparente 'hidalguía', tiene que salvaguardar su 'honra' de hidalgo aún pasando hambre y a falta de dinero con que alojarse mientras espera una flotilla. La honra de éste reside en sus apariencias físicas: el dinero, las joyas, sus vestidos y la manera en la cual se provee de comer. En este último caso, la novela lo describe de una manera contradictoria: mientras padece hambre, quiere salvaguardar su honra de hidalgo y entonces hace mendigar a su mozo. Al contrario del escudero del Lazarillo, este capitán no comparte sus bienes con su mozuelo, lo cual le hace aparecer como egoísta. De todas formas satisface su obligación.

Esta 'obligación' de los militares en la cadena de mando se mantiene a una altura parecida a la reglamentación de los caballeros de la Edad Media. Cuando un militar en la jerarquía de mando se aparta de la noción de nobleza de actos, de comportamiento correcto de soldado, pierde primeramente su posición y segundamente puede ser castigado --por traición-- a pasar su vida en las galeras o ser condenado a muerte. [3]

La jerarquía de mando, tal como se ve en las novelas picarescas, implica una forma de organización social dentro de la milicia, y por lo tanto, requiere de sus miembros una actitud de nobleza en sus acciones: el hidalgo entra, casi siempre, con mando de un tercio o a lo menos de una parte de una compañía. Así se supone que sus actos militares sean conformes a su condición y comportamiento de noble. Asimismo, el soldado raso que llega a una posición de mando tiene que respetar la nobleza que adquiere con la posición. Por esto, los soldados y los capitanes que muestran una nobleza de comportamiento tienen que preservar esta nobleza bien sea de nacimiento, bien sea adquirida por los hechos de armas. [4]

La novela picaresca, además, muestra el lado negativo de esta organización socio-militar, sobre todo en el Donado Hablador don Alonso. Al ser negligente, al perder su disciplina militar, y al perder el sentimiento de la nobleza de sus actos, el capitán simboliza la degeneración de este sistema de ideales, y es por ello que deja al mero soldado obrar de manera más bien delincuente, al modo picaresco, como lo vemos en el Estebanillo González.

La 'casta' social de los militares, nunca deja la posibilidad a los que ingresan en ella de cambiarse de estado social aunque ésta era una de las razones principales para que la mayor parte de los personajes que hemos visto se juntaran a ella.

La novela picaresca actúa de testimonio literario de la

evolución social --negativa-- de esta casta. Desde luego, se puede notar que conforme evolucionaba el 'arte', costumbres y deberes militares, se adelantaba la figura del soldado en las novelas picarescas. El ejemplo más sobresaliente de la evolución del estado social de los soldados que se alistan se da en la comparación de las dos novelas más desarrolladas en cuanto a su descripción de los aspectos de la vida militar, o sea, el <u>Guzmán de Alfarache</u> de Mateo Alemán y el <u>Estebanillo González</u>. Estas dos novelas, puestas en su contexto histórico-social, presentan, a su modo, la serie de evoluciones de la política de los gobiernos de Felipe II y Felipe IV.

Se puede pues entender que se le impidiera a Guzmán alistarse en la compañía aún queriendo juntarse a la milicia y teniendo las cualidades para llegar a ser buen militar [5] y que, por añadidura, el capitán se quejase de lo poco numerosos que son los hombres valerosos que entran en la profesión.

Estebanillo, sin embargo, medio siglo después, no sólo se alista varias veces con distintas tropas españolas, sino que hasta ingresa en los tercios franceses. Las exigencias que se hacen de los aspirantes a soldado son menores, debido, sobre todo, a los distintos teatros de guerra y clases de combates. En el <u>Estebanillo</u> no aparece la misma selectividad para entrar en el ejército, ni mucho menos: todo candidato es aprovechable.

Esto influye de manera muy marcada en el tipo de soldado que se alista. Felipe II ofrecía cartas de hidalguía a los

soldados distinguidos en combates, ofrecía privilegios a la 'casta' militar para obtener voluntarios. Dispensaba también a los militares que cometían violencias y crueldades contra la población civil cuando le fuera posible. Trataba de atraer gente al ejército, mientras que Felipe IV en su política, forzaba a los españoles no adinerados o sin oficios, a ingresar en la milicia. [7]

Leemos también en las autobiografías de soldados que los militares que ingresaban a principios del XVII y a mediados del mismo siglo eran rufianes, vagamundos, ociosos, en fin, eran lo peor de la población española. [8] Este pensamiento se refleja precisamente a lo largo de muchas novelas: El Donado hablador, el Buscón, Marcos de Obregón y el Estebanillo. Los que se ven atraídos al ejército pasan de pertenecer a la clase hidalga y a la nobleza media e inferior a formar parte de la clase de los rufianes y pícaros.

El hecho de que los soldados y la casta militar sean descritos de tal manera que aparenten prestar un servicio a la sociedad, --el de reunir tipos de diversas clases en una profesión--, no impide que los militares estén claramente separados de los demás grupos sociales de España. Tradicionalmente, el ejército era considerado como una casta dentro de la sociedad. Los que formaban parte de él sabían que independientemente de que pudieran ascender más o menos en la escala de mandos, siempre disfrutarían de una serie de privilegios que los distinguieran claramente de la sociedad civil. Las novelas

picarescas describen la vida militar de tal manera que nos dejan ver que en muchos casos estas garantías ofrecidas por el ejército eran razón sobrada para que el pícaro tratara de convertirse en soldado.

Por otra parte, las ventajas que los militares tienen en relación con la población civil, motiva el que su comportamiento para con éstos dejara mucho que desear. De ahí que la opinión dominante entre los civiles sobre el ejército no fuera demasiado favorable. Como además cada vez van creciendo más las dificultades de los soldados, éstos se ven más y más impelidos a buscar remedio en el abuso de los civiles. Por tanto la distancia entre uno y otro grupo tiende a quedar cada vez más clara.

Esta situación de los militares con respecto a los demás grupos sociales se ve influída por la misma organización de los ejércitos. La formación del tercio hispánico de los siglos XVI y XVII hace de él una unidad completa bajo el mando del maestre de campo. El tercio, sin embargo, se dividía en compañías a mando de capitanes y éstas se separaban en grupos a mando de sargentos y alféreces. La división de los tercios de esta manera permitía la intervención de cada parte con gran mobilidad en el campo de batalla. [9]

Las consecuencias de esta mobilidad en la disciplina militar se hacían más obvias a medida que iban transcurriendo los siglos en cuestión, de lo cual encontramos la evidencia literaria en la novela picaresca. La intervención de cada agrupamiento dentro del tercio suponía la iniciativa individual de

los soldados que los formaban. El espíritu militar de los soldados se hizo cada vez más emprendedor de tal manera que otorgó al soldado raso más fuerza de decisión y más libertad de acción dentro de su clase profesional que a sus superiores.[10] Podemos observar entonces, que el pícaro por su característica de individualista es empujado a juntarse a esta casta social, lo que le permite poner en práctica sus picardías, muchas veces, sin reproche alguno. Vemos, en el Estebanillo, que esta actitud y comportamiento llegan hasta tal punto que los pícaros-soldados abandonan sin escrúpulos a los capitanes de las compañías a que pertenecen.[11]

Como hemos mencionado, todos estos aspectos reunidos provocan una reacción hostil entre los civiles. En cierto sentido, las críticas que encontramos en la mayoría de las novelas picarescas tienen su fundamento en el conocimiento que los diferentes autores tenían de la mentalidad popular. Estos tratan de describir la corrupción, la decadencia del conglomerado social. Además, esta situación un tanto peculiar en que viven los soldados, no podía dejar de atraer a los autores de estas novelas y así describieron una figura como la del pícaro que en definitiva no busca más que el provecho inmediato de sus acciones.

Concluyendo, el ejército siempre es un grupo especial dentro de la sociedad; por otra parte, el pícaro también es un tipo especial, a su modo. Lo que vemos en la novela picaresca es, por una parte, el interés permanente del pícaro por

el modo de vida militar, y por otra, el desgaste paulatino de las condiciones de vida y los intereses del soldado. El resultado final no podía ser otro que la fusión de estos dos tipos sociales.

B. La figura del soldado y sus actividades extra-militares

El pícaro, según lo mencionado, estaba definitivamente interesado en la vida militar como medio de vida. En este apartado sobre las actividades extra-militares de los soldados, veremos cuales eran las actividades que permitían tal interés de parte del pícaro.

I. El soldado y el juego

Los juegos que se mencionan en relación con los pasatiempos de los soldados de la época se limitan a dos tipos. Aunque se menciona el juego de 'cañas' en el Guzmán de Alfarache, [12] la referencia constante al juego de naipes y al de dados deja suponer que éstos eran los juegos más acostumbrados de la milicia.

La novela picaresca hace referencia a estos tipos de juegos poniendo a los dos a un mismo nivel, y cuando los soldados juegan a los naipes, también aparece por algún lado el juego de dados.

Desde la primera novela que presenta la vida militar de una manera más detallada, el Guzmán, se puede ver que el

juego ha llegado a ser más que simple capricho de los soldados. Guzmanillo, para hacerse aceptar en la milicia se ve obligado a asistir a las tablas de la compañía. [13] Los juegos de naipes y de dados llegan a ser la perdición del pícaro. Por no saber jugar lo suficientemente bien ante adversarios tales como los soldados, el pícaro es completamente despojado. Por consiguiente, tiene que resolver quedarse en la milicia como mozo del capitán que anteriormente había sido su amigo. El pícaro, a consecuencia del juego, tiene ocasión de comprobar que sus habilidades como pícaro no siempre le traen éxito. Sin embargo, su espíritu de aventurero y de apostador le hacen seguir las trampas del mismo juego.

Casi todas las novelas que tratan con suficiente amplitud el rol del militar en la época tienen algún momento dedicado, como referencia, a esta costumbre. El Buscón se refiere al juego como la necesidad psicológica de la apuesta monetaria del militar junto a su deseo de comprobar su 'suerte'. [14] El juego en esta novela ha llegado hasta el punto de pasar de mera diversión a medio tramposo de ganarse el sustento. En el Estebanillo, vemos que el recién llegado a las tropas no tiene la posibilidad de escoger ni el adversario ni tampoco el momento de jugar. [15]

El juego, tal y como está reflejado en la novela picaresca, adquiere el mismo sentido que se le daba en todas las demás novelas de la época, o sea, el de formar parte importante de la vida del soldado. Leemos en Alonso de Contreras

que los soldados prefieren sufrir las penas impuestas por sus comandantes antes que pasarse sin el juego. [16]

Esta actividad está tan arraigada en la soldadesca que ha llegado a convertirse en el 'vicio' de la profesión. El juego, vicio contagioso, tiene que ser aceptado por los reclutas. Este está generalizado hasta tal punto que llega a ser una característica determinante de la condición del soldado y causa de la perdición de su 'humanidad':

> Vicio contra la caridad, lleno de ira insolente en el que gana y de humildad forzosa en el que pierde, y que arrastra de manera a quien lo sigue, que no le deja voluntad para otras cosas.
> <u>Marcos de Obregón</u>, Ed. cit., p. 1240

La relación personal que se establece en el juego por medio de la apuesta, pasa ser de un pasatiempo, de una diversión de amistad, a algo perjudicial para el soldado por razón de que le aisla de los demás soldados de su compañía. El influjo del juego en la vida militar, la necesidad de apostar dinero, destruye la vida en común de un grupo determinado en cuanto impide la comunicación que debiera existir entre los miembros de una compañía.

Esto, sin embargo, no le impide al pícaro disfrutar de este estilo de vida ya que se dedica desde el principio a entrenarse en un tipo de costumbre que seguirá, hábito de los engaños y de suertes. Aunque pierde en muchas ocasiones, atribuye su pérdida a 'chanza' y sigue manifestando deseos de mantenerse en ella.

II. El soldado y el amor

Es de notar que a través de los siglos en la literatura española, la figura del soldado está ligada de una forma u otra al tema del amor y a la figura de la mujer. Estos actúan como personajes u objetos caracterizantes de la parte más sensible del militar. La novela picaresca no es ninguna excepción. La mujer y el amor toman todas las distintas facetas, descripciones y articulaciones que aparecen en la literatura de todos tiempos y naciones en cuanto a las relaciones íntimas del soldado. En las novelas picarescas, por lo general, vemos que el soldado mantiene su papel de enamorado por ser el amor otra faceta de su profesión castrense.

Desde el Lazarillo de Tormes hasta el Estebanillo González la caracterización de la mujer y del amor ayudan a describir la evolución mental, física y social de la figura del soldado con respecto a su relación con la sociedad de la época, sobre todo en lo referente a su reacción a un estimulo totalmente humano y material.

El escudero del Lazarillo aborda a las mujeres de una manera ya muy anticuada, según el pícaro. El ideal de amor de los caballeros de antaño no ha desaparecido para éste. La glorificación de la mujer, [17] como objeto de idolatría, demuestra cuán lejos de la realidad mundana está el escudero. Según Lázaro, éste se vuelve ingenuo al acercarse a las mujeres.

El soldado que se acerca a Justina en La pícara Justina de López de Ubeda actúa con mucho menos sencillez de alma

que el escudero del Lazarillo. Este soldado tiene toda la confianza del mundo. La fuerza de su espada y daga y su buena apariencia física le bastan para hacer la corte a una mujer. [18]

Al mismo tiempo, la mujer que aparece en esta novela hace parecer al soldado como el personaje más ridículo del tiempo, reprendiéndole su aire fanfarrón y majestuoso. [19] La mujer de antaño, que vivía idolatrada gracias a las buenas costumbres de los caballeros y gentes de guerra, se muestra capaz de cuidar de su propia persona. La fuerza de la espada y la hombría de los pretendientes no son necesarias al mantenimiento de su seguridad. No es extraño, por consiguiente, que la mujer quiera hacer desistir a su marido cuando éste decide salir a satisfacer su espíritu aventurero por los caminos de la guerra.

La Segunda parte de la vida de Lazarillo de Tormes nos señala que el aventurero común no tenía escrúpulos en dejar a su mujer o a su hija, yéndose decididamente tras los capitanes. [20] Una vez librado del peso de una mujer quien proteger y sostener, el soldado se siente aliviado y puede realizar sus deseos de aventura. La mujer ha llegado a ser un impedimento que limita el desarrollo del individuo como militar-aventurero, [21] así que ella es impotente ya para restringir los deseos del hombre que busca su comodidad en la guerra. El pícaro, al igual que estos militares, quiere caminar camino libre, teniendo en cuenta que no quiere deber nada a nadie, pero sí, engañar a todos para su propio provecho.

Además de ser parcialmente impedimento, la mujer es para

el soldado de la novela picaresca, una ocasión de engaño constante. En la Niña de los embustes, vemos que el capitán es engañado, por razón de su edad y de su interés en recobrar una hija perdida durante una campaña contra los moros. [22] La actitud del capitán que ha perdido su hija, cuando se encuentra con Teresa quien se viste como ella, es comparable a la de un ciego. Por el solo hecho de que Teresa sea mujer, el capitán la piensa incapaz de engaño, y por consiguiente, cae en la trampa. [23]

Otras novelas describen la relación mujer-soldado de manera impregnada de vehemencia. La mujer resulta dañina a los soldados que podrían ser de los más hábiles en su profesión. En el Guzmán de Alfarache, el capitán Favelo retiene aquel nombre por ser el que le achacó una mujer de la cual se había enamorado. El pícaro lo describe como 'soldado de amor' y que por ello, siempre padecerá pobreza física, mental y material. [24] La poca suerte de este 'tan valeroso' capitán depende totalmente, según el pícaro, de la inhabilidad de éste de reconocer sus errores. Su mayor incapacidad es revelada como una creencia en las apariencias. De ahí la severidad con la cual Guzmanillo condena este error humano y aquél amor platónico del soldado es evidente. [25]

La actitud contraria a este amor platónico de los soldados es la violación, acción más comunmente atribuida a éstos en esta época. Aunque los libros de historia estén llenos de ejemplos de este tipo de comportamiento de los militares frente a los pueblos conquistados, [26] el rigor de los combates, la

ociosidad encontrada entre batallas, más otros factores mencionados, hacían que el soldado, a la menor incitación por parte de la mujer, no podía más que sucumbir a la reciprocidad de amor.

Las novelas picarescas, al igual que las autobiografías de soldados, nos proporcionan la actitud de la mujer frente al soldado:[27]

> Las mujeres particularmente, como más noveleras, salían a ver cualquier soldado de ella.....
> Marcos de Obregón, Ed. cit., p. 1237

La vida del soldado y su comportamiento con la mujer y frente al amor se describe de tal manera que aparezca compatible con los deseos de todos y cada pícaro en las novelas. Así pues, se muestra que el pícaro tiene una ansiedad hacia el ingreso en la milicia para aprovecharse de la libertad que la profesión entraña. Junto a esto, ve en lo militar, la posibilidad de cumplir parcialmente con sus deseos de aventuras, su ansia de búsqueda de cambio constante y su tremendo deseo de no 'servir'.

La figura del soldado, hasta en su mínimo detalle, conforma con la figura del mismo pícaro. No es extraño, por consiguiente, que en la última novela que consideramos pertinente a nuestra exposición, el Estebanillo, todas las características de las dos figuras literarias se hayan fundido para formar una sola, la del pícaro-soldado. La degeneración de la vida militar, en todos sus aspectos, ha servido a los autores de estas novelas para presentar un estamento social más en vía de corrupción.

Notas

1 Ashdown, C.H. British and foreign arms and armour, The transition period: 1500-1525, T.C. & E.D. Jack, London 1909, pp. 264-85

2 Víd., Lazarillo de Tormes, Ed. cit., p. 125

3 Ortega y Gasset, A. Alonso de Contreras, Ed. cit., p. 36 Citamos: "Ya vuestra merced es otro de lo que era, porque siendo oficial cualquier delito es traición, lo que no es en el soldado."

4 Domínguez-Ortiz, A. Desde Carlos V a la Paz de los Pirineos, Ed. Grijalbo, S.A., Barcelona 1974, pp. 39-54

5 Víd. Mateo Alemán, Primera parte del Guzmán de Alfarache Ed. cit., pp. 412-3

6 Ibíd., p. 412

7 Domínguez-Ortiz, A. Op. cit., Ed. cit., p.42

8 "...estos soldados de este presidio y flotas son los rufianes de la Andalucía." Ortega y Gasset, A. Op. cit., Ed. cit., p. 136

9 Deleito y Piñuela, J. El declinar de la monarquía española, Ed. cit., p. 163

10 Van der Essen, Léon. Alexandre Farnèse, Prince de Parmes Nouvelle Société d'Editions, Bruxelles 1937, Tome V, pp. 20-28
Gossart, E. La domination espagnole dans les Pays-Bas, Ed. H. LaMartin, Bruxelles 1906, pp. 223-47

11 "...enfadados todos los soldados que tenía (el capitán)... lo dejamos solo con la bandera, cajas,alférez y sargento ..." Estebanillo González, Ed. cit., p. 845

12 Víd. Guzmán de Alfarache, Ed. cit., p. 413

13 Ibíd., p. 411

14 Víd. El Buscón, Ed. cit., p. 45

15 Víd. Estebanillo González, Ed. cit., p. 872

16 "...el capitán mando echar los dados y naipes a la mar y puso graves penas quienes los jugase, con lo cual se ordenó un juego desta manera...Como el capitán vió la

resolución, dejó que jugasen lo que quisiesen. ¡Tanto es el vicio del juego en el soldado!" Ortega y Gasset, A. Op. cit., Ed. cit., p. 36

17 Vid. Lazarillo de Tormes, Ed. cit., p. 120

18 "(el soldado)....comenzó a hilar y torcer los bigotes, recorrió espada y daga, y, finalmente, dando un rodeón al chapeo..."
López de Ubeda, E. La pícara Justina, Ed. cit., p. 1093

19 El juego que la pícara hace girando el voto del soldado demuestra lo poco que respeta este tipo de profesión: "Si me hubiera de matar a quien me enoja, no hiciera vuestra merced testamento..." Ibíd., p. 1093. El soldado le ofrece a la pícaro lo único que tiene, su fuerza de militar y su valor humano. La picara tuerce sus deseos para describirlo de manera despectiva.

20 Vid. La Segunda parte de la vida de Lazarillo de Tormes, Ed. cit., p. 138

21 "...mi hija con grandes ruegos y mi mujer con grandes lágrimas me pedían dejase de ser soldado, pues tenía lo necesario para vivir como caballero; pero la negrilla honra no me daba lugar: lo uno por mi inclinación a la guerra; lo otro, por no haber llegado a ser capitán..." Don Diego Duque de Estrada, Ed. cit., p. 327

22 Castillo Solórzano. La Niña de los embustes, Ed. cit., p.383

23 Vid. Guzmán de Alfarache, Ed. cit., p. 595

24 Ibíd., p. 595

25 Vid. Mateo Luján, Guzmán de Alfarache, Ed. cit., p. 821

26 "Manco Inca acusó a los soldados españoles de violadores de hogares...." Iracheta, M.C. Vida de Gonzálo Pizarro, Ed. cit., p. 22

27 "...una moza que vivía pared por medio...como yo venía hambriento desde Cartagena, tres meses había más o menos, me contenté con apagar aquella furia..." Miguel de Castro, Op. cit., Ed. cit., p. 20

Bibliografía

VALBUENA PRAT, A. La novela picaresca española (Antología), Vols. I y II, Ed. Aguilar, Madrid 1974

Bibliografía de las obras citadas

ALFONSO EL SABIO, Las Siete Partidas, Real Academia de la Historia, Imprenta Real de Madrid 1807

ASHDOWN, C.H. British and foreign Arms and Armour, T.C. & E.D. Jack, London, 1909

BAREAU, M. La polémique anti-espagnole en France, de 1590-1660, Thèse pour le Doctorât de Troisième Cycle, presentée à la Faculté des Lettres et Sciences Humaines, Sorbonne, Paris 1969

BATAILLON, M. Fecundidad del Lazarillo de Tormes, Espasa-Calpe, Madrid 1961

BAUER LANDAUER, I. Don Francisco de Benávides, Capitan General de la Armada, Ed. Gredos, Madrid 1954

BERNIS, C. Indumentaria española en tiempos de Carlos V, I.C.S.I.C., Instituto Diego Vélez, Madrid 1962

BLANCO-GONZALEZ, B. Del Cortesano al Discreto, examen de una decadencia, Vol. I, Ed. Gredos, Madrid 1962

CABRERA DE CORDOBA, Luis, Felipe II, Rey de España, 2ª Ed. Tomos I y II, Impresores de Cámara de S.M., Madrid 1876

________________, Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España, 1598-1614, 2a. Ed. Imprenta de J. Martín de Alegría, Madrid 1857

CAMACHO Y CIRIA, M. El desistimiento español de la Empresa Imperial; reconstitución de los AVISOS de Pellicer, Espasa-Calpe, Madrid 1958

CASTRO, Miguel de. Vida del soldado español Miguel de Castro, escrita por el mismo, Ed. Austral, Buenos Aires 1949

CEDILLO, Conde de. El Cardenal Cisneros, gobernador del reino, Real Academia de la Historia, Madrid 1831

CESPEDES Y MENESES, G. La varia fortuna del soldado Píndaro y El soldado español Gerardo, en: Rosell, Cayetano. Novelistas posteriores a Cervantes, B.A.E., Madrid 1946

CIRCOURT, Comte Albert de. Le victorial de Don Pero Niño, Comte de Buelna, Ed. Victor Palmé, Libraire-Editeur, Paris 1867

DELEITO Y PINUELA, J. El declinar de la monarquía española Espasa-Calpe, Madrid 1955

_______________, La mala vida en la Corte de Felipe IV, Espasa-Calpe, Madrid 1956

_______________, También se divierte el pueblo, Espasa-Calpe, Madrid 1955

DOMINGUEZ ORTIZ, A. Desde Carlos V a la paz de los Pirineos Ed. Grijalbo, S.A., Barcelona 1974

ELLIOTT, J.H. Imperial Spain, 1469-1716, Penguin Books, Hazell Watson & Viney Ltd., Aylesbury, Great Britain 1972

ESSEN, Léon Van Der, Alexandre Farnèse, Prince de Parmes, Vols. I, II, III, IV, y V, Nouvelles Sociétés d'Editions, Bruxelles 1937

GARATE-CORDOBA, J.M. Espíritu y milicia en la España Medieval, Publicaciones Españolas, Madrid 1967

GOSSART, E. La domination espagnole dans les Pays-Bas, Ed. H. LaMartin, Bruxelles 1906

IRACHETA, M.C. Vida de Gonzalo Pizarro, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid 1953

LOJENDIO, Luis María de. Gonzalo de Córdoba, El Gran Capitán, Espasa-Calpe, Madrid 1964

LUIS DE ARIZ, P. Memorias de Don Diego Duque de Estrada, en: B.A.E., Vol. 90, Madrid 1956

MARAVALL, J.A. de. Estado Moderno y Mentalidad Social, Siglos XV a XVII, Vols. I y II, Ediciones de la Revista de Occidente, S.A., Madrid 1972

MARTIN DE RIQUER, A. La Celestina y Lazarillo, Editorial Veregara, Barcelona 1959

MENENDEZ PIDAL, R. Cantar de Mio Cid, en: Obras Completas de Ramón Menéndez Pidal, Vols. III, IV y V, Ed. Espasa-Calpe, Madrid 1956

MORRIS, C.B. Lázaro and the Squire, Hombres de Bien, en: Buletin of Hispanic Studies, XLI, 1964

ORTEGA Y GASSET, J. Vida del Capitán Alonso de Contreras, Ed. Taurus, Madrid 1965

PARKER, A. Los pícaros en la literatura, Biblioteca Románica, Ed. Gredos, Madrid 1971

PEREYRA, Carlos. Soldadesca y Picaresca, en: Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo, Nos. XX-XXII, Madrid 1928

PFANDL, L. Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII, Introducción al Siglo de Oro, Tercera Edición, Ed. Arluce, Barcelona 1959

__________, Historia de la Literatura Nacional Española en la Edad de Oro, Segunda Edición, Ed. Gustavo Gili, S.A., Barcelona 1952

PICATOSTE, D.Felipe, La Grandeza y Decadencia de España; Los españoles en Italia, Tomos I, II y III, Imprenta de la Viuda de Hernando Carmen, Madrid 1887

RICO, F. La novela picaresca española, (Antología), Ed. Planeta, Barcelona 1967

SANDOVAL, Fray Prudencio de. Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V, Estudio preliminar de Carlos Seco Serrano, B.A.E. Tomos 80, 81, 82 y 83, Madrid 1955

ZAMORA VICENTE, A. Poema de Fernán González, Clasicos Castellanos, Espasa-Calpe, Madrid 1954

Bibliografía general

ALTAMIRA Y CREVEA, R. A history of Spanish civilization, Translated by P. Volkov, Ed. Constable, London 1930

ALVAREZ, M.F. Economía, Sociedad y Corona, Ed. Cultura Hispánica, Madrid 1963

ANONIMO, Relation d'un voyage en Espagne 1612, Publié par Charles Claverie, Buletin Hispanique, Vol. 59, No. 136, Bordeaux 1956

ARANTEGUI Y SANZ, J. Apuntes históricos sobre la Artillería española en la primera mitad del Siglo XVI, Impresores del Cuerpo de Artillería, Madrid 1891

BATAILLON, M. Recherches sur les pauvres dans l'Ancienne Espagne: Roman picaresque el idées sociales, A.C.E. Paris 1949

__________, Picaros y Picaresca, Ed. Taurus, Madrid 1969

BLANCO AGUINAGA, C. Cervantes y la picaresca, Notas sobre dos tipos de realismo, Nueva Revista de Filología, Tomo XI, Nus. 3-4, Colegio de Mexico, 1957

BLEIBERG, G. Mateo Alemán y los galeotes, Revista de Occidente, Nu. 39, Madrid 1966

CASO GONZALEZ, J. La genesis del Lazarillo de Tormes, Archium, Tomo XVI, Madrid 1966

CASTRO, A. La realidad Histórica de España, Ed. Porrúa, Mexico 1962

CHANDLER, F.W. Romances of roguery; an episode in the history of the novel. The picaresque novel in Spain, Ed. B. Franklin, New York 1961

DEFOURNEAUX, M. La vida cotidiana en España en el Siglo de Oro, Ed. Hachette, Buenos Aires 1964

DELEITO Y PINUELA, J. El Rey se divierte, Espasa-Calpe, Madrid 1955

__________, También se divierte el pueblo, Espasa-Calpe, Madrid 1955

__________, Solo Madrid es Corte, Espasa-Calpe, Madrid 1956

DIAZ DE GAMEZ, Guitiere. El victorial; Crónica de Don Pero Niño, Ed. Seneca, Mexico D.F. 1940

DIAZ-PLAJA, F. La historia de España contada por los poetas Espulgas de Llobregat, Madrid 1971

DOMINGUEZ ORTIZ, A. The golden age of Spain 1558-1659, Ed. Basic Books, New York 1971

GUILARTE, A. El regimen Señorial en el Siglo XVI, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1962

HAUSER, H. La préponderance espagnole: 1559-1660, Ed. Alcan, Paris 1933

HERRERO GARCIA, H. Ideas de los españoles en el Siglo XVII, Ed. Gredos, Madrid 1966

_____________, La vida española del Siglo XVII, Ed. Gráfica Universal, Madrid 1934

HUIZINGA, H. El Otoño de la Edad Media, Revista de Occidente, Madrid 1930

IGUAL UBEDA, A. El Imperio Español, Ed. Seix Barral, Barcelona 1954

JONES, W.K. Estebanillo González, Revue Hispanique, LXXVII, Paris, 1929

LAURENTI, J. Estudios sobre la novela picaresca española, C.S.I.C., Madrid 1970

_____________, Los prólogos en las novelas picarescas españolas, Ed. Castalia, Valencia 1971

_____________, Bibliografía de la novela picaresca española , desde 1500 hasta el presente, Ed. Scarecrow, New York 1973

LOPEZ ESTRADA, F. Introducción a la literatura Medieval, Biblioteca Románica Hispánica, Gredos, Madrid 1970

LYNCH, J. Spain under the Hapsburgs, Vols. I y II, Ed Basil and Blackwell, Oxford 1965-1969

DON JUAN MANUEL , Libro de las Armas, Ed. Giménez Soler, Revista Universidad, VIII, Zaragoza 1931

_____________, Libro del Caballero y el escudero, Ed. Grafenberg, Nu. VII, Colón 1893

_____________, Libro de los Estados, en: El Conde Lucanor y otros cuentos Medievales, Estudio de Juan Alcina Franch, Ed. Bruguera, Barcelona 1973

MENENDEZ PIDAL, R. La España del Cid, Espasa-Calpe, Madrid 1956

_______________, La Leyenda de los Infantes de Lara, Centro de Estudios Históricos, Madrid 1954

_______________, Estudios sobre el Siglo XVI, Espasa-Calpe, Madrid 1955

_______________, Los españoles en la historia, Espasa-Calpe, Buenos Aires 1959

_______________, Idea Imperial de Carlos V, Colección Austral, Espasa-Calpe, Madrid 1953

MUNOZ DE SAN PEDRO, M. Diego García de Paredes, Ed. Espasa-Calpe, Madrid 1946

PALACIO ATARD, V. Derrota, agotamiento, decadencia en la España del Siglo XVII, Tercera Edición, Rialp, Madrid 1966

RIBON-TURNER, C.J. A history of vagrants and vagrancy, and beggers and begging, Montclair reprint, Patterson Smith, New Jersey 1972

RICO, F. En torno al texto crítico del 'Lazarillo de Tormes', Hispanic Review, Vol. 28, University of Pensylvania 1970

RUMEAU, A. Notes au Lazarillo de Tormes, Bulletin Hispanique, Tome LXIV, Nú. 3 y 4, Bordeaux 1962

SAINZ Y RODRIGUEZ, P. Evolución de las ideas sobre la decadencia española, Ed. Rialp, Madrid 1945

SALAZAR, Fray Juan de. Política española, Ed. Miguel Herrero García, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1962

SYPHER, W. Four stages of Renaisance style, 1400-1700, Doubleday & Company, New York 1955

VALBUENA PRAT, A. La vida española en la Edad de Oro, Ed. A. Martín, Barcelona 1943

VALDEON, J. El reino de Castilla en la Edad Media, Ed. Moretón, Bilbao 1968

VON HEFELE, R. The life of Cardinal Ximenez, Translated from the German by C.Dalton, Catholic Publishing and Bookselling Company Ltd., London 1860